



MARTINA LEIVA



¿ME ENTIENDES O TE HAGO UN ESQUEMA?



MARTINA LEIVA

**¿ME ENTIENDES
O TE HAGO UN
ESQUEMA?**

Primera edición.

¿Me entiendes o te hago un esquema?

©Martina Leiva

©junio, 2026

©Imágenes por Magnific

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Belén

—Belén, este año te toca a ti la tutoría de primero de la ESO, grupo B —me dijo Rocío, la directora del centro en el que trabajaba.

—¿Quién dice «eso»? —pregunté, entrecomillando con los dedos esa palabra.

—Compi, que yo llevo dos años haciéndome cargo de esa clase, ya es hora de que me cambien —me respondió Diana, mi mejor amiga y compañera.

—Y, encima, tienes un niño nuevo, que se acaba de mudar a la ciudad —añadió Laura, mi otra inseparable.

—Vamos, que todo indica que este año va a ser inolvidable...

Todas empezaron a reír, mientras que yo negaba con la cabeza, porque no era lo mismo llevar un curso con los de tercero o cuarto, que ya eran adolescentes, que los de primero, que ni eran niños ni eran adolescentes, y era mucho más complicado.

Anda que yo también... Lleváis aquí un rato leyendo la conversación y ni siquiera os he dicho cómo me llamo.

Pues bien, yo soy Belén, tengo veintinueve años y, como habéis comprobado, soy profesora de matemáticas en un instituto de mi ciudad.

Junto a Laura y a Diana, formábamos el grupo de las Tres Mosqueteras; así llamábamos a nuestro grupo de WhatsApp.

Nos conocimos con seis años, cuando las tres entramos en la misma clase del colegio, en primero de primaria, y, desde entonces, no nos hemos separado.

Era uno de septiembre y estábamos en la sala de profesores, esperando a que llegaran todos nuestros compañeros, para organizar las clases.

—En fin, qué le vamos a hacer, llenaré el mueble de mi cocina de infusiones relajantes y valeriana.

—No seas exagerada, que los niños tampoco son tan traviesos —me dijo Diana.

—Siempre hay uno que destaca para mal en el grupo, y seguro que me toca a mí.

Estábamos hablando cuando llegaron Sonia y Fernando, comentando algo entre ellos.

Fernando y yo habíamos tenido algo cuando ambos empezamos en el centro, pero luego, eso se convirtió en una bonita amistad. Una que Sonia, que estaba coladita por él, no entendía.

No era la primera vez que Sonia me decía que una persona no podía ser amiga de su ex, a no ser que siguiera teniendo otras intenciones románticas.

—Ya está aquí lo más bonito de todo el instituto. ¿Qué tal te ha ido el verano, Fernandito? —le dije, levantándome para darle un abrazo.

—Genial, ya lo sabes. Pero te has equivocado en una cosa, lo más bonito de todo el centro ya estaba aquí cuando yo he llegado —me contestó él.

—De verdad, chicos, no entiendo cómo podéis tener este pasteleo. Hablad claro de una vez y decid que seguís sintiendo algo el uno por el otro. Ya que vamos a sufrir eso, por lo menos que sea por algo real —dijo Sonia, tan antipática como siempre.

—Claro que sentimos algo: el más profundo cariño que deriva en una amistad bonita y sana. Si no lo entiendes, es porque nunca has vivido algo así —contestó Fernando.

—Siempre estás con lo mismo, chica. A lo mejor quien tiene que hablar claro y decir lo que sientes, eres tú —respondí, cansada ya del mismo comentario de siempre.

Al final, dejamos ese tema, pues ya nos parecía excesiva la insistencia de esta chica en que estuviéramos juntos como algo más que dos amigos.

Empezamos a organizar el curso y a formar las clases de primero. Algunos alumnos eran conocidos, pues venían de primaria en el mismo centro, pero otros muchos venían de otros colegios.

Repasamos las compatibilidades de los que ya conocíamos, pues no queríamos que se tuvieran que enfrentar a una nueva etapa y, encima, con compañeros con los que no eran afines.

—Esta noche necesito una copa, pues se termina el verano y ya se me está haciendo cuesta arriba el curso —les dije a mis amigas.

—Yo me apunto.

—Y yo, también.

—Entonces, si las tres estamos de acuerdo, nos vemos a las nueve en mi casa, y ya nos vamos cenadas, que Marga ha hecho una carne en salsa con patatas fritas, que quita el sentido.

—Joder, qué suerte tienes de que tu madre cocine tan bien. La mía, cuando hace patatas guisadas, antes de echarlas en la olla, les dan un curso de submarinismo, de la cantidad de agua que les echa —dijo Laura, como con pena.

—Desde luego, hija, que tienes cada cosa...

—¿Qué queréis que os diga, si es cierto?

—¿Os acordáis del arroz con leche que hizo mi madre aquella Semana Santa? —preguntó Diana.

—¿Cómo no vamos a acordarnos? Creo que todavía me duele el estómago de eso —afirmó Laura.

Os cuento la historia de ese día, para que así la comprendáis. Era un Lunes Santo por la tarde, y fui a recoger a mis amigas para salir a ver las procesiones.

La madre de Diana, que la pobre le ponía mucho cariño a todo lo que hacía en la cocina, pero que pegaba hasta los macarrones, había visto un tutorial el día anterior sobre cómo hacer arroz con leche.

Muy dispuesta ella, se puso entre fogones, para que, cuando llegáramos al día siguiente, nos pudiéramos comer un platito.

Para que os hagáis una idea de cómo estaba el arroz, le clavamos una cuchara, le dimos la vuelta al cuenco, y no se cayó al suelo ni la canela.

Laura, para no quedar mal con la pobre mujer, se sacó un poquito en un platito, que se comió con toda la fatiguita del mundo.

Tres días se pasó sin poder ir al baño y, cuando se decidió a ir a urgencias, porque el dolor de estómago era insoportable, y le hicieron un TAC, y el médico vio los resultados, le contestó que el cemento no se comía, que no eran cereales de los de los bebés.

—Hija, es que tu madre, ese día, confundió la leche condensada con el Aguaplast que se usa para tapar los boquetes de las paredes —le dije.

Acabamos riendo hasta que se nos saltaron las lágrimas, porque esa mujer era un caso en la cocina.

Por eso, en cuanto tenían la oportunidad, se venían a comer a mi casa, donde mi madre tenía unas manos de oro.

En mi casa tan solo estábamos mi madre y yo, nadie más. Ella se quedó huérfana muy pequeña, y se crio con las monjitas de un convento hasta que tuvo dieciséis años, que empezó a trabajar y se buscó una casita pequeña.

Ella siempre dice que cocina así de bien porque esas monjitas le enseñaron. Creció entre fogones y ollas, porque, en cuanto salía del colegio, se iba corriendo para seguir aprendiendo.

Con diecisiete años conoció a Alfonso, mi padre, y se enamoraron perdidamente. Se casaron un par de años después y, al año siguiente, nació yo.

Cuando yo tenía siete años, mi padre tuvo un accidente de tráfico yendo para el trabajo, y falleció en el acto.

Desde entonces, mi madre, a pesar de que ahora tenía cincuenta años, y tenía toda la vida por delante cuando eso sucedió, no había vuelto a tener una pareja.

Ella había estudiado educación infantil, y trabajaba en una guardería cercana a casa. Pero, antes de eso, trabajó limpiando escaleras, cuidando ancianos, y en todo lo que le salía, mientras que se formaba para prosperar en la vida.

En algunas ocasiones se venía de marcha con nosotras, y no pasaba desapercibida ante los hombres, que la miraban y se le insinuaban con todo el descaro del mundo.

Supongo que tendría sus escarceos, porque monja no era, y necesidades teníamos todas, pero jamás vi nada, ni en mi casa ni en la calle.

—Mamá, ya estoy de vuelta. Esta noche vienen las niñas a cenar, antes de irnos de marcha.

—Me lo suponía, siendo viernes... Lo que me esperaba es que también vinieran a comer.

—No, mamá, porque ya sabes cómo se ponen las madres.

—Al final, voy a tener que darles clases de cocina, o terminarán odiándome.

Solté una carcajada y fui a darle un beso en la mejilla, antes de entrar en mi habitación para cambiarme de ropa y ponerme cómoda.

Le conté a mi madre lo que había pasado en el instituto y que me había tocado la tutoría de primero de la ESO.

Ella sabía que ese curso no me gustaba nada, pero siempre me decía lo mismo, que, si estuviera con ella en la guardería, sabría lo que era estar cansada de verdad.

—Mamá, pero no es lo mismo. Los pequeños lloran y se pelean entre ellos porque no entienden, pero estos, lo hacen por querer la supremacía ante los demás.

—Pues ya sabes lo que te toca, intentar que comprendan que todos son iguales y que, por mucho que intenten destacar, no lo van a conseguir.

—Tú lo ves muy fácil, pero en el momento en el que haya uno que destaque, en el mal sentido de la palabra, los demás no tienen todavía la personalidad como para saber decir que no.

—Todo se aprende con el tiempo, cariño.

Capítulo 2



Alberto

Todo empezó cuando me ofrecieron un puesto bastante importante en uno de los hospitales más prestigiosos del país.

Aceptar aquel trabajo suponía mudarme a Málaga, empezar de cero y organizar una vida nueva para mí. Lo que no imaginaba era que también iba a suponer descubrir, de la forma más cruel posible, hasta qué punto Sabrina estaba dispuesta a desentenderse de nuestro hijo.

Mi exmujer, cuando vio que yo solo podría ver al niño los fines de semana que tuviera libres y durante las vacaciones, me lo dejó claro.

—Yo no fui la que quiso tener un hijo, así que, lo siento, pero no me lo voy a comer yo sola.

—No hables así de nuestro hijo. ¿No te da pena?

—No. La que me da pena soy yo. No pienso atar mi vida ni frenar mi ascenso laboral por un niño de doce años. Además, tengo intención de marcharme al extranjero a trabajar, y allí estaría solo.

—Mi hijo no estará nunca solo, porque su padre hará todo lo que sea necesario para que eso no pase.

—Pues ya sabes, pon en el divorcio que la custodia es tuya y que yo tendré derecho a verlo cuando mi situación me lo permita.

—Ahora soy yo el que no está dispuesto a poner en riesgo la salud mental del niño por tus idas y venidas. O firmamos un régimen de visitas concreto, o firmas la renuncia a la custodia.

—Está bien, tampoco quiero quedar como un ogro. Es mi hijo y, aunque no quiera hacerme cargo de él, eso no significa que quiera perder el contacto.

—Perfecto. Pues vamos al abogado, que lo deje todo por escrito y firmamos el divorcio de mutuo acuerdo.

Salimos de allí y fuimos a la oficina del abogado que teníamos en común, donde fijamos los términos del divorcio.

Sabrina, mi exmujer, acordó que vería al niño una semana en las vacaciones de Navidad y quince días en verano. Según ella, el resto del tiempo serían contactos telefónicos y por videollamada, porque se marchaba pronto a Berlín a trabajar en un laboratorio.

Como ni ella ni yo teníamos intención de volver a Madrid, que era la ciudad en la que residíamos en ese momento, decidimos vender la casa y repartirnos el dinero.

Mi intención era que se dividiera en tres partes, para dejar una parte ahorrada para cuando el niño fuera mayor de edad, pero se negó en rotundo.

—No, no pienso firmar eso. Si lo hago, entonces tú te llevarías dos partes y yo solo una.

—Ese dinero es para el niño, no para mí.

—Es lo mismo, puesto que el niño estará contigo.

—Mira, me da igual, lo que quiero es terminar ya con todo esto. El dinero es lo de menos; ya me encargaré yo de todo lo que necesite.

—Eso, porque yo no tengo intención de pasarte una manutención por Alejandro. La nueva ciudad a la que me voy es muy cara, y tengo que buscarme casa, instalarme, seguir con mi vida social...

—Ya te he dicho que no quiero nada, que yo me encargo.

En ese mismo momento firmamos el divorcio y, cuando llegamos a casa, recogió sus cosas con la intención de marcharse de inmediato.

Ni siquiera se planteó hablar con el niño, despedirse de él, y eso me dolió en el alma, y no por mí, sino por la sensación de abandono que sentiría mi hijo.

Me tocó a mí contárselo todo. No solo lo del divorcio, sino también que tendríamos que cambiarnos de ciudad y dejar atrás todo lo que conocía.

Sería empezar de cero completamente, y esperaba que pudiera adaptarse bien a los cambios, porque, de lo contrario, terminaría arrepintiéndome de haber aceptado ese trabajo.

Fui a recogerlo al colegio con el coche, pues no quería dejar pasar más tiempo. En el momento en el que terminara el curso y lo organizáramos todo, tendríamos que marcharnos de la ciudad.

—¿Qué haces aquí, papá?

—Tenemos que hablar, Alejandro.

—Ya sé lo que me vas a contar. Ahórrate los detalles. Te echaré de menos, ya sabes que mi madre pasa de mí.

—No es eso... Bueno, no es solo eso. Son muchas más cosas.

—Entonces, será mejor que hablemos delante de una buena hamburguesa y un refresco, porque tengo la impresión de que no me va a gustar nada lo que me vas a contar.

—No sé si te gustará o no, pero tengo que hablarlo contigo, porque nos afecta a los dos.

Arranqué y nos fuimos a su hamburguesería preferida, donde podríamos hablar tranquilamente y fresquitos, pues el calor en ese mes ya se sentía de manera notable.

Aparqué el coche y entramos en el local, pedimos la comida y la bebida y nos sentamos tranquilamente.

No sabía por dónde empezar y mi hijo lo notó. A pesar de su edad, Alejandro tenía un grado de madurez que no le correspondía; siempre había sido así, y por eso me costó más decirle eso.

—Venga, papá, no le des más vueltas y suéltalo ya, como el que quita una tiritita.

—Alejandro, ¿qué te parecería venirte conmigo a Málaga?

—Siendo sincero, no lo sé, papá. Por un lado, sé que contigo voy a estar mejor que con mamá, pero tener que cambiar de ciudad y dejar atrás a mis amigos...

—Con mamá no te podrías quedar, Alejandro, ya que ella se ha marchado a trabajar y a vivir a Berlín.

—¿Y no me ha dicho ni adiós? ¿No ha sido capaz de despedirse? No me lo puedo creer, de verdad que no.

—Mira, voy a contarte todo, no pienso ocultarte nada, por tu bien y por el mío.

Le conté a mi hijo todo lo que habíamos hablado entre su madre y yo, suavizando, por supuesto, la forma en la que su madre había dicho que no quería hacerse cargo de él.

—Vamos, que me parezca bien o me parezca mal, me tengo que mudar sí o sí.

—Yo no sabía nada cuando acepté ese trabajo, Alejandro, pero si va a suponer un trauma o un problema para ti, no dudaré en decir que no.

—No sería justo por mi parte, papá. No te puedo decir que renuncies a un avance en tu carrera por un capricho. Intentaré adaptarme lo mejor que pueda...

—¿Qué ibas a decir, Alejandro?

—Que no quiero irme con mi madre cuando me toque. Si ella no quiere estar conmigo, yo tampoco querré estar con ella.

—Y me parece lo justo, pero no podemos adelantar acontecimientos. Si cuando llegue el momento sigues pensando lo mismo, no dudes que haré todo lo posible para que eso no suceda.

—Gracias, papá.

—¿Qué me agradeces?

—Que no hayas escurrido el bulto como ha hecho mi madre, el seguir aquí, a mi lado, sin huir...

—Aparte de que es mi deber como padre, jamás podría hacer algo así, eres toda mi vida, Alejandro, no lo dudes nunca.

Terminamos de comer en completo silencio, cada uno asimilando, a su manera, todo lo que había sido capaz de hacer Sabrina.

En el fondo de mi corazón sabía que su madre no vendría a por él cuando le tocara en vacaciones. Buscaría mil excusas para no hacerlo, y no sabía qué era mejor para mi hijo.

Al llegar a casa, vio cómo todo lo de su madre había desaparecido. No pudo evitar echarse a llorar, y a mí se me partió el alma.

—¿Por qué mi madre no me quiere, papá?

—Claro que te quiere, cariño. Lo que pasa es que ya la conoces. Ella hace las cosas sin pensar, y se pone por delante de todo y de todos.

—Si me hubiera querido, no se habría ido sin despedirse, sin darme un beso y sin decírmelo.

Tenía que justificar a su madre, no porque ella se lo mereciera, sino porque mi hijo no merecía cargar con ese sentimiento tan feo.

—Fue algo inmediato, Alejandro, y se tuvo que marchar antes de tiempo.

—Justifícalo como quieras, papá, pero yo no lo siento así.

—¡Joder! No quiero que te sientas mal ni que tengas la impresión de que te estoy engañando.

—Entonces, no sigas hablando. No pretendas justificar lo injustificable, por favor, te lo pido.

—Está bien. A partir de ahora, seremos solo tú y yo, y nadie más. Si cuando te llame quieres contestar, hazlo, y si no te apetece hablar con ella, no lo hagas. Yo jamás te obligaré a hacer algo que no sientas.

Mi hijo se vino hacia mí y me abrazó. Me hubiera gustado que fuera como cuando era pequeño y que, entre mis brazos, se sintiera a salvo, protegido. Aunque tenía que admitir que estaba creciendo a pasos agigantados.

Tenía un miedo atroz a que el cambio, el abandono de su madre y todo lo que nos esperaba apagaran algo en él.

Lo único que le pedía al cielo era que me diera la capacidad de sacar a mi hijo adelante sin problemas, pues no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Capítulo 3



Alberto

Entre los dos fuimos metiendo las cosas en cajas, esperando a que llegara el día de marcharnos definitivamente.

Vendimos la casa casi de inmediato, porque estaba en una buena zona y era bastante grande, pero puse como cláusula que no entregaríamos las llaves hasta que nos marcháramos.

Ese fin de semana, Juanjo, Camilo y yo nos iríamos a Málaga a buscar casa y, para poder hacerlo, Alejandro se quedaría en casa de su mejor amigo.

Sería el último fin de semana que pasaría en Madrid, porque a la semana siguiente empezaríamos nuestra nueva vida.

Os he nombrado a Juanjo y a Camilo, pero todavía no os he hablado de ellos. Eran más que amigos y, para mi hijo, eran sus tíos, aunque no compartieran sangre.

Crecí en un orfanato junto a ellos dos. Mis padres murieron de manera repentina en un accidente laboral, y yo no tenía más familia.

Cuando entré allí, ellos dos ya estaban. Habían llegado siendo unos bebés.

Enseguida congeniamos y nos blindamos contra los mayores y contra los abusos, que ya sabemos que hay en todos los sitios.

Crecimos como si fuéramos hermanos y, cuando llegó el momento de salir de allí y seguir estudiando, los tres encontramos la manera de hacerlo.

Entramos a trabajar en un bar y, cuando a alguno de los tres le tocaba el turno de mañana, los otros dos se encargaban de los apuntes.

Así fue como nos graduamos en Medicina. Yo me especialicé en traumatología; Juanjo, en pediatría, y Camilo, en cardiología. Y sí, los tres habíamos aceptado el cambio de hospital.

Cuando conocí a Sabrina, tanto el uno como el otro me dijeron que no era la mujer para mí, que se veía claramente que era una egoísta que no me iba a hacer feliz.

No les hice caso, y me arrepentiré toda mi vida. Lo único bueno y bonito de mi relación con ella fue mi hijo Alejandro.

Todavía recuerdo el día que me dijo que estaba embarazada. Para mí, fue el momento más bonito de mi vida, mientras que, para ella, fue una tragedia.

Me costó mucho tiempo convencerla para que no abortara. Incluso después de dar a luz, a las dos semanas volvió al trabajo, mientras que yo tuve que pedir mi permiso de paternidad para no dejar al niño en la guardería tan pequeño.

—Cariño, volveremos el domingo por la tarde. Te llamaré todos los días.

—No te olvides de mí, papá.

—¿Cómo me voy a olvidar de ti, hijo mío?

—Además, si a él se le ocurre olvidarse, para eso estamos nosotros, para recordárselo —le dijo Juanjo.

—No le digas eso, que ya bastante tengo —le advertí, cuando mi hijo se alejó un poquito.

—A cualquier cosa se le llama madre...

—Ni que lo digas, chaval —afirmó Camilo.

Teníamos pensado ir en coche, pero al final decidimos ir en tren, pues tardaríamos menos tiempo y, además, iríamos más cómodos.

—Vamos directos al hotel a soltar las maletas y, en cuanto lo hayamos hecho, vamos a buscar a la chica de la inmobiliaria.

—¿Está buena? ¿Ya la has visto?

—No tengo ni idea de cómo es. Pero me da la impresión de que es una mujer mayor, por su tono de voz y su manera de hablar.

—Pues nada, mi gozo en un pozo. Hace mil años que no estoy con una mujer, entre el trabajo y el acoso de mi ex —dijo Camilo.

—Por cierto, ¿qué hay de ella? ¿Ha vuelto a dar señales de vida?

—Para nada. Y déjala, por lo que tú más quieras. Ni la nombres, que es como el diablo: en cuanto dices su nombre, aparece.

—Ese no es el diablo, es Bitelchus.

—Mira, pues tiene que ser familia suya, porque los pelos y la mala leche los tienen iguales.

Los tres soltamos una carcajada que resonó en todo el vagón y provocó las sonrisas de los demás pasajeros.

Llegamos a Málaga a mediodía, tomamos un taxi y nos fuimos directos al hotel, tal y como habíamos hablado.

Habíamos reservado una habitación familiar, con tres camas individuales, pues solo estaríamos allí ese fin de semana.

Ya habíamos visto una promoción de viviendas de nueva construcción, con jardín y piscina comunitaria, que estaba bastante bien de precio. Además, en el mismo bloque había tres pisos libres.

Lo hablamos con la inmobiliaria encargada de la venta y quedamos con la persona que me atendió para visitarlos en cuanto llegáramos a la ciudad.

Había un instituto cerca y, además, el hospital también estaba a pocos metros del edificio, por lo que, si eran tal y como los habíamos visto en las fotos, no dudaríamos en dar la señal y cerrar la compra.

—Le voy a enviar un mensaje a la señora de la inmobiliaria, para ver si podemos ver las viviendas esta misma mañana.

—Claro, y así, después por la noche nos podemos ir de parranda.

—Sí, porque, en cuanto te vengas con el niño, se te acabó la fiesta, amigo —afirmó Camilo.

—Ni que mi hijo fuera una carga.

—No he dicho eso, pero no me negarás que, una vez que esté aquí, será mucho más complicado.

—Pues lo mismo que cuando me toque guardia de noche, tendré que buscar a alguna persona que se quede con él.

—También es verdad. Pero, por lo que tú más quieras, afina bien, que después terminas enamorándote de personas que no te merecen, y una niñera es un cliché básico.

—Vale, buscaré una que tenga más de cincuenta, sea bizca y tenga verrugas.

—A ver si le vas a causar un trauma al niño —dijo Juanjo.

Una hora más tarde de esa conversación, estábamos en la puerta del edificio en el que íbamos a ver los pisos.

Allí, de pie, y esperándonos, estaba la señora que me había atendido. Tal y como pensaba, era una mujer de unos cincuenta años, pero guapísima, de esas que te hacen volver la cabeza por la calle.

—¡Madre mía de mi alma! Acabo de descubrir cuál es mi ideal de *sugar mummy*.

—No vayas a empezar, Juanjo, te lo pido, por favor.

—Vale, vale, ya me callo.

Hizo el gesto de cerrarse una cremallera en la boca, provocándonos una sonrisa a los demás.

—Chicos, soy Marisa, y estoy aquí para enseñaros las viviendas.

—Hola, Marisa, encantados de conocerte. Somos Juanjo, Camilo y yo, Alberto.

—Pues, si no tenéis inconveniente, vamos subiendo, que tengo una cita dentro de un par de horas y me gustaría dejar todo ya cerrado.

—Por supuesto, nosotros también queremos zanjar esto lo antes posible, y así poder encargarnos muebles y demás.

—La cocina está completamente amueblada, con electrodomésticos incluidos de última generación.

—Con que tenga un lavavajillas y una nevera, me conformo. Lo demás, de poco me va a servir, te lo aseguro —le contestó Juanjo.

—Habla por ti, que a mí me encanta cocinar —respondió Camilo.

—Por eso los mejores electrodomésticos tienen que estar en tu casa, para que los demás no tengamos que vivir solo de alimentos procesados.

Marisa soltó una carcajada, porque Juanjo tenía más salidas que una plaza de toros, y como lo decía de esa forma, tan serio, pues todavía hacía más gracia.

Los pisos eran preciosos, tenían una luz increíble y, al estar en la última planta, compartían una terraza enorme a modo de patio, a la que se accedía desde los salones.

—En el edificio de enfrente, la constructora cedió a las peticiones de los tres vecinos de la planta, que pidieron que se delimitara el trozo que le pertenecía a cada uno, mediante un muro, para que ningún vecino pudiera acceder a otra casa que no fuera la suya.

—Nosotros no tenemos ese problema. Precisamente eso es lo que más nos ha gustado, porque así podremos poner una barbacoa eléctrica y una zona de solárium...

—Podéis poner lo que queráis, excepto un *jacuzzi* o piscina, porque el peso afectaría al techo de los vecinos de abajo.

—Eso no nos hace falta, lo que queremos aquí es una zona para tomar una copa y charlar tranquilos en las noches de verano.

—Entonces... ¿Estáis de acuerdo con las condiciones?

—Sí que lo estamos, nos encanta la casa.

—Bueno, pues siendo así, tan solo nos queda pasar por la oficina para ultimar el contrato.

Salimos de allí y nos fuimos directamente a la oficina donde nos había citado Marisa. Después de dejarlo todo encaminado, volvimos al hotel y pedimos un coche de alquiler para el resto del fin de semana, para poder movernos con total libertad.

Acordamos que la casa de tres habitaciones me la quedaría yo, mientras que las otras dos, que contaban con dos dormitorios, serían para ellos.

¿El motivo? Que yo, al tener conmigo a Alejandro, necesitaría más espacio, ya que una de las habitaciones sería para cuando me tocara guardia de noche y la señora tuviera que quedarse en mi casa con él.

Capítulo 4



Belén

Eran las nueve en punto de la noche y ahí estaban mis amigas, dispuestas a cenar los manjares que había cocinado mi madre.

—Chicas, ahí tenéis una tortilla de patatas y un platito con puntas de solomillo al Pedro Ximénez —dijo mi madre.

—En la puerta de esta casa hay que poner una estrella Michelin, porque ni en los mejores restaurantes se come de esta manera —le dijo Laura.

—No me seas más pelota, anda, que nos conocemos desde hace muchos años —contestó mi madre, sonriendo.

—Mamá, ¿no te sientas a cenar con nosotras?

—Uy, qué va, no tengo hambre. Yo picaré ahora algo mientras recojo la cocina.

Nos sentamos a la mesa y, mientras comíamos, hicimos los planes de los locales a los que teníamos pensado ir.

En noches como esa, las chicas se quedaban a dormir en mi casa para que ninguna tuviera que volver sola. Nos daba un poquito de miedo con todo lo que estaba pasando en el mundo y, aunque en nuestra ciudad no solía pasar nada de eso, nunca se sabía.

Diana me hizo un gesto para que mirara a mi madre. La que no iba a cenar, se había comido el trocito de pan que quedaba con la salsa y un trocito de solomillo que había quedado en la olla.

Fue a la nevera, sacó un trocito de queso que no nos habíamos comido y se lo llevó a la boca. Después, al retirar el plato de la tortilla, vio que había sobrado una cuñita y también dio buena cuenta de ella.

A la hora del postre, nosotras optamos por tomar un helado, mientras que ella fue a la cesta de la fruta y se comió medio plátano, porque el otro medio estaba pasado, un buen trozo de manzana y una mandarina que había conocido tiempos mejores.

—No veas, la que no iba a cenar... —dijo Diana.

—Y no he cenado, porque no me he sentado. He ido picando un poquito de todo lo que se iba a echar a perder, que la vida está muy cara para ir tirando comida —respondió mi madre.

—No le digáis nada a la mujer, que ella es como la madre del monólogo de Manu Sánchez —dijo Laura.

—¿Qué le pasaba a esa madre?

—Que a ella no le engordaba comer, lo que le engordaba era recoger la cocina.

Las cuatro soltamos una carcajada, porque no podía tener más razón, a mi madre lo que la engordaba era eso.

Por suerte para ella, la gran Marga tenía un tipo envidiable. A sus cincuenta años seguía teniendo una talla cuarenta, con curvas donde las debía tener.

Nosotras la dejamos en el salón y nos marchamos a la habitación, donde ya habíamos dejado todo listo para arreglarnos.

Nos duchamos antes de cenar. Bueno, me duché yo, porque mis amigas ya venían duchadas de casa, así que en ese momento solo nos quedaba vestirnos y maquillarnos.

Yo me había decantado por un vestido color vino tinto, de una tela vaporosa, pero de esas que marcan la figura.

Me llegaba por encima de la rodilla, tenía escote en V y, en cada hombro, cuatro tirantes finitos que se cruzaban en la espalda.

Por ese motivo, no podía llevar sujetador. Menos mal que mi pecho estaba bien sujeto con uno de esos de silicona que se quedan pegados, porque no me gustaba ir sin nada por la calle.

Lo combiné con unas sandalias doradas, al igual que los complementos, pues, aunque estábamos en septiembre, seguía haciendo muchísimo calor.

Mis amigas también llevaban vestidos, Diana en azul marino y Laura en verde oliva.

—Ole las guapas, sí, señor —dijo mi madre al vernos aparecer por el salón.

—Nos faltas tú. ¿No te animas? Te esperamos, venga —le dijo Laura.

—Uy, qué va, yo ya no estoy para esos trotes, yo prefiero el tardeo.

—Eso significa que has quedado con tu amiga mañana, ¿a que sí? —le pregunté.

—Pues sí, mañana me toca a mí.

Mi madre tenía una amiga que era como una tía para mí y una hermana para ella. Era con quien solía salir a comer y a continuar la fiesta.

Marisa era un poco mayor que mi madre, pero, al igual que ella, tampoco aparentaba la edad que tenía, pues se conservaba muy bien.

—No vayáis a venir muy tarde, y tened cuidadito, por favor.

—No te preocupes, que lo tendremos. En cuanto a la hora, no vamos a venir tan tarde; vendremos tan temprano que compraremos churros por el camino —le contestó Laura.

Mi madre soltó una carcajada que escuchamos desde el descansillo de mi planta, mientras esperábamos el ascensor.

Decidimos pedir un taxi por la aplicación porque, los días que salíamos, no nos gustaba conducir por si nos tomábamos una copa. Tampoco nos parecía justo que una tuviera que beber refrescos mientras las demás disfrutaban.

Nos dirigimos a un local muy de moda, cerca de la playa, con una preciosa terraza con vistas al mar. Era de esos sitios en los que podías tomarte una copa y disfrutar de una buena noche.

Cuando llegamos, había una cola de gente esperando que era kilométrica, pero como nosotras éramos más conocidas que el Lute, pues nos dejaron pasar enseguida.

—Hola, Bruno, ¿qué tal va la noche? —le pregunté al portero.

—Va, que ya es bastante. Con que se mantenga así hasta que cerremos, me conformo.

—Pues sí, crucemos los dedos para que así sea.

Entramos y nos fuimos directas a la barra, donde nos pedimos una copa y nos marchamos a tomárnosla a la terraza, ocupando una mesa de esas bajitas con varios sillones.

La música se escuchaba perfectamente desde donde estábamos, porque el local estaba diseñado para eso. Del mismo modo, no molestaba a nadie, porque estaba en una zona sin viviendas cercanas.

—Me encanta este sitio, es como si pudiéramos desconectar de todo lo de fuera —les dije a mis amigas.

—Pues yo no quiero desconectar ahora mismo de nada. Mira qué tres pedazos de hombres vienen por ahí —contestó Diana.

—¡La Virgen! ¿Estos hombres existen de verdad?

—Hombre, de inteligencia artificial no están hechos. Vamos, digo yo que serán de carne y hueso.

Los vimos acercarse a la zona donde estábamos nosotras. No había ninguna mesa libre y en la nuestra cabíamos todos, pero no me dio tiempo ni a abrir la boca. Laura ya se había levantado con la copa en la mano y supe lo que iba a hacer.

—Uy, lo siento —le dijo uno de ellos.

—No pasa nada, ya estaba casi vacía, ahora me invitas a otra, y solucionado el problema.

Los otros dos que iban con él soltaron una risa, y no pude evitar fijarme en uno de ellos.

Vaya sonrisa más bonita que tenía, haciendo juego con sus ojos, que eran de un gris que llamaba la atención.

Él también se fijó en mí y no apartó su mirada de la mía. Por un segundo, todo lo que había a mi alrededor se desvaneció. Era como si no existiera nada más que él y yo.

Cuando me quise dar cuenta, ya estaban sentados a nuestro lado, y la vergüenza se apoderó de mi rostro.

—Buenas noches, chicas. Dejad que os presente a mis nuevos amigos; ellos son Juanjo, Camilo y Alberto. Acaban de llegar de Madrid a pasar el fin de semana.

—Hola, chicos, yo soy Laura, y ella es Belén.

—Encantados...

Los demás no se movieron del sitio, pero Alberto se acercó a mí, me tomó por la cintura y me dio dos besos en los que se demoró un poquito más de lo normal.

El olor de su perfume se me coló por la nariz, y ese hombre no podía oler mejor. Era una fragancia amaderada y muy masculina que se me quedó grabada en el cerebro.

Estuvimos un rato hablando de a qué nos dedicábamos y nos dijeron que eran médicos, cada uno de una especialidad.

Me levanté para ir al baño, pero iba tan ensimismada en mis pensamientos que no vi un pequeño escalón. Si no llega a ser por Alberto, habría necesitado otro médico; en concreto, un dentista.

—¿Te has hecho daño?

—Me he doblado un poco el tobillo, pero nada fuera de lo normal.

—A ver, déjame que te lo vea.

Cogió mi pierna y la levantó, poniéndola sobre su regazo. Sentir su piel contra la mía me estremeció, y él lo notó, porque una sonrisa se pintó en sus labios.

Desabrochó mi sandalia y empezó a masajearme el pie de una manera tan sensual que os prometo que noté cómo mis braguitas se mojaban, y de mis labios salió un gemido de manera inconsciente.

—Tienes una piel de lo más suave, y me pregunto cómo sería acariciar cada centímetro de tu cuerpo.

Me lo susurró al oído mientras seguía acariciando mi pierna, pero esta vez mucho más arriba del tobillo.

Capítulo 5



Alberto

No entendía lo que me estaba pasando con esa mujer, os lo prometo. Era como si todo mi pudor se hubiera quedado guardado en un cajón.

No me pude resistir. Seguí acariciando su pierna y, cuando giró la cara hacia mí, todavía con mi susurro flotando entre los dos, la besé.

Al principio fue un beso suave, apenas un roce de labios, pero, en cuanto supe que ella no iba a rechazarme, lo profundicé hasta que nuestras lenguas empezaron a buscarse con la misma urgencia.

—Quiero pasar la noche contigo, Belén.

—Yo también estoy deseándolo, Alberto.

Nunca en mi vida me había acostado con alguien a quien acababa de conocer hacía unos minutos, pero con ella todo era distinto.

Ni me lo pensé. Les hice un gesto a mis amigos de que me marchaba, al igual que Belén se lo hizo a sus amigas.

—Chicas, nos vemos en la puerta de mi casa. Avisadme cuando vayáis para allá, y esperad a que yo llegue.

—No te preocupes, que, si vemos que es demasiado tarde, y que tu madre está despierta, no te molestamos.

—Vale, pero me avisáis de todas formas y ya os digo.

La cogí de la mano y salí con ella de la discoteca. No me había dado tiempo ni a terminarme la copa que me había pedido, pero la necesidad de estar con ella era superior a todo lo demás.

Ni siquiera con Sabrina me había pasado esto; era como si un imán me atrajera hasta ella, sin poder ni querer evitarlo.

Como habíamos reservado una habitación triple, antes de salir, hablamos de que, si alguno de nosotros ligaba, no la llevaría a la habitación, sino que reservaría otra para esa noche.

Entré en el hotel y le expliqué a la recepcionista que necesitaba otra habitación para esa noche, y no tuvo ningún inconveniente en darme una de las que tenían libres, que pagué de manera inmediata.

En el ascensor ya no pude aguantar más y, después de apoyarla contra la pared, le tomé la cara entre las manos y volví a besarla.

A esas alturas, mi erección ya era evidente y se clavaba en su bajo vientre, haciéndola gemir.

Llevé una de mis manos al bajo de su vestido, buscando su sexo, porque me moría de ganas de comprobar si ella estaba tan desesperada como yo. Aparté su braguita e introduje uno de mis dedos entre sus pliegues.

—No pares, Alberto, por lo que tú más quieras.

—No pienso parar hasta que te corras para mí.

Se volvió loca, al igual que yo, y sincronizó el movimiento de sus caderas con el de mi mano sobre su sexo.

Antes de que llegáramos a nuestra planta, ya se había corrido por primera vez, y el sonido de sus jadeos y sus gemidos fue como música celestial para mis oídos.

Salimos del ascensor en completo silencio, con ella entre mis brazos, pues todavía le temblaban las piernas del orgasmo que había alcanzado hacía apenas un minuto.

Entramos en la habitación y, antes de cerrar siquiera la puerta, ya nos estábamos desnudando el uno al otro de una manera fiera y apresurada.

En menos de un minuto, ya estábamos en ropa interior. Cuando vi sus pechos, tan turgentes, tan redondos, no me lo pensé.

Llevé mis manos hasta ellos, los acaricié, los amasé y terminé llevándomelos a la boca.

Succioné sus pezones despacio primero, con más hambre después, hasta que sus dedos se enredaron en mi pelo, mientras la llevaba hasta la cama, donde la posé con una delicadeza que contrastaba con todo lo demás.

Fui recorriendo su cuerpo con mis besos hasta que llegué a su sexo, cubierto por una minúscula braguita de encaje del mismo color que su vestido.

Os prometo que, si me la hubiera encontrado desnuda, no me habría excitado tanto como verla con aquella braguita.

Me quedé mirándola un buen rato, empapándome de su cuerpo, grabándolo en mi memoria.

Cuando me saqué de mirarla, le tocó el turno al sentido del tacto, por lo que recorrí sus piernas con mis manos, hasta que llegué de nuevo hasta sus caderas.

Metí los dedos por los laterales de sus braguitas y se las quité, bajándolas de manera lenta y tortuosa, hasta sacárselas por sus piernas.

Y ahora, el gusto sería el encargado de sustituir al tacto, así que cogí su pierna por el tobillo, la levanté y fui besándola hasta llegar a su sexo, donde dejé una pasada con mi lengua.

Hice lo mismo con la otra pierna, pero esta vez, al llegar hasta su sexo, no pasé de largo.

La cogí de improviso, haciendo que gritara de placer, y eso me puso como una moto, no lo voy a negar.

Noté que el segundo orgasmo estaba a punto de arrastrarla y no aflojé. Succioné su clítoris con más intensidad hasta que gritó mi nombre.

Sin darme cuenta, había invertido las posiciones, quedando ella encima de mí.

La atraje hacia mí para que me besara, para que se saboreara en mis labios, mientras seguía moviendo sus caderas encima de mi miembro.

Ese beso dejó paso a otros más, unos que repartió por mi pecho, hasta llegar a la V de mi bajo vientre, esa que apuntaba directamente a mi sexo.

Fue menos delicada que yo, y tiró de las costuras de mi bóxer, hasta abrirlo en dos, dejando mi miembro al aire, saltando delante de su cara.

Su lengua hizo el recorrido desde mi base a mi punta y, una vez allí, la introdujo en su boca. Lamió, succionó, y casi hizo que me corriera en su boca, pero la frené a tiempo.

—No es ahí donde quiero terminar, preciosa.

—Me encanta tu sabor, es adictivo.

—A mí me fascina que te guste, pero eso lo haremos más tarde, ahora necesito estar dentro de ti.

Me puse un preservativo y dejé que fuera ella la que llevara la voz cantante. Me moría por descubrir cómo se movería, si iba a ser tan sensual y elegante como hasta ahora.

Pero me equivoqué, porque lo era mucho más. Movía sus caderas de manera lenta y tortuosa, como si estuviera haciendo una coreografía de ballet, y me estaba matando de placer.

—Preciosa, si sigues así, no creo que dure mucho más. Me estás matando lentamente.

—Joder, Alberto, en mi vida había sentido tanto placer a la vez.

Le di la vuelta, la puse apoyada sobre sus rodillas y sus codos y, después de levantar sus caderas, la penetré de una fuerte estocada.

Menos mal que el cabecero de la cama era de barrotes y Belén se había agarrado a ellos, porque la fuerza de aquella embestida casi la empujó hasta el otro lado de la cama.

Ella me pedía más y más fuerte, y sus deseos eran órdenes para mí, por lo que no escatimé en hacerlo, hasta que un orgasmo devastador nos arrasó a los dos.

Belén mordió la almohada, y yo tuve que posar mi boca sobre su hombro, sin hacerle daño, por supuesto, porque, si hubiéramos dejado libres nuestros instintos, nos hubieran expulsado del hotel por escándalo público.

Caímos derrotados en la cama, y no pude evitar atraerla hacia mí para que descansara la cabeza sobre mi pecho.

No tenía pensamientos de parar todavía, no me había quedado saciado de ella, pero entendía que el encuentro había sido tan intenso que teníamos que descansar un poco.

Una vez que nuestras respiraciones se normalizaron, nos atrevimos a hablar sin pensar que nos pudiéramos quedar a medias en la conversación por falta de aire.

—Me muero por darme un baño en esa bañera que estoy viendo desde aquí.

—¿Hay una bañera? Pues nada, dame unos minutos que lo prepare todo y enseguida vuelvo a por ti.

Le dejé un beso en los labios y me levanté, dispuesto a complacerla en ese deseo que, la verdad, a mí también me llamaba bastante.

Imaginarla sumergida en el agua, conmigo a su espalda y mis manos recorriéndole la piel, hacía que volviera a ponerme duro del todo.

Eché las sales de baño que encontré allí, así como un poquito de jabón para que hiciera algo de espuma. En cuanto conseguí la temperatura ideal, me di la vuelta para ir a buscarla, pero ella ya estaba en el umbral de la puerta del baño.

La cogí de la mano y la llevé hasta la bañera, haciendo que se sentara en el interior mientras yo me colocaba a su espalda.

Había encontrado una esponja sin abrir, cortesía del hotel, y con ella fui echándole agua por todo el cuerpo.

Eché jabón en mis manos, las froté y me dediqué a limpiarla de manera dulce y delicada, hasta que llegué a su sexo.

Con mis dedos le arranqué otro orgasmo en pocos minutos, y eso me puso todavía más duro de lo que ya me encontraba.

Me encantaba lo receptiva que era, lo mucho y bien que respondía a mis estímulos, y lo fácil que era que alcanzara el clímax.

La bañera estaba al lado del plato de ducha, por lo que, tras levantarme, la cogí por la mano y la llevé dentro, la pegué a la pared y, cogiéndola por las nalgas, la levanté, obligándola a enroscar sus piernas alrededor de mis caderas.

Por suerte para los dos, fui precavido y dejé un preservativo en el poyete de los botes de champú y gel.

Me lo puso ella después de que nos rozáramos durante un buen rato. Llevó mi miembro hasta su entrada y la penetré de una sola embestida.

Así estuvimos un buen rato, hasta que el clímax nos alcanzó a los dos. Después de eso, nos secamos sin apartar la vista y, cuando menos me lo esperaba, Belén se puso de rodillas delante de mí.

Tomó mi miembro, que ya empezaba a ponerse erecto de nuevo ante la expectación de lo que se avecinaba, y se lo metió en la boca.

Os prometo que, en mis casi cuarenta años, no me habían hecho una felación así. Quise parar, quise sacar mi miembro de su boca, pero sentir su lengua en mi glándula, mientras que la succionaba, me lo impidió.

—Joder, Belén, ¿qué ha sido eso?

—Tómatelo como un regalo, que mira la hora que es y tengo que irme ya.

—¿Te han llamado ya las niñas?

—Sí, me están esperando en el vestíbulo.

—Dame un minuto que me vista y te acompaño abajo.

—No hace falta, de verdad...

—No me perdonaría dejarte marchar así, sin despedirme en el vestíbulo.

Me vestí rápidamente, y la acompañé hasta el vestíbulo, donde ya estaban esperando mis amigos junto a sus amigas.

Al día siguiente salíamos temprano para Madrid, pues ya teníamos las llaves de nuestras viviendas y queríamos hacer la mudanza lo antes posible, ya que el colegio empezaba en dos semanas y nosotros también nos teníamos que incorporar en el hospital.

Le había pedido a la señora de la inmobiliaria que, si conocía a una persona lo bastante seria, formal y acostumbrada a tratar con niños que pudiera cuidar de Alejandro durante mis turnos fuera del horario escolar, me lo hiciera saber.

Marisa me contestó que tenía a la persona indicada, pero que antes tenía que hablar con ella para saber si estaba dispuesta, ya que ella trabajaba por las mañanas en un centro.

Quedó en que, si era así, si ella aceptaba el trabajo, le daría mi número de teléfono para concertar una cita en cuanto estuviera de vuelta.

Esa misma tarde nos dio tiempo a ir a comprar los muebles, que nos traerían a la semana siguiente, una vez que avisáramos de que ya estábamos de nuevo en la ciudad.

También me moría de ganas por ver la reacción de mi hijo al vivir tan cerca del mar, pues el edificio estaba a diez minutos andando de la playa.

Le había dicho que, una vez que estuviéramos instalados, se podría venir su mejor amigo a casa durante unos días, hasta que empezara el colegio, y se volvió loco de alegría.

Capítulo 6



Belén

—Chica, no hay más que verte la cara para saber que ese hombre te ha hecho muy feliz —me dijo Laura.

—Vamos, que vosotras habéis ido a misa de ocho por los cojones.

—Por supuesto que sí, yo he estado rezando el rosario. Me he pasado toda la noche de rodillas —sentenció Diana.

Soltamos una carcajada, por la cara que puso y el tono que empleó. Habíamos salido del hotel y tomado un taxi que nos llevó hasta la churrería que había en la esquina de mi casa.

Eran las siete de la mañana y sabíamos que mi madre estaría despierta, esperando a que llegáramos para que no nos acostáramos sin desayunar.

Compramos un kilo de churros y una botella de chocolate caliente para las cuatro.

A pesar de no haber dormido en toda la noche, me sentía tan feliz que sabía que me iba a costar muchísimo conciliar el sueño. Aun así, una buena taza de chocolate caliente me sentaría de maravilla.

—Desde luego, cualquier día vais a llegar después de barrer las calles —dijo mi madre, cuando nos escuchó entrar.

—No podemos llegar antes, Marga, nos han contratado para que encendamos los semáforos y para que apaguemos las farolas — contestó Laura.

—Sí, hija, y el sueldo os lo dan en especie.

—Uy, ni que lo digas, querida madre de mi mejor amiga. ¡Y vaya ejemplares nos han dado!

—Ya está la bocachancla hablando de más —le dije.

No es que yo le ocultara nada a mi madre, pero tampoco es que le diera detalles. Verás, si me preguntaba si había estado con algún chico, no le mentía, y si había estado, le contestaba que sí, pero ni le decía con quién ni dónde.

—Tranquila, hija, que no te pienso preguntar nada. A mí, con que me digas que has tomado precauciones y que te ha respetado, me sobra y me basta.

—Mamá, no vayas a empezar, de verdad. Ha sido algo esporádico, entre otras cosas porque hoy mismo vuelve a Madrid.

—No empiezo, no empiezo. Anda, vamos a desayunar que se enfrían los churros.

Mientras nosotras nos cambiábamos de ropa y nos poníamos cómodas, mi madre calentó el chocolate y puso la mesa.

No les había dicho a mis amigas que no había encontrado mi ropa interior, porque no tenía ganas de que hubiera cachondeo hasta el fin de los días, pero había vuelto a casa sin bragas.

Desayunamos entre risas y bromas, tanto de mis amigas como de mi madre, que nos dejó allí sentadas mientras ella iba a arreglarse, pues tenía que ir al centro comercial antes de ir hasta donde había quedado con Marisa.

—Chicas, yo no sé vosotras, pero yo me voy a la cama, porque estoy que se me cierran los ojos —dijo Diana.

—Yo también te acompaño, no puedo ni con mi cuerpo —afirmó Laura.

—Id vosotras, yo, mientras, recojo todo esto y ahora me acuesto.

Mis amigas se marcharon para mi habitación, y yo me quedé ahí, en la cocina, enjuagando las tazas y los platos para meterlos en el lavavajillas y tirando lo que había quedado de churros y de chocolate.

Mi madre se despidió de mí, dejándome un beso en la mejilla y pidiéndome que me fuera a la cama a descansar.

No lo hice, porque sabía que me dedicaría a dar vueltas y despertaría a mis amigas; por eso, me metí en la ducha para relajarme un poquito. Después me sentaría en el sofá, a ver si era capaz de dar una cabezadita.

No sé cuándo caí en brazos de Morfeo, pero cuando abrí los ojos, el teléfono marcaba las cinco y media y mis amigas seguían durmiendo.

Mi estómago rugía un poquito, y sabía que tenía que comer algo, pero no tenía ni puñeteras ganas de meterme en la cocina.

Cogí un folleto que tenía de un asador turco que habían abierto nuevo, y me decidí a pedir un bocata de pollo asado con patatas fritas.

Ya habíamos pedido varias veces, y los bocadillos no eran normales, os lo aseguro, eran kilométricos. Con uno, comíamos las tres; estaba exquisito de sabor.

Esperaba que, mientras el pedido no llegaba, mis amigas aterrizaran en este mundo, o se lo comerían frío.

No se me habría ocurrido nunca despertarlas para comer, porque tenían tan mal despertar que la Niña del Exorcista, a su lado, era Piolín.

Efectivamente, se levantaron pocos minutos después de que llamaran al telefonillo.

—¿Qué se estaba quemando? —preguntó Diana.

—¿De qué estás hablando, loca?

—Hija, que el del telefonillo se ha debido de quedar con el dedo pegado. Vamos, ni la alarma del móvil —contestó Laura.

—Yo estoy pensando en contratarlo para que me despierte todas las mañanas. Te aseguro que no llegaría nunca tarde al trabajo —me dijo Laura.

—Anda, venga, que quien ha llamado es el repartidor del asador. Ha venido a traer el pedido de la comida.

—Pues casi que podía haber llegado un poquito más tarde y así hubiéramos hecho tres comidas en una. Almuerzo, merienda y cena —comentó Diana, riendo.

Negué con la cabeza y, ahora que estábamos solas, me dispuse a hablar con ellas sobre Alberto.

Me arrepentí al instante de no haberle pedido el número de teléfono, pero luego pensé que también me lo podría haber pedido él a mí.

—¿Qué te ocurre, Belén? Te noto muy pensativa —me dijo Laura, que era la más observadora.

—Estoy pensando en Alberto, no me lo puedo quitar de la cabeza. Y en que debería haberle pedido su teléfono, al menos.

—Eso tan solo te haría más daño, cariño. Piensa que ellos han vuelto a su ciudad y que allí tendrán su vida —me contestó Diana.

—Exacto. Quédate con la noche tan magnífica que has pasado, nada más.

—Es que es inevitable pensar qué habría sucedido si viviera aquí, en Málaga, como nosotras.

—Pues a lo mejor habría pasado lo mismo y solo habría sido el amor de una noche —respondió Laura, negando, como si fuera algo evidente.

—En fin, eso nunca lo sabremos.

Nos sentamos en el sofá para ver un episodio de nuestra serie favorita. Hoy no íbamos a salir a ninguna parte, pero, aun así, mis amigas se quedarían conmigo todo el fin de semana.

En ello estábamos cuando llegó mi madre con Marisa. De verdad, parecía que venían de una boda las dos, pues no se podía ser más elegante.

—¿Dónde ha sido la recepción? —preguntó Laura.

—¿Qué recepción? Si nosotras venimos de comer y de un tardeo —contestó mi madre.

—Hija, si vais así de elegantes para ir a comer, no me quiero imaginar cómo iréis para una cena con un churri.

—A nosotras eso ya se nos ha olvidado. Aunque no os podéis imaginar lo que me pasó ayer...

Marisa empezó a contarnos que había enseñado unos pisos a unos hombres y que estaban a cada cual más bueno.

Era para verla cómo los describía y la cara que ponía cada vez que decía algo de ellos, haciéndonos reír a carcajadas por la manera de hacerlo.

—Y encima, uno de ellos me dijo que...

—Te preguntó si querías darle una alegría al cuerpo —le dijo Laura.

—¡Qué más quisiera yo! Pero eran bastante más jóvenes que yo.

—Hija, ¿y eso qué más da? Ni que te fueran a pedir el DNI al entrar entre tus piernas —contestó Diana.

—No, no, además, no me lieis, que no es eso lo que quería contaros.

—Anda, deja, que ya lo cuento yo.

—Venga, una u otra, pero soltadlo ya, que me tenéis nerviosa —les dije.

—Marisa me ha buscado un trabajo extra. Se trata de cuidar a un niño de doce años cuando su padre no pueda atenderlo por trabajo. Algunas noches tendré que dormir en su casa, pero vamos, que eso lo haces tú mínimo dos veces al mes.

—¿Un niño de doce años? ¿Y le vas a decir que sí?

—Por supuesto. Por poco que me pague, es un dinerito. Además, para estar aquí toda la tarde sola y aburrida, mejor estoy allí y me gano un extra.

—Diosito de mi vida, ten misericordia de ella, que no sabe a lo que se enfrenta —dije en voz alta, como si estuviera rezando una plegaria.

—Mira que eres exagerada, hija mía. Que son preadolescentes, no demonios.

—Precisamente eso es lo que me da miedo a mí: la preadolescencia.

—Por cierto, ¿no tiene madre? —preguntó Diana.

—Hija, no le he pedido el libro de familia al muchacho. Solo os cuento lo que él me pidió: buscar a alguien que pudiera hacerse cargo de su hijo, nada más —me contestó Marisa.

—A lo mejor el muchacho es gay y es padre por vientre de alquiler, o es adoptado, o es...

—O es extraterrestre y lo han abducido —contesté, negando con la cabeza.

Mi madre y Marisa soltaron una carcajada, porque mi amiga tenía cada cosa que no era ni medio normal, de verdad que no.

Al final, cenamos todas juntas y nos tomamos una copita en el salón, entre risas y confidencias.

Marisa nos contó que había conocido a un hombre muy atractivo, que le gustaba mucho, pero que no sabía si ella le gustaba a él.

—Hija, ¿cómo no le vas a gustar con ese cuerpo y esa cara? —le dije yo.

—Que tampoco soy yo Cindy Crawford.

—Más quisiera esa parecerse a ti, chavala. Tú eres una mujer real, sin operaciones y con curvas donde tiene que haberlas.

—Gracias por dejarme claro que tengo celulitis y patas de gallo.

—Yo no he dicho eso, pero venga, no te desvíes y cuéntanos quién es y a qué se dedica.

—Es el dueño de la joyería que hay junto a la oficina de mi inmobiliaria, un local que acaba de abrir y que le vendí yo.

—¿Y no te ha insinuado nada?

—Bueno, cuando firmamos y antes de abrir, me invitó a cenar, pero no pasó nada entre nosotros.

—Hija, no todo el mundo es tan rápido como el tío con el que se acostó anoche Belén —dijo Laura.

—¡Madre mía! Qué sabrás tú de lo rápido que era o no. Ni que hubieras estado tú debajo de la cama —le dije, medio en broma, medio enfadada.

—Lo único que nos interesa saber es si llegaste rápido al clímax o no —me dijo Marisa.

—No pienso contar nada de mi vida sexual, mucho menos delante de mi madre.

—Desde luego, hija, qué desaborida eres —me contestó Laura.

—No te preocupes, Marisa, que nosotras te lo contamos todo —le dijo Diana.

Le contaron cómo había sucedido todo, cómo nos conocimos y la manera tan tonta en la que empezó todo entre ese hombre y yo.

Omitimos nombres y datos, pues no queríamos que pensarán que hablábamos como la Wikipedia.

Eran casi las tres de la mañana cuando nos fuimos a la cama. Marisa, al final, se quedó con nosotras a dormir, y lo hizo con mi madre, como ya lo había hecho en otras ocasiones.

Me costó conciliar el sueño, a pesar de la hora que era y de que casi no había dormido la noche anterior, pero es que cerraba los ojos y me venía la imagen de Alberto a la cabeza.

Era imposible no pensar qué estaría haciendo en ese momento. Cuando, de repente, una duda me asaltó.

¿Estaría casado y por eso no me pidió el número de teléfono?
¿Habría sido yo la canita al aire dentro de su matrimonio?

—¿Qué te pasa ahora, Belén?

—Me estoy preguntando si Alberto estará casado y por eso no me ha dado datos para poder localizarlo.

—Chica, qué ganas de darle vueltas a la cabeza. Has echado un polvo, no te ha puesto un anillo en el dedo.

—Cómo se nota que no está acostumbrada a hacer esto —sentenció Laura.

Capítulo 7



Alberto

No me pude quitar de la cabeza a esa mujer en todo el viaje. No me apetecía hablar de eso con nadie y, por eso, me coloqué mis auriculares, puse la aplicación de música y me aislé del mundo.

No sé en qué momento me quedé dormido, pero, en cuanto sentí que alguien me golpeaba en el brazo, abrí los ojos, sobresaltado.

—Bello Durmiente, que ya hemos llegado a Atocha —me dijo Juanjo.

—Joder, no me he dado ni cuenta.

—Ya, tú no, pero los demás viajeros sí. Menos mal que no hemos cogido el vagón del silencio, porque te hubieran echado a patadas en la primera estación en la que parara —dijo Camilo, riendo.

—¿De qué estás hablando, chaval?

—De que no veas cómo has roncado, chico. Si yo fuera tú, en cuanto llegara al hospital, pediría que me hicieran la prueba de la apnea del sueño.

—Los cojones de tu padre, voy a hacerme esa prueba.

—Si los encuentras, me lo dices, que les voy a hacer un nudo, no se le vaya a ocurrir seguir haciendo hijos para dejarlos abandonados.

Soltamos una carcajada. Por suerte, el que los hubieran abandonado ya no dolía como antes.

Yo sí que sabía el motivo por el que había terminado ahí, pero ellos no. La única familia que tenía era una hermana de mi padre; en cuanto se enteró de que no había dinero, también dejó de haber sobrino.

Bajamos del tren y tomamos un taxi, que nos llevó a cada uno a nuestra casa. Yo, antes de ir, le pedí que me dejara en casa del amigo de mi hijo, porque, aunque solo hacía un día que me había ido, ya lo echaba de menos.

—¡Papá! ¡Has vuelto!

—Claro, tesoro. ¿Cómo no iba a volver?

—No lo sé, como mi madre ha desaparecido sin decir nada...

—Pero yo no soy tu madre, yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Nos vamos ya a casa?

—Sí, nos vamos, pero a terminar de guardar todo antes de irnos a Málaga.

—¿Ya has encontrado piso?

—Sí, es precioso y está cerquita de la playa, con una terraza desde la que se puede ver el mar.

—¿En serio, papá?

—Sí. Te va a encantar, lo tengo claro. Además, los tíos Juanjo y Camilo serán nuestros vecinos.

—¡Toma ya! Ya estoy deseando verlo.

—Y te he inscrito en un nuevo instituto que también tiene unas instalaciones enormes y muy bonitas, con campos de fútbol y de baloncesto.

—Espero encontrar buenos amigos allí.

—Seguro que sí, mi niño.

Volvimos a casa paseando, hablando de lo que haríamos cuando llegáramos a Málaga.

—Papá, quiero ir a la playa en cuanto lleguemos, y bañarme en el mar. ¿Crees que hará todavía calor para eso?

—Te aseguro que sí, Alejandro. Además, también podemos jugar al fútbol playa con los tíos.

—Sí, dos contra dos. ¿Sabes, papá?

—Dime, cariño.

—Sé que allí vamos a ser muy felices, y quiero irme cuanto antes.

—Yo también lo sé. Es como si necesitáramos cambiar de aires.

En ese momento me sonó el móvil, y era un número que no conocía. Pensé en dejarlo sonar, pero luego recordé que podría ser esa mujer de la que me había hablado la señora de la inmobiliaria.

Le hice un gesto a mi hijo de que tenía que contestar, y él me entendió, afirmando con la cabeza.

—Buenas tardes, ¿con quién hablo?

—Buenas tardes, soy Margarita Fuentes. Llamo de parte de Marisa de los Ríos, la señora de la inmobiliaria.

—Ah, sí. ¿Le ha contado lo que busco?

—Sí. Tengo que decirle que soy diplomada en educación infantil, y que trabajo en el turno de mañana en una guardería...

Esa señora me contó que tenía una hija mayor que ya hacía su vida y que, por las tardes, se aburría en casa, por lo que estaría disponible a partir de las tres de la tarde y hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

Eso sería de lunes a viernes, porque el fin de semana lo tendría entero disponible.

—Me agrada muchísimo su perfil, sé que sería buena para mi hijo...

Ahora era mi turno para explicarle todas mis condiciones. Le dije que no podría darle un horario fijo, que todo dependía de mis turnos y guardias en el hospital.

Que la avisaría los lunes de los días que me haría falta que viniera a cuidar de Alejandro y que le pagaría sesenta euros al día, excepto si era de noche, que le abonaría cien euros.

—¿Está de acuerdo con las condiciones?

—Me parecen perfectas. No es que me haga falta el dinero, la verdad, pero sé que me vendría bien a modo de distracción.

—Entonces, guardaré su número en la agenda de mi móvil y la llamaré en cuanto volvamos a Málaga, para concertar una cita y que nos conozcamos personalmente.

—De acuerdo, esperaré su llamada.

Corté la comunicación después de despedirme, mientras mi hijo me miraba con cara rara, como si no supiera lo que estaba diciendo, por lo que decidí explicárselo.

—No me mires con esa cara, que todo tiene su explicación.

—Y yo estoy deseando que me la cuentes.

Me lo dijo de una manera que no pude evitar reírme. Le conté lo que ya había escuchado, pero dejándole claro que solo serían los días en los que tuviera turno de tarde y guardias nocturnas.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Papá, no quiero que luego me dejes allí con esa señora y te olvides de mí.

—Alejandro, entiendo tus dudas y tus miedos, pero tienes que confiar en mí, yo nunca te olvidaré ni te daré de lado.

Le di un abrazo mientras entrábamos en el establecimiento en el que teníamos que comprar las cajas para la mudanza.

En cuanto llegamos a casa, Alejandro me dijo que le ayudara a guardar las suyas.

—Papá, hay cosas que no me quiero llevar. ¿Qué hacemos con ellas?

—¿Estás seguro? Luego puedes arrepentirte. Allí, en el piso nuevo, hay espacio suficiente para guardarlas.

—No, no me las quiero llevar, no me traen buenos recuerdos.

—Entonces, esas mételas en una caja aparte, y las llevaremos a la parroquia, para que el párroco las reparta entre los niños necesitados.

—Esa es una buena idea.

Sabía a qué cosas se estaba refiriendo, y era a esas que su madre le había regalado o bien por su cumpleaños o por Navidad.

Jamás acertó en lo que al niño le gustaba. Siempre llegaba a destiempo, como si se hubiera acordado en el último momento y hubiera tenido que salir corriendo a por ello.

Ni siquiera eran acordes con su edad. Como el regalo del año anterior, que apareció la víspera de Reyes con un tren de madera que había comprado en un supermercado, mientras que para ella venía cargada de bolsas de ropa de firma.

Los lanzó a la caja con rabia, como si, una vez que eso desapareciera de su vida, también se llevara el recuerdo de ella.

Me planteé llevarlo a terapia en cuanto llegáramos a Málaga. Hablaría con alguno de mis compañeros de Psiquiatría o Psicología para que me aconsejaran.

Mi hijo no estaba bien, y eso era evidente. Más de una vez lo vi limpiarse las lágrimas de manera brusca, como si entendiera que su madre no merecía ni una lágrima suya.

—Alejandro, no es malo llorar, si lo necesitas, hazlo.

Mi hijo me miró, y se lanzó a mis brazos. Entre ellos soltó todo lo que tenía dentro, todo lo que llevaba guardado desde que su madre se marchó, o al menos eso pensaba, hasta que habló.

—¿Por qué he nacido si ella me dijo que no me había querido nunca?

—¿Perdona? ¿Qué estás diciendo, Alejandro? ¿Tu madre te dijo eso?

—Sí, papá, cada vez que discutía contigo por mi culpa...

—Nunca ha sido por tu culpa, Alejandro, sino por la de ella.

—Bueno, pues siempre que discutíais por algo que me incumbiera, ella, cuando tú te marchabas, me lo decía.

—¿Qué era lo que te decía, exactamente?

—Que nunca debió permitir que yo naciera, que había sido la muerte de su matrimonio, porque tú me querías a mí más que a ella, y que, por eso, ella no me había querido nunca, porque tú me dabas amor por los dos.

Os prometo que se me paró el corazón cuando escuché a mi hijo pronunciar esas palabras. ¿Qué le decía yo ahora? ¿Cómo podía justificar que una madre le tuviera celos a su propio hijo?

No podía, de ninguna manera, y no lo hice. De lo que me encargué fue de dejarle claro a mi hijo que yo estaría siempre ahí, para él, para todo lo que necesitara y que no le faltaría mi cariño jamás.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, mi vida.

Capítulo 8



Belén

Habían pasado ya casi dos semanas desde que conocí a Alberto y seguía sin poder quitármelo de la cabeza.

Mi madre había acudido a esa entrevista laboral y debería estar al llegar. Yo estaba preparando mi bolsa para pasar el día en la playa, puesto que el lunes ya tenía que empezar las clases en el instituto.

Hoy me iría sola, pues Laura y Diana tenían que ir al pueblo de los padres de una de ellas para firmar la venta de una casa que había heredado de sus abuelos.

No quería irme sin saber la decisión de mi madre, por lo que me senté a esperarla en el sofá del salón. Esperaba que no tardara mucho.

Minutos después, escuché la llave en la cerradura de la puerta, y a mi madre que entraba cantando.

—Muy contenta vienes tú...

—No lo sabes tú bien.

—Deduzco, por lo que me has dicho, que te ha ido bien en la entrevista. Ahora solo me queda que me expliques por qué has aceptado ese trabajo cuando económicamente no te hace falta.

—Pues mira, hasta minutos antes de conocer a ese niño todavía me lo estaba pensando, pero en cuanto lo vi y noté esa tristeza en sus ojos, ya no hubo marcha atrás.

—No te entiendo. ¿Por qué iba a tener un niño de esa edad esa tristeza que dices que reflejaba?

—No lo sé, pero te aseguro que pienso averiguarlo.

—Bueno, yo me marcho un ratito a la playa. ¿Te vienes conmigo y comemos en el chiringuito?

—Uy, qué va, no me apetece nada. Me voy a cambiar y me voy a tirar en el sofá, bajo el aire acondicionado y a ver la serie que estoy viendo.

—Desde luego, hija, si te quedas ahí dos días más, te conviertes en un cojín. Tienes menos vida social que una ameba.

—Lo que tú digas, pero, por mucho que me hables, no me harás cambiar de opinión.

—Nada, chica, ahí te dejo con tu sofá y tu mando.

—Tus mandos, que son dos, el de la televisión y el del aparato del aire acondicionado.

Las dos soltamos una carcajada, mientras ella entraba en su cuarto y yo cogía mi bolsa de la playa para salir de mi casa.

Tenía una playa preciosa a menos de quince minutos andando de mi casa, y me decidí a ir dando un paseo.

Me encantaba pasear por las calles de mi barrio, de mi ciudad, donde lo mismo te cruzabas con una anciana que iba a comprar el pan que con una familia apurando los últimos días de vacaciones o con un grupo de turistas que visitaban los típicos monumentos.

Llegué a la playa y busqué un huequito en una de las hamacas que tenía el chiringuito, pues no había querido cargar ni con silla ni con sombrilla. En la bolsa solo llevaba la toalla y poco más.

—Aquí tiene usted una, señorita.

—Gracias, quiero alquilarla para todo el día.

—Perfecto, son veintidós euros, por Bizum o en efectivo, como usted quiera.

—No, no, en efectivo.

Pagué la hamaca y la sombrilla y guardé el recibo. Eran dos hamacas, aunque yo tan solo utilizaría una.

Extendí la toalla y me apliqué la crema protectora. Justo cuando miraba la manera de extenderme la crema en la espalda, escuché una voz que pensé que no volvería a escuchar jamás.

—¿Necesitas ayuda, preciosa?

—¿Alberto? ¿Qué haces tú aquí?

—¿Tomar el sol y darme un baño?

—Hombre, claro, a barrer la playa no has venido, digo yo. Pero me refería a que dijiste que volvías a Madrid al día siguiente.

—Y volví, pero a recoger mis cosas. Ya estoy aquí de nuevo. Esta vez, para quedarme.

—No entiendo nada, te lo juro.

—No te preocupes, que, si me dejas, yo te lo explico enseguida. Dame un momento para pagar esta hamaca y me instalo.

—No necesitas pagarla, lo acabo de hacer yo. Va en un pack: dos hamacas y una sombrilla.

—Vale, entonces te invito a comer y solucionado.

Alberto me contó que, el fin de semana que nos conocimos, estaban aquí para buscar piso y que, como lo encontraron a la primera, decidieron volver a su ciudad para llevar a cabo la mudanza lo más pronto posible.

También me explicó que sus amigos venían con él, y que empezaban a trabajar en el hospital de Málaga en esa semana que empezaba.

—Lo que más me preocupa es mi hijo, si te soy sincero. No sé si se va a adaptar, porque está en una edad muy difícil.

—¿Tienes un hijo? ¿Estás casado?

Os prometo que esto último lo pregunté casi en un susurro, porque se me formó un nudo en la garganta que casi me impidió respirar.

Vi cómo a Alberto se le dibujaba una sonrisa en la boca, una que no me hizo ni puta gracia, para qué mentir. Y él lo notó.

Solo de pensar que yo había podido ser la otra, aunque fuera por una sola noche, me ponía de mala leche.

Si había algo que yo no toleraba era la infidelidad, del tipo que fuera. La lealtad era algo que llevaba a rajatabla, y una mentira o un engaño era algo que me ponía enferma.

—Quédate tranquila. Cuando nos conocimos, ya había firmado el divorcio. Afortunadamente, como dirían mis amigos.

—Uf, menos mal, porque, eso de la infidelidad, como que no va conmigo.

—Lo supe desde el mismo momento en el que te vi. También me di cuenta de que no eres de las que se acuestan con un hombre nada más conocerlo, aunque conmigo hicieras una excepción.

—Pues sí. Como tampoco soy de esas a las que les gusta salir de fiesta. Prefiero un plan más tranquilo, de cena y copita en casa, o de ir a comer y echar la tarde juntas.

—Cada cosa que me cuentas me gusta más que la anterior, Belén.

Quise seguir preguntándole por su hijo, pero, al no verlo allí con él, o era demasiado pequeño y lo había dejado con alguien, o era demasiado mayor y se había quedado en casa solo o había salido con los amigos.

—Anda, trae que te ponga la crema por la espalda, o terminarás quemándote.

—Vale, pero luego te la pongo yo a ti...

—Preciosa, si me pones las manos encima, no respondo.

Me lo susurró al oído, y os prometo que me subió un calor por el cuerpo que no sabía de dónde había salido.

Volver a sentir sus manos sobre mi piel, masajeando mi espalda, mis piernas e incluso la parte de mis nalgas que quedaba al aire, me arrancó más de un suspiro.

Pero no pensaba dejarlo así, no era justo que yo estuviera así de sofocada mientras él estaba tan fresco.

Me incorporé en la hamaca, lo empujé levemente y me eché crema en las manos, que froté para que no estuviera tan fría. Empecé a extendérsela por el pecho y las piernas.

—Belén, o paras ya o me voy a tener que meter en el agua fría.

—Pues siento decirte que, de fría, más bien poco, la verdad.

—Joder, pues entonces, sí que lo llevo claro, porque mi amiguito está recordando otro momento en el que tus manos también estaban sobre mi piel...

Desvié mi mirada hasta su miembro, que estaba completamente erecto, y me puse roja como un tomate.

Se levantó y me tomó de la mano, haciendo que yo también me levantara, y caminamos de ese modo hasta el mar.

Él no se lo pensó y se tiró de cabeza en cuanto hubo profundidad suficiente como para no partirse la crisma, mientras yo entraba más despacio, a mi ritmo.

No me di cuenta de que había venido buceando hasta donde yo estaba, cogiéndome por detrás y lanzándome al agua con él.

Salimos riendo a carcajadas, él por la manera en la que yo gritaba antes de caer al agua, y yo, por la forma en la que me había sorprendido.

En un momento, tiró de mi brazo, me pegó a su cuerpo, posó una mano en mi mejilla y me besó.

Nos besamos, porque yo le correspondí a ese beso con premura, sin mostrar la más mínima resistencia, ya que lo deseaba tanto o más que él.

—No te puedes imaginar la cantidad de veces que he pensado en hacer esto desde que nos separamos.

—Yo tampoco he podido olvidar la noche que pasamos juntos. Pero, tengo una duda que me está corroyendo por dentro.

—¿Qué duda es esa? Pregunta lo que quieras, si te lo puedo aclarar, no tengo ningún problema en hacerlo.

—¿Por qué no me pediste el número de teléfono si pensabas volver?

—Eso mismo me pregunté yo en cuanto te marchaste. Siendo sincero contigo, no tenía intención de empezar nada con nadie, no después de salir de ese matrimonio. Pero, en cuanto te tuve en mis brazos, supe que no podía dar marcha atrás.

Capítulo 9



Alberto

Esa mañana me había levantado de otro humor, como si la vida estuviera empezando a devolverme algo de todo lo bueno que me merecía. No sé si me explico bien.

A mis casi cuarenta años, había sufrido mucho más de lo que cualquier persona debería sufrir a lo largo de toda su vida y, aun así, después de mucho tiempo, me sentía tranquilo. Feliz, incluso.

Había quedado con Marga en mi casa. Quería que lo viera todo y conociera a Alejandro antes de que él se fuera con mis amigos.

Como no sabía cuánto tardaría en llegar a un acuerdo con ella y mi hijo se moría por ir al mar, Juanjo y Camilo habían alquilado un barquito con tobogán y se lo llevarían en una media hora.

—¿Tienes la mochila preparada?

—Sí, papá, aunque me gustaría que vinieras con nosotros.

—Ya, pero tengo que solucionar este tema antes de empezar a trabajar. Tú, pásalo bien, te prometo que, la próxima vez, iré con vosotros.

—Vale, pero prométeme que, en cuanto termines, no te vas a quedar en casa, te bajarás, aunque sea un rato, a la playa.

—No tengo muchas ganas, pero bueno, haré el esfuerzo por ti.

—Entonces, me voy tranquilo.

En ese momento llamaron al telefonillo del edificio, y supe que sería Marga, pues faltaban dos minutos para la hora en la que la había citado.

—Buenos días, supongo que usted será Marga.

—Buenos días, pero por favor, tutéame, que los formalismos no me gustan.

—Perfecto, yo soy Alberto, y este es Alejandro, mi hijo.

Vi cómo aquella mujer miraba a mi hijo con un cariño que no era normal en alguien que acababa de conocerlo, y supe que había sabido ver más allá de lo que los demás veían.

Alejandro la saludó muy educadamente y le preguntó cómo quería que la llamara. Ella le dijo que como le saliera del corazón, que no tenía ningún problema.

—¿Te molesta si te digo nana? Es que no he tenido abuelos y, aunque no tienes edad para serlo, así te siento más cercana. No como la mujer que me va a cuidar cuando mi padre no pueda.

—A mí no me molesta, cariño. Y así es como quiero que me veas, como la persona a la que puedes contarle todo lo que te ocurra. Yo siempre intentaré entenderte y ayudarte a encontrar una solución.

—Papá, la nana me gusta. Sé que nos vamos a querer mucho y que me va a cuidar como lo hace una abuela.

—Eso me hace muy feliz, cariño. Ahora ve a buscar a los tíos y pásalo bien mientras yo termino de llegar a un acuerdo con Marga.

Mi hijo, contra todo pronóstico, porque no era de esos niños que dan muestras de cariño así porque sí, se acercó a ella y se despidió con un beso y un abrazo, al igual que hizo conmigo.

Cuando nos quedamos a solas, me dispuse a contarle a Marga toda mi vida, pero no me dio tiempo, porque me frenó en seco.

—Alberto, no es necesario que me cuentes nada de tu vida si no quieres. Yo estoy aquí para darle a Alejandro el cariño, el apoyo y el cuidado que necesita.

—Lo sé, Marga, pero necesito hacerlo para que comprendas a mi hijo.

Empecé a contárselo todo, desde que Sabrina me dijo que estaba embarazada hasta el momento en que, hacía unos días, Alejandro me confesó lo que ella le decía cuando discutíamos.

—Hay mujeres que no sirven para ser madres, no tienen ese instinto, y también hay que entenderlas.

—Lo sé, pero lo que me duele es que le haya tenido celos de su propio hijo.

—Ahí sí que no te puedo ayudar, porque yo quiero a mi hija con toda mi alma. Cualquier gesto hacia ella, bueno o malo, es como si me lo hicieran a mí multiplicado por mil.

—Exacto, yo también lo veo así. Pero bueno, ya conoces la historia que hay detrás, y podrás intuir las necesidades de mi hijo. Ahora, vayamos al tema económico.

Media hora después, ya habíamos llegado a un acuerdo en todos los sentidos, por lo que le entregué una llave de mi casa y le dije que, el lunes, en cuanto supiera mis horarios, se los haría saber para que se organizara durante el mes.

Me había gustado mucho esa mujer que, aparte de ser una belleza a pesar de la edad que tenía, era dulce y de lo más simpática.

No me juzgó en ningún momento, es que ni siquiera había juzgado a Sabrina, simplemente intentó entenderla, aunque no sé si lo consiguió.

De repente, me vino a la mente Belén, pues no sabía el motivo, pero esta mujer me la recordaba mucho.

Estoy completamente seguro de que, si Juanjo la hubiera visto, me hubiera dicho que le tirara los tejos, porque no podía negar que estaba buenísima, al igual que pasó con Marisa, la señora de la inmobiliaria, pero no era mi intención.

Entré en mi habitación y me puse el bañador, cogí una pequeña mochila donde metí mi toalla y mi cartera y me dispuse a bajar un rato a la playa, a esa que estaba cerca de mi casa.

Me fui dando un paseo, pues el coche solo pensaba cogerlo para lo imprescindible, ya que me encantaba caminar.

Estaba buscando al chico de las hamacas cuando la vi, allí, intentando ponerse crema en la espalda, y no pude evitar que una sonrisa acudiera a mi boca.

Al final, me instalé allí con ella. Y cuando volvimos a besarnos en el agua, con el mar cubriéndonos y sus manos aferradas a mí, sentí que algo dentro de mí se recolocaba por primera vez en mucho tiempo.

Podéis pensar que estoy exagerando, pero no me la había podido quitar de la cabeza en todos esos días y tenerla de nuevo entre mis brazos, era un sueño.

De repente, me preguntó algo que me dejó un tanto descolocado, pero que respondí con toda la sinceridad del mundo.

—¿Por qué no me pediste el número de teléfono si pensabas volver?

—Eso mismo me pregunté yo en cuanto te marchaste. Siendo sincero contigo, no tenía intención de empezar nada con nadie, no después de salir de ese matrimonio. Pero, en cuanto te tuve en mis brazos, supe que no podía dar marcha atrás.

—Gracias por tu sinceridad, eso me indica que, hasta cierto punto, me puedo fiar de ti.

—¿Acaso has tenido una mala experiencia con los hombres?

—Pues, realmente, no. Creo que todavía no me había llegado el amor y, por eso, las relaciones que he tenido, cuando se han terminado, no me han dejado mal sabor de boca. Es más, mi última pareja es uno de mis mejores amigos.

—Eso sí que es extraño, porque, normalmente, cuando una relación se rompe, se tiende a tirarse los trastos a la cabeza.

—No es nuestro caso, te lo aseguro. Además, una persona que tan solo cuenta las cosas malas de su expareja, que no es capaz de ver las cosas buenas que han vivido juntos, no me parece una persona justa.

—Tienes razón. Yo, con Sabrina, no solo he tenido momentos malos, también los hubo buenos, y muchos. Aunque todos fueron antes de que Alejandro naciera.

—¿Así se llama tu hijo?

—Sí, y es un niño espectacular, y no lo digo porque yo sea su padre, que todo el que lo conoce sabe que es cierto.

—¿Qué tal lleva él la separación? Porque supongo que será algo reciente...

—Bueno, han sido muchos cambios, pero no dudo de que mi hijo tiene la capacidad suficiente como para aceptarlo y adaptarse.

—Eso es bueno, la resiliencia es algo muy valioso.

—Tan valioso como tú.

Volví a atraerla hacia mí, poniendo mis manos en su trasero, amasándolo y haciendo que notara lo que me estaba haciendo sentir en esos momentos.

—Si continuas así, no vas a poder salir del agua en todo el día.

—Y la culpa será tuya.

—¿Mía?

—Por supuesto. Yo vivía muy tranquilo, pensando que no quería volver a poner a una mujer en mi vida, y apareciste tú, como de la nada, y poniendo mi vida patas arriba.

—Ya será para menos...

—Te aseguro que no, y te lo pienso demostrar.

Volví a besarla. Me daba igual que hubiera gente a nuestro alrededor, era justo lo que necesitaba en ese momento, y no me iba a separar de ella.

Después de un rato, salimos del mar y volvimos a las hamacas, donde lo primero que hice fue pedirle el número de teléfono y dejarle una llamada perdida para que también tuviera el mío.

—¿Qué te parece si compramos algo de comer y vamos a mi casa? Tengo una terraza que creo que te va a gustar, y no me apetece despedirme de ti todavía.

Capítulo 10



Belén

Acepté su propuesta, no sin antes preguntarle si a su hijo no le molestaría, pues no quería invadir ni la vida ni la casa de nadie, y eso lo tenía clarísimo.

—Mi hijo no está, ha salido con mis amigos a navegar y no volverá hasta bien entrada la tarde.

—¿Cómo es que tú no los has acompañado?

—Porque tenía una reunión importante y no sabía cuánto iba a tardar en resolver ese asunto.

—Entonces, si lo tienes tan claro, me encantará conocer tu casa, tu refugio...

—Joder, lo estás diciendo como si yo fuera Batman y te fuera a llevar a la *batcueva*.

Ambos soltamos una carcajada, mientras nos poníamos la ropa para salir de la playa.

Al final, decidimos comer en el chiringuito para no ir cargados y, porque ambos éramos conscientes de que, en el momento en el que estuviéramos a solas, sin que nadie pudiera vernos, íbamos a dejar volar nuestras ganas y nuestra pasión.

Nos sentamos en la terraza del chiringuito, y me dejó que pidiera yo, ya que, según su criterio, yo era la experta.

—Vale, pues pidamos un surtido de pescado frito con pimientos y una cazuela de arroz a la marinera. ¿Te parece bien?

—Yo preferiría comerte a ti, pero bueno, eso lo haré después. Primero, tenemos que saciar otro tipo de apetito.

—No me puedes decir esas cosas y quedarte tan ancho, Alberto.

—Claro que puedo, es más, creo que lo he hecho, como también creo que, en estos momentos, estás tan excitada como lo estoy yo.

Con mucho disimulo, escudándose en la mesa que nos tapaba, deslizó una mano hasta mis muslos y me hizo separar las piernas para tener acceso libre a mi sexo.

Con uno de sus dedos, como si no quisiera la cosa, apartó la braguita de mi bikini e introdujo dos dedos entre mis pliegues.

—Alberto, por favor...

—Shhh, calla y disfruta. Desde donde estamos no nos ve nadie.

Joder, y vaya si disfruté. Tuve que retorcer el vestido entre mis dedos para no gritar de placer, porque el orgasmo que me atravesó fue algo espectacular.

—Ahora vuelvo. Voy a lavarme las manos antes de comer.

—Me cago en tu puta estampa, Alberto.

Me salió de dentro, porque el calor y los colores que se me tuvieron que subir a la cara eran una prueba evidente de lo que había sucedido bajo aquella mesa.

Él solo soltó una carcajada, mientras entraba en el interior del local.

Cogí mi copa y me bebí la cerveza de un solo trago, por lo que tuve que llamar al camarero para que me trajera otra.

—Hace calor aquí, ¿verdad? —me dijo el chico, que me miraba como si supiera lo que había pasado.

—No te puedes imaginar cuánto, te lo aseguro.

El chico empezó a reír, mientras negaba con la cabeza y entraba para traer otra jarra de cerveza bien fría.

Justo la traía cuando llegaba Alberto, que también venía sonriendo. En cuanto nos quedamos a solas, se volvió a dirigir a mí.

—¿No me vas a preguntar por qué he tardado tanto?

—Imagino que porque habría mucha gente delante de ti.

—Negativo, no había nadie, ni delante ni detrás de mí.

—¿Entonces? ¿Has pedido algo extra en la barra antes de sentarte?

—No, tampoco ha sido eso.

—Hijo, pues ya no se me ocurre nada más.

Lo vi cómo se acercaba a mí, con toda la intención de decirme algo al oído y supe, al instante y por la forma en la que me miraba sonriendo, que lo que me iba a decir a continuación me iba a poner taquicárdica.

—No he podido evitar llevarme esos dos dedos a la boca. Saborearte así me ha puesto duro como una roca...

—¿No habrás sido capaz de...?

—Por supuesto que he sido capaz, y lo he hecho, con tu imagen en mi retina, justo en el momento en el que te corrías.

Al ver mi cara, soltó una carcajada que hizo que mi corazón latiera todavía más rápidamente.

Nunca en mi vida había comido y bebido más rápido que ese día, pues me moría por entrar en esa casa y que me hiciera suya como el día en que nos conocimos.

Antes de las cinco de la tarde ya estábamos entrando por la puerta de su casa. Alberto había llamado a sus amigos para preguntarles a qué hora volverían y asegurarse de que nadie nos interrumpiría.

—No vendrán hasta las nueve —dijo, cerrando la puerta a nuestra espalda—. Tenemos casi cuatro horas para hacer todo lo que llevamos imaginando desde la playa.

—Bueno, un poco menos, que no quiero incomodar a tu hijo y que me vea aquí cuando llegue.

—Vale, entonces serán tres horas y cuarenta y cinco minutos.

Solté una carcajada, pero me duró poco, pues me cogió en brazos, haciendo que enroscara mis piernas en su cintura y me llevó hasta su habitación.

—Tengo intención de ducharme contigo, pero antes quiero comprobar cómo sabe el mar en tu piel.

—Alberto, no puedo más.

—Claro que puedes. Porque no vas a correrte hasta que yo te lo diga, o tendrá consecuencias.

Dios. Esas palabras, esa manera de decirlas y lo excitada que yo estaba fueron un cóctel explosivo.

Sin darme cuenta, ya estábamos los dos completamente desnudos y él estaba besándome todo el cuerpo, deteniéndose en mis pechos, esos que lo volvían loco.

Cuando lo sentí entre mis piernas y pasó la lengua por mi sexo, no pude evitar soltar un grito.

—Hazlo, no te reprimas. No hay nadie en toda la planta.

—No pares, por favor.

—Está bien, pero recuerda que no puedes correrte hasta que yo te lo diga.

Volvió a mi sexo. Lamió, succionó y hasta mordisqueó mi clítoris. En el momento en que vio que ya no podía más, se separó de mí.

—Ahora puedes correrte, pero quiero que lo hagas a lo grande. Quiero que dejes salir todo lo que te pida el cuerpo.

Y volvió a colocarse entre mis piernas. Otra vez su lengua. Otra vez mi cuerpo retorciéndose de placer, hasta que me corrí tal y como él me lo había pedido: con un grito y una sacudida incontrolable.

No me dio margen para recuperarme. Me levantó las piernas, se las colocó sobre los hombros y me penetró con una embestida que me dejó sin aire.

¡Dios mío de mi alma! ¿Dónde había aprendido este hombre a follar de ese modo?

Cambiamos de postura en infinidad de ocasiones, cada vez que notaba que su orgasmo estaba cerca, lo hacía, para darnos un ratito más de placer, hasta que ya no pudo más.

Se encontraba sentado en la cama, mientras yo estaba a horcajadas sobre su miembro, siguiendo el ritmo que él me pedía, ayudada por sus manos en mis caderas.

—No puedo más, Alberto, necesito correrme.

—Hazlo, y llévame contigo al cielo, porque, si existe, te prometo que tiene que ser una sensación como esta.

Ambos nos corrimos mirándonos a los ojos y gritando el nombre del otro a pleno pulmón.

No había conocido el amor todavía, pero algo me decía que debía ser un sentimiento muy cercano al que tenía en esos momentos.

Nos quedamos abrazados, Alberto tumbado en la cama y yo sobre él, apoyada en su pecho, pero sin sacarlo de mi interior.

Cuando pudimos recobrar nuestra respiración, cuando ya la habíamos normalizado, me miró, con una sonrisa.

—Vamos, es el momento de darnos una ducha. En esta ocasión no tengo bañera, pero espero que te lo pases igual de bien.

—Eso no lo dudes, estando tú y tu cuerpo, me da igual tener que hacerlo en el lavabo.

—Hum, eso me ha dado una idea.

Se levantó conmigo en brazos, en la misma postura y sin salir de mi interior. Entonces me di cuenta de que no habíamos usado preservativo. Tomaba la píldora, y quizá por eso no me alarmé tanto como debería.

Me sentó en el mueble del lavabo, tal y como yo había insinuado antes, y empezó a besarme y mordirme los pechos.

Notaba cómo se iba poniendo duro en mi interior, y aquella era la mejor sensación del mundo.

—¿Lo estás notando igual que yo?

—Sí, y es fantástico.

—Joder, nunca había hecho algo así, pero pienso repetirlo cada vez que tenga ocasión.

Eso me dolió, porque no verbalizó que fuera a ser conmigo. Aun así, no quise darle importancia ni romper la magia del momento.

Decir que en esas tres horas en las que estuvimos juntos no disfruté, sería mentir como una bellaca, pero ya había llegado la hora en la que teníamos que separarnos.

—¿Nos volveremos a ver, Belén?

—Siempre que no te olvides de mí. Ya tienes mi número de teléfono, puedes llamarme cuando quieras.

—No dudes que lo haré, porque quiero repetir esto todas las veces que podamos, pero no solo quiero eso de ti. Me gustaría conocerte bien.

—Yo también quiero hacerlo, Alberto. Me gustas mucho.

Nos dimos un beso en la puerta del ascensor. Le dije que no hacía falta que me acompañara, porque vivíamos cerca, y bajé sola. Al salir a la calle, el calor me golpeó la cara de lleno.

Capítulo 11



Alberto

Una media hora después, llegaron mis amigos con mi hijo y, nada más verme la cara, supieron que algo bueno me había sucedido.

Me abstuve de decirles cuando hablé con ellos por teléfono, que me había reencontrado con Belén, pues preferí hablarlo con ellos cara a cara, cuando estuviéramos a solas.

—Esa cara que tienes es porque nos tienes que contar algo —me dijo Juanjo, con una sonrisa.

—Pues sí, pero más tarde. Ahora quiero saber cómo se lo ha pasado mi hijo.

—Papá, no me lo podía haber pasado mejor. El tío Camilo se tiró por el tobogán con el barco en marcha y tuvimos que volver a buscarlo...

—El desgraciado de Juanjo, que le dijo al patrón que acelerara, que el niño se quería tirar y había visto medusas —me explicó mi amigo.

Solté una carcajada. Y esa no fue la única, porque las anécdotas se sucedieron una tras otra hasta que terminé doblado de la risa en el sofá de mi casa.

—Papi, y con la comida ya ni te cuento. El tío Camilo se llenaba el plato y, en cuanto se despistaba, el tío Juanjo lo mandaba a buscar algo a la nevera y se lo cambiaba por otro vacío.

—Y luego el cabrito decía que me estaba volviendo loco, que ya me lo había comido. Si no llega a ser por el niño, que lo pilló en plena faena, lo habría tirado por la borda.

Sabía que todo eso lo habían hecho para hacer reír a mi hijo, para que no se acordara de su madre, que, desde que se había marchado, no lo había llamado ni una sola vez.

Me dolía, no voy a decir que no, porque lo hacía, y mucho, pero, pensándolo en frío, veía que era lo mejor para él, pues, cuando lo llamara, lo volvería a desestabilizar.

Pedimos pizza para cenar, y nos sentamos en la terraza, en la parte que pertenecía a mi casa, que era la que daba de pleno al mar, pues estaba situada en la parte frontal del edificio.

Seguimos riendo, y supe que, por primera vez en la vida, era plenamente feliz, y no me había dado cuenta hasta ahora.

—Papá, yo sé que vosotros tenéis cuerda para rato, pero a mí se me están cerrando los ojos. No puedo con mi cuerpo.

—¿Ya nos abandonas? Desde luego, hijo, qué poco aguante tienes —le dijo Juanjo.

—Además, yo mañana empiezo el instituto, y quiero ir descansado, aunque solo sea la presentación y entre más tarde.

—Haces bien, hijo. Yo tampoco voy a tardar mucho en irme a la cama, que nosotros también tenemos que ir al hospital a primera hora.

Me despedí de mi hijo, pues eran casi las once de la noche y tenía que ir a descansar.

Esperamos un rato más, mientras Alejandro se lavaba los dientes y se ponía el pijama. Cuando escuché la puerta de su habitación cerrarse, me giré a mis amigos.

—Venga, ya estamos solos, suelta por esa boquita —me dijo Juanjo, que estaba deseoso de saber lo que me había pasado.

—Me he encontrado a Belén esta mañana, en la playa.

—¿En serio? ¿Te has acercado a ella?

—Por supuesto. ¿Por qué te crees que te he llamado para saber a qué hora volvíais?

—¡Qué cabronazo! ¿Te la has traído a tu casa?

—No, si te parece, me la voy a llevar a la orilla y me lío con ella allí.

—Desde luego, qué irónico te has puesto, hijo...

—Bueno, ¿qué? —me preguntó Camilo.

—Pues que he pasado la mejor tarde de mi vida, que tengo su número de teléfono y que no pienso dejar que se me escape de nuevo.

—¿Estás seguro de querer volver a una relación, cuando acabas de salir de una?

—No sé si quiero una relación, no sé si llevará a alguna parte, pero lo que sí tengo claro es que no me la he podido quitar de la cabeza desde que pasé la primera noche con ella.

—Entonces, si eso es lo que sientes, aquí estaremos para apoyarte en todo lo que decidas —me dijo Juanjo.

Nos dimos un abrazo y nos despedimos hasta el otro día, en que nos veríamos en el hospital, pues hablé con el director para que me dejara entrar un poco más tarde, ya que Alejandro tenía que estar en el instituto a las nueve y media.

Esa noche me costó mucho dormir, pero de alegría. Por fin, todas las piezas iban encajando, una tras otra, y mi vida empezaba a ponerse en orden.

Cuando sonó el despertador, me quería morir, porque no hacía ni dos horas que había caído en brazos de Morfeo. Aun así, no tenía más remedio que levantarme e ir avisando a Alejandro, que todavía seguía durmiendo.

Me di una ducha rápida y me vestí con un pantalón chino y una camiseta básica blanca, porque, en cuanto llegara al hospital, tendría que ponerme la bata y quería estar fresco.

Me até los cordones de las zapatillas blancas y salí de mi habitación. Entonces me llevé la sorpresa de encontrarme a mi hijo en el pasillo, con el uniforme del instituto y una sonrisa en los labios.

—Pensé que todavía estarías durmiendo, aún es temprano.

—Lo sé, pero los nervios no me dejaban dormir. Estoy despierto desde antes de que sonara tu despertador.

—Pues, entonces, nos vamos ya y desayunamos en la cafetería que hay cerca del colegio. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea fantástica, papá.

Salimos del edificio riendo, y veía que mi hijo era feliz, a pesar de todo lo sucedido con su madre, a pesar de haber tenido que dejar a sus amigos atrás.

Al final, su mejor amigo no había podido venir a Málaga. Dos días antes de que sus padres lo trajeran, se cayó jugando al fútbol y se partió una pierna. Tuvo que entrar en quirófano, así que le fue imposible venirse.

Para mi hijo fue un palo, pues ya había planeado todo el fin de semana con su amigo, pero al final, tampoco se lo pasó tan mal.

—Estoy deseando conocer a mis compañeros. Digo yo que algún amigo haré, ¿verdad?

—Por supuesto, cariño. Tienes que mostrarte tal y como eres, ni más ni menos, y verás cómo consigues hacer amigos en poco tiempo.

—Eso espero. Y que me toquen unos profesores competentes, porque los que tenía el año pasado, a excepción de la de inglés, dejaban mucho que desear.

Fuimos paseando, nos sentamos en la terraza de la cafetería y pedimos un desayuno completo para empezar el primer día con fuerzas.

—Alejandro, no sé si llegaré a tiempo de estar en casa cuando salgas del instituto, porque Marga no puede venir por la mañana. No voy a tardar mucho, hoy solo es para recoger mis turnos.

—No te preocupes, papá, que, si cuando llegue a casa no has vuelto, te espero en el parque de enfrente.

—No hace falta. Toma, ahí tienes las llaves. Entras y no le abras a nadie. Ah, y me llamas o me envías un mensaje en cuanto salgas, por si no puedo contestarte en ese momento.

—Perfecto, papá. Ahora me marcho, que no quiero llegar tarde el primer día.

Vi cómo mi hijo cruzaba la calle y entraba en el centro. Estaba tan orgulloso de él que me fue imposible no hinchar el pecho y poner una sonrisa.

Mi centro de trabajo no estaba demasiado lejos, por lo que me fui dando un paseo hasta el hospital.

En cuanto llegué, ya estaban allí mis amigos. Ellos sí empezaban a trabajar ese mismo día, mientras que yo lo haría al día siguiente.

—¿Todo bien?

—Perfecto. El director te está esperando en su despacho.

—Ahora mismo subo. Cuando salga, os busco en planta y me contáis.

—Allí estaremos, al menos hasta las tres de la tarde.

Entré en el hospital y subí hasta la última planta, donde se encontraba el despacho de dirección.

—Buenos días, soy Alberto Montero y tengo una cita con el director.

—Buenos días, doctor Montero. Lo aviso enseguida y, en cuanto me den paso, le indico.

—Gracias.

Tuve que esperar diez minutos hasta que el director me dijo que pasara. Era un hombre de unos sesenta años, bastante agradable y con una cara muy simpática.

—Doctor Montero, es un placer contar con usted entre nuestra plantilla.

—Por favor, tutéeme, que me hace sentir más mayor.

—Ah, si es por eso, entonces yo seré Manolo y tú, Alberto. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Estuvimos un buen rato hablando, me explicó mis horarios y las guardias que tendría que hacer en el mes, tanto de noche como de fines de semana.

Una hora después, salí del despacho con una carpeta con todos los turnos que tenía que hacer y, lo primero que hice, fue bajar a mi consulta para ver cómo era todo.

En el pasillo, me encontré con mis amigos, que iban a pasar consulta por primera vez.

—Chicos, esto es enorme, y muy actualizado.

—No te puedes imaginar cómo es la sala de radiodiagnóstico, parece recién sacado de la NASA.

—Mira que eres exagerado.

—De eso, nada. Ahora te llevarán a verla. Por cierto, las enfermeras no tienen desperdicio, ninguna.

—Ahí le doy la razón a Camilo, es como si en vez del título de enfermería le hubieran pedido a todas el de modelo. Me cago en la leche, serán una distracción constante.

Solté una carcajada al ver la cara de Juanjo, que era cirujano y pensaba en cómo sería cuando coincidiera con esas enfermeras en un quirófano, si sabría concentrarse en su trabajo.

Por supuesto que lo pensaba de cachondeo, pues sabía que mi amigo era un profesional como la copa de un pino.

Efectivamente, tal y como me había dicho Camilo, las enfermeras parecían sacadas de un catálogo, pero no le llegaban a Belén ni a la suela de los zapatos.

Belén, otra vez había vuelto su imagen a mi mente, una de la tarde anterior mientras tenía un orgasmo, disfrutando entre mis brazos y gritando mi nombre. Un calor repentino se apoderó de mí.

Ni siquiera me había fijado en si Alejandro me había enviado el mensaje que le pedí, por lo que, saqué el móvil del bolsillo y me dispuse a comprobarlo.

Pues sí, el mensaje había llegado hacía diez minutos, pero como lo puse en silencio en cuanto entré en el despacho, no me había enterado.

Alejandro: *Papá, ya he salido y ha sido fantástico. Me voy con un amigo que he hecho y te espero en el parque. Si no te gusta mi plan, o no estás de acuerdo, me lo dices y me subo a casa.*

Me hizo mucha gracia su manera de contestarme, ese plan detallado que me había dado. Le contesté que no había problema, que lo recogía cuando pasara por allí.

No sé el motivo, pero el caso es que también le escribí un mensaje a Belén, aunque supuse que todavía estaría en el trabajo. Sabía que era profesora, pero no me había dicho de qué ni dónde, aunque me daba igual, también os lo digo.

Alberto: *No puedo sacarte de mi mente. Estoy deseando volver a verte.*

No esperaba que me respondiera, al menos no de momento, pero me llevé una sorpresa cuando, minutos después, mi teléfono sonó.

Belén: *Yo también te tengo en mente siempre. Di un día y una hora y te invito a cenar.*

Capítulo 12



Belén

Entré en clase como una sargento, pero cuando vi a los niños que me habían tocado, no tuve más remedio que venirme abajo.

A la mayoría de ellos los conocía, pues venían de sexto de primaria de la otra parte del centro, pero había unos cuantos nuevos.

Me llamó la atención uno de ellos, todavía no sabía su nombre, pero en sus ojos noté una tristeza disfrazada de esperanza, una mirada que me llegó al alma.

—Bueno, chicos, como la mayoría de vosotros sabéis, soy Belén, vuestra tutora y profesora de matemáticas y biología.

—Belén, ¿solo nos vas a dar esas asignaturas? —me preguntó uno de los antiguos.

—Claro, no pensarías que iba a pasarme aquí con vosotros todo el día, ¿no?

—No, todo el día, no, pero tres o cuatro horas...

Todos sus compañeros soltaron una risita, y yo supe que estaba ante el gracioso de la clase. No lo hacía de manera intencionada, le salía solo, y esos eran los más peligrosos, porque podían formar una algarabía sin pretenderlo.

No le di importancia a esas palabras, porque si lo hacía, podíamos pasarnos toda la mañana debatiendo lo mismo.

—Bueno, aquí veo a chicos nuevos, y me gustaría que se presentaran al resto. ¿Quién empieza?

—Yo mismo —dijo uno de los chicos.

Se fueron presentando todos, diciendo de dónde venían y el motivo por el que estaban en ese centro este curso.

—Bueno, te toca. ¿Qué nos puedes decir de ti? —le pregunté al chico que me había llamado la atención desde el primer momento.

—Pues yo soy Alejandro Montero, y vengo de Madrid. Un traslado de trabajo de mi padre es el que me ha traído hasta aquí.

—¿Estás contento de haber venido, Alejandro?

—En cierto modo, sí. Solo espero poder hacer amigos rápido, porque aquí no conozco a nadie.

—¿Eres del barrio? —le preguntó el mismo chico que había hablado antes.

—Sí, vivo cerca del parque.

—Yo también, vivo justo al lado. Y, ¿sabes qué? Que aquí tienes a tu primer amigo. Ven, siéntate a mi lado, no te quedes ahí detrás, solo.

Me encantó ese gesto que tuvo con él, y la carita de Alejandro al ver cómo le abrían los brazos.

—Muy bien hecho, Marcelo, eso dice mucho de ti.

—Gracias, Belén, pero yo también sé lo que es llegar nuevo a un sitio y lo mal que se pasa.

Era cierto. Marcelo había llegado a la ciudad y al centro cuando tenía nueve años. Le costó un poquito hacer amigos, porque los grupos ya estaban hechos y no terminaba de encajar en ninguno. Pero, cuando lo conocieron bien, se convirtió en uno de los más queridos por sus compañeros.

Terminó el día y los vi salir juntos de clase. Alejandro iba charlando con Marcelo sobre la posibilidad de quedarse en el parque, aunque antes tenía que llamar a su padre para preguntárselo.

Me quedé ensimismada mirando la escena hasta que Fernando llegó por detrás y me abrazó por la cintura.

—¿Ya has encontrado a la ovejita negra del curso?

—No es la oveja negra, porque se ve un chico estupendo, pero sí que es el que más ayuda va a necesitar, y no precisamente académica.

—¿Ya estáis otra vez de secretitos? Chicos, cortaos un poquito, que ya resultáis un poquito empalagosos.

—De verdad, Sonia, ya cansas. Cuando tengas un poquito de empatía y entiendas que las personas pueden ser diferentes a ti, quizá te iría un poquito mejor —le contesté, ante la atenta mirada de Fernando.

—¿Podemos tomar algo a la salida? —me preguntó mi amigo.

—Claro, vamos a la cafetería de ahí enfrente.

—Perfecto, pero los dos a solas, por favor. Tengo que contarte algo.

—Está bien, sin problema. Aviso a las chicas y listo.

—Gracias.

—Yo me enfadaría si alguien me dijera que no puedo ir a tomar algo con él porque quiere estar a solas con una amiga —insistió Sonia.

—Ya, pero nosotras no somos como tú —le dijo Laura, que venía por el pasillo y se había enterado de todo.

Ellas no sabían que me había vuelto a encontrar con Alberto, pero, como iban a comer en mi casa, ya se lo contaría después.

Si Fernando me había pedido que tomáramos algo a solas, era porque necesitaba contarme algo importante. Algo que, dependiendo de mi reacción, quizá después se atrevería a compartir con los demás.

Justo cuando estábamos a punto de sentarnos en la terraza, me vibró el móvil. Era un mensaje de Alberto.

Se me dibujó una sonrisa sin poder evitarlo, y Fernando no tardó en darse cuenta.

—Veo que tú también tienes algo que contarme.

—Sí, pero, si no te importa, primero voy a contestarle.

Alberto: *No puedo sacarte de mi mente. Estoy deseando volver a verte.*

No me esperaba ese mensaje, y los nervios se me instalaron de golpe en el estómago.

Me temblaban las manos como cuando tenía quince años y el chico que me gustaba aparecía en el parque, me sonreía al pasar y yo sentía que el mundo se paraba un segundo.

Belén: *Yo también te tengo en mente siempre. Di un día y una hora y te invito a cenar.*

—Mientras me responde, cuéntame qué te pasa.

—No, mejor esperamos. Lo que tengo que decirte no admite interrupciones.

Justo cuando Fernando me decía eso, mi móvil vibró de nuevo. Era su respuesta. No me atrevía a abrirla por miedo a encontrarme una negativa y llevarme un palo, pero tenía que hacerlo.

Me armé de valor, abrí el mensaje y me encontré con una sorpresa de lo más agradable.

Alberto: *El sábado. Aviso a la mujer que cuida de mi hijo y, a las ocho, te recojo para ir a cenar. Dame la mañana para dejarlo todo cerrado, porque no pienso quedarme sin verte.*

Belén: *Deseando que llegue ese día.*

—Listo, guardo el móvil en el bolso y soy toda oídos.

—Eso espero, porque te necesito más que nunca.

Hice lo que le había dicho a mi amigo. Guardé el móvil en mi bolso y lo colgué en la silla, dispuesta a prestarle toda mi atención.

—No sé por dónde empezar, te lo prometo.

—¿Qué tal si empiezas por el principio?

—Sí, será lo mejor. Hace unos meses, conocí a alguien en un club de esos de sexo liberal...

—¿Tú vas a esos lugares? No me lo puedo creer, con esa cara y ese cuerpo...

—Ni que los que fueran allí tuvieran que ser feos.

—Bueno, yo qué sé, no me esperaba eso, para qué mentirte.

—Lo sé, por eso quería que estuviéramos a solas. No todo el mundo es capaz de entender eso.

—No te estoy juzgando, Fernando, no soy quién para hacerlo. Cada uno vive su sexualidad como le da la gana. Es únicamente que me ha sorprendido.

—Eso lo tengo claro, y no es lo que me preocupa. Pero, para que me entiendas, tengo que contártelo desde el principio.

—Y aquí estoy para que me lo cuentes.

Fernando empezó a explicarme que llevaba un tiempo sintiéndose confundido con su sexualidad y que un amigo suyo, psicólogo, le había aconsejado explorar otras formas de vivir el deseo sin juzgarse tanto.

Todo empezó una noche, en una discoteca, cuando conoció a un chico por el que se sintió atraído físicamente, aunque no se atrevió a dar ningún paso.

Encontró aquel local casi por casualidad, buscando en internet lugares donde poder experimentar sin sentirse señalado, y no dudó en anotar la dirección.

Aquella noche de sábado se arregló más de lo habitual y fue hasta allí con la intención de tomar una copa y observarlo todo desde cierta distancia, pero se le acercó una pareja.

—Me sentí atraído por los dos, y para mí era algo inexplicable. No sé si me puedes entender.

—Siempre que sea atracción sexual, claro que te entiendo.

—Me preguntaron si quería ir a una habitación del local, con los dos, y para mí fue como si viera el cielo abierto.

—¿Te acostaste con los dos?

—Sí, hice un trío del que salí más que satisfecho. Pensé que la cosa se quedaría ahí, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Has vuelto a verlos?

—Cada viernes por la tarde preparo una mochila y me voy a su casa, un chalé en las afueras de la ciudad. Me quedo allí hasta el domingo.

—¿Y cuál es el problema, mientras todos estéis de acuerdo?

—El problema es que me he enamorado de Fran, el chico de la pareja, y creo que él también se ha enamorado de mí. Pero no va a renunciar a lo que tiene, porque quien tiene el dinero es ella.

—Joder, eso sí que es jodido, la verdad.

—Y tanto. Sobre todo porque me han propuesto que me mude allí, a esa casa, con ellos, y no sé qué hacer.

—¿Y qué te provoca eso?

—Ansiedad. Mucha. Porque, cuando lo veo con ella, cuando la besa mientras me mira a los ojos, siento que el corazón se me va rompiendo poco a poco.

—Amigo, si quieres mi consejo, yo no lo haría. No porque me parezca mal ni porque lo juzgue de ese modo, sino porque, al final, si él no está dispuesto a cambiar la comodidad por el amor, quien saldrá perdiendo eres tú.

—Eso mismo pienso yo. Que terminará rompiéndome el corazón.

—Haz caso a lo que te diga el corazón, pero no apagues el cerebro. Ponle las cosas claras y dile que no estás dispuesto a ser el tercero en discordia. Si realmente está enamorado de ti, tendrá que demostrarlo.

—Gracias, amiga. No sé lo que haría sin ti.

—Lo mismo, pero sin mi belleza a tu lado.

Fernando empezó a reír mientras yo pinchaba una patata con alioli de las que nos había traído el camarero junto con las bebidas.

—Venga, ahora es tu turno. Cuéntame quién es ese maromo que te trae loca.

—Si tú lo vieras, te caías de culo, te lo prometo.

Le conté a mi amigo cómo nos habíamos conocido, y las dos veces que nos habíamos encontrado, casualmente, pero que nos había dejado un buen sabor de boca a los dos.

—Cuando estoy entre sus brazos, me olvido hasta de mi nombre, amigo.

—Así quiero yo uno, pero que no tenga que compartir con nadie.

—Todo llega. Solo espero que se mantenga en el tiempo.

—Yo también. Además, voy a seguir tu consejo, y lo haré ahora mismo.

Fernando cogió su móvil y marcó el número de Fran, pero, viendo que no le contestaba, le dejó un mensaje en el contestador.

—Tenemos que hablar, a solas, tú y yo. Te espero en mi casa dentro de una hora, si no vienes, entenderé que está todo claro entre nosotros.

Minutos después, Fernando recibió un mensaje de audio, que reprodujo en alto para que yo lo oyera y le diera mi opinión.

Fran: *Ya sabes lo que hay. No puedo renunciar a Marta, ya que, si lo hago, me veo con una mano delante y otra detrás, y no estoy dispuesto a hacerlo para que luego lo nuestro salga mal y no tenga dónde caerme muerto.*

—Amigo, este tío puede estar muy bueno, no te lo discuto porque no lo he visto, pero tiene la cara más dura que el cemento armado.

—Me acabo de dar cuenta de eso.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Mi amigo no respondió al mensaje. Bloqueó su número de teléfono y no dijo nada más al respecto.

Nos despedimos y cada uno se fue para su casa. Miré el móvil por si Alberto me había escrito algo sobre lo del sábado, pero no tenía ningún mensaje nuevo desde el último. Eso significaba que todavía no habría localizado a esa señora.

Capítulo 13



Alberto

La semana se me hizo eterna, sobre todo después de tener que cambiarle la guardia del fin de semana a un compañero que había tenido un problema familiar.

No había podido cuadrarlo todo para ir a cenar con Belén, porque tenía una guardia de veinticuatro horas: entraba el sábado a las tres de la tarde y salía el domingo a la misma hora.

En cuanto a mi hijo y su adaptación, me quedé completamente sorprendido, porque cada día se veía más feliz.

Tenía un par de amigos que venían a buscarlo cada mañana para ir al colegio, y con los que bajaba al parque algunas tardes, ya que todavía no tenían deberes y el tiempo acompañaba.

Estaba preparando mis cosas para irme al trabajo, cuando escuché la llave. Supe que era Marga, la señora que se quedaba al cuidado de Alejandro cuando yo no estaba.

—Buenas tardes, Alberto.

—Buenas tardes, Marga. En la nevera he dejado comida preparada para los dos. Solo habría que calentarla, y en el bote de la cocina hay dinero por si tenéis que comprar algo.

—Me parece muy bien, pero, la próxima vez, el tema de la comida me lo dejas a mí. Me encanta cocinar y, además, me relaja mucho.

—Ya, pero no sería justo, no es tu trabajo.

—¿Y qué hago todo el día? ¿Me siento de brazos cruzados?

—Pues no estaría mal, así descansas.

—Quita, quita, que eso no está hecho para mí.

—Bueno, ya lo vamos viendo. Alejandro está en la terraza, se ha sentado ahí a leer.

—Buen hábito, sí, señor.

—Ah, por cierto, no te asustes si ves entrar a un hombre por el salón o lo encuentras sentado en la terraza. Bueno, en realidad podrían ser dos. Son mis amigos, casi mis hermanos, y viven en los pisos de al lado y compartimos terraza.

—Gracias por avisarme. Si veo a dos tíos como tú de grandes entrando por ahí, me da algo —me dijo, señalando la puerta que daba a la terraza.

Solté una carcajada, porque me imaginé su cara en ese momento y no podía aguantarme la risa.

—Bueno, siéntete como en tu casa. Me marchó y no volveré hasta mañana a las cuatro de la tarde, porque mi turno termina a las tres.

—No te preocupes, que hasta que mañana no le dé la cena, no pienso marcharme.

—¿Cómo que la cena?

—Hombre, digo yo que tendrás que dormir y descansar.

—Todo depende de cómo se dé la guardia, de si puedo dormir un poquito o no.

Me despedí de ellos y la dejé hablando con mi hijo. Me encantaba la manera en que se relacionaban, la complicidad que se había creado entre ellos.

Antes de entrar a trabajar, cogí el teléfono y marqué el número de Belén, pues necesitaba escuchar su voz.

—¿Alberto? ¿Te ocurre algo?

—Hola, preciosa. No, no me ocurre nada. Solo tenía ganas de escuchar tu voz.

—Uy, si quieres te envío un audio y te lo pones en bucle durante la guardia. Te puedo contar un cuento...

—Eres mala, chavala, pero me encanta que seas así.

—Tengo ganas de verte.

—Y yo. No sabes cuánto. Pero hasta mañana por la tarde me tienen secuestrado en el hospital.

—Podemos quedar el lunes para comer, si te viene bien.

—Te llamo y te digo, porque todo depende de cómo esté mi hijo. No quiero que vuelva a sentirse abandonado.

—Te entiendo. Me vas contando. Un beso, y que te sea leve la guardia.

—Otro para ti, preciosa mía.

Entré en el hospital, y me fui directamente a mi consulta, donde revisaría los casos asignados y comprobaría si tenía que hacer alguna ronda para ver a los pacientes.

Estaba allí cuando mi teléfono sonó y vi que era Sabrina, que llamaba casi un mes después de que se marchara.

—Dime, Sabrina.

—Quiero hablar con mi hijo.

—Pues lo siento, pero no va a poder ser, porque estoy de guardia y hasta mañana a las tres no salgo.

—Lo he llamado a su móvil y no me contesta. Espero que no estés poniendo al niño en mi contra, porque eso sí que no lo voy a permitir.

—Al niño, en tu contra te lo has puesto tú sola, yo no he hecho más que justificar tus actos, hasta que Alejandro se ha dado cuenta de que no era cierto lo que le decía.

—No me jodas, Alberto. Sabes que yo no quería tener hijos, demasiado bien lo he cuidado.

—¿Bien? Si tú consideras que cuidar bien es decirle a un niño que no deberías haberlo dejado nacer...

—Eso fue en un momento de furia, todos tenemos momentos malos.

Estaba hablando con ella, cuando mi teléfono sonó y, al mirarlo, vi que era Belén quien me llamaba.

—Lo siento, pero tengo que dejarte, me están llamando por teléfono.

—No creas que no lo sé todo, Alberto.

—Me da igual lo que sepas y lo que no, tú y yo lo único que tenemos en común es un hijo, todo lo demás quedó atrás.

—¿Y si te digo que me arrepiento de haberme divorciado? ¿Y si te digo que quiero recuperar a mi familia? ¿Qué me dirías?

—Pues te contestaría que siguieras soñando, porque, aunque fueras la única mujer del mundo, no volvería contigo.

Belén ya había cortado la llamada, así que, en cuanto terminara con Sabrina, la llamaría para saber qué era lo que le ocurría.

—Nunca digas nunca, Alberto.

—En este caso, por supuesto que lo digo, y lo firmo ante notario si hace falta.

—Bueno, que sepas que la semana que viene voy a ir a Málaga a ver a mi hijo. Tengo unos días libres y quiero pasarlos en familia.

—Esa familia de la que hablas ya no existe. Por tu bien y por el del niño, será mejor que no te montes esa película.

—Lo veremos cuando me tengas delante. Y cuando nuestro hijo te diga que quiere que vuelva a casa.

—Mi hijo no dirá eso. Ahora está feliz y, si no te echa de menos, es porque tú te has encargado de que sea así durante los doce años que tiene.

Corté la llamada porque me estaba poniendo de mala leche. Después de un mes sin dar señales, ahora quería venir a jugar a la familia feliz, cuando ni siquiera había sido capaz de despedirse de su hijo.

Fui a la máquina del agua y me llené un vaso. Me lo tomé casi sin respirar, pues necesitaba relajarme antes de llamar a Belén, para ver qué quería decirme en esa llamada que me había hecho antes.

Marqué su número de teléfono, y esperé a que me contestara, pero no lo hizo a la primera, por lo que volví a marcar.

—Alberto, perdona, pero estaba en la ducha y no me dio tiempo a salir a contestar.

—Joder, Belén, no me puedes decir eso, porque te imagino debajo del agua, y me pongo cardíaco.

—Mira el lado bueno, estás en el hospital, si te da un chungo, estás rodeado de médicos.

—Muy graciosa estás tú hoy. Dime, ¿para qué me has llamado antes?

—Te llamaba para preguntarte a qué hora vas a bajar a cenar, y así te hago compañía.

—Pues no lo sé, lo que sí tengo claro es que voy a bajar en una hora a tomarme un café. ¿Te vienes?

—Solo si me prometes que el café vendrá con un pastel.

—Yo me lo voy a tomar con un bombón, bueno, si es que te decides a venir.

—Venga, te espero en una hora en la cafetería del hospital.

—Hasta dentro de una hora, preciosa.

Corté la llamada con una sonrisa en los labios. Todo el mal sabor de boca que me había dejado la llamada de Sabrina había desaparecido con las pocas palabras que había cruzado con ella.

—Doctor Montero, tenemos una urgencia. Han llamado para avisar de que traen a un paciente de veinte años con un politraumatismo provocado por un accidente de moto.

—Voy enseguida, gracias, María.

—De nada, jefe.

María era la enfermera que tenía asignada a mi consulta y parecía recién salida de un catálogo de moda: siempre impecable, con el pelo perfecto y una seguridad que llamaba la atención.

Era tan perfecta que resultaba artificial, no me atraía nada. Aunque ella sí que se había mostrado interesada en mí, no le hice el más mínimo caso. No era ella quien se me metía en la cabeza cada cinco minutos. Era Belén.

La vida era muy curiosa. Cuanto más empeñado estaba uno en negar algo, más presente lo tenía. Me explico, yo siempre había dicho que, después de firmar el divorcio con Sabrina, no volvería a fijarme en una mujer. Y allí estaba, mirando el reloj para que no se me pasara la hora del café.

Bajé a urgencias y atendí al chico que traían. Tenía veinte años, aunque aparentaba alguno menos, y las lesiones que presentaba eran bastante complicadas.

De momento, tuve que escayolarle un brazo y una pierna, ponerle un collarín por las lesiones cervicales y dejarlo ingresado para ver cómo evolucionaba, por si finalmente había que intervenir la lesión de cadera.

Capítulo 14



Belén

Mi madre se marchó a cuidar a ese niño, diciéndome que no volvería hasta el día siguiente por la tarde-noche.

—Ten cuidado, mamá, y no te dejes convencer por las locuras de ese preadolescente.

—Y me lo dices tú, que estás todo el día rodeada de ellos.

—Pero porque yo no tengo más cojones que hacerlo. Tú lo haces por gusto.

—Anda, loca, te dejo que, al final, llego tarde.

Poco después, Alberto me llamó y, entre unas cosas y otras, quedamos en vernos en la cafetería del hospital dentro de una hora.

Hubiera preferido que nuestro encuentro fuera de otro modo, pero como no teníamos otra forma de vernos, me tendría que conformar con eso.

Elegí un vestido de punto largo, con mis zapatillas de deporte y una chaqueta vaquera, porque ya empezaba a refrescar, sobre todo por las tardes. Era normal, por otro lado, puesto que ya estábamos a finales de octubre.

Cogí el bolso y salí hacia el hospital, cuando, por el camino, al pasar por el parque, me encontré con mi madre, que acompañaba al chico que estaba cuidando, que había quedado con sus amigos.

Estaba de espaldas, pero me resultó demasiado familiar. Cuando se dio la vuelta, me quedé completamente sorprendida, pues no me esperaba que fuera él.

—¿Qué haces dándole un beso a la señora que me cuida? —me preguntó Alejandro, tan sorprendido como yo.

—No, no. La pregunta es: ¿qué haces tú con mi madre?

—Bueno, pues ya os habéis contestado los dos. Me ha dado un beso porque es mi hija, y él está conmigo porque es el chico al que cuido.

—Joder, pues sí que es pequeño el mundo, porque es mi alumno.

—¿Te sientas con nosotros a tomar un helado? —me preguntó Alejandro.

—Lo siento, cariño, pero he quedado con un amigo para tomar un café.

—Pues dile que se venga con nosotros, es fácil.

—Tampoco va a poder ser, porque está trabajando, y por eso voy a verlo, para hacerle un poquito más amena la tarde. Pero te voy a proponer algo, a ver si mi madre quiere.

—A ver, dime, porque miedo me da cuando tú haces una propuesta.

—Mamá, por favor, parece que le voy a decir al chico que me lo voy a llevar de marcha esta noche.

—Uy, para eso ya tendrá tiempo. Que no quiera correr tanto.

—Eso mismo me dice mi padre, que primero tengo que crecer y madurar, que ahora me toca hacer cosas que corresponden a mi edad.

—Bueno, al final se me hace tarde. —¿Qué te parece si mañana, en vez de comer en tu casa, venís a la nuestra y tu padre te recoge allí? Eso sí, primero tendrá que decir que le parece bien.

—A mí, me encantaría, porque así podría pasar toda la mañana contigo. Me gusta cómo me hablas, y ahora entiendo por qué eres así.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es el motivo, si se puede saber?

—Pues porque has sido educada por tu madre, que es un encanto. Yo le digo nana, porque la quiero como a una abuela, y como yo no tengo...

—Tienes toda la razón del mundo. ¿Sabes? Yo tampoco tuve abuelos, y mi padre murió siendo yo una niña. Así que todo lo que soy se lo debo a ella, a mi madre.

—Mi madre se fue y no me dijo ni adiós...

—Bueno, no pienses en eso, tienes un padre que vale millones —le dijo mi madre, porque empezó a notar que el niño se venía abajo.

—A veces es mejor tener solo a uno, pero que esté al cien por cien, que tener a los dos y que ninguno te preste atención. Te aseguro que también pasa.

—Nana, vamos, o se me hará tarde y no podremos comernos el helado.

—Sí, yo también me marchó, que al final a mi amigo se le pasará la hora del café. Nos vemos mañana.

Me acerqué a los dos y les dejé un beso en la mejilla a ambos. La carita de ese niño cuando me acerqué a darle un beso se me quedó clavada en el alma.

Pero no quería que me afectara demasiado. Eso era justo lo que solía pasarme cuando me encontraba con un chico así: me ponía tanto en su lugar que terminaba encariñándome más de la cuenta.

No era la primera vez que me sucedía, ni tampoco sería la última, porque la empatía, en mi caso, estaba elevada a la enésima potencia.

Llegué a la cafetería y Alberto todavía no estaba allí. Una de dos: o se había tenido que marchar porque yo había llegado quince minutos tarde, o todavía no había bajado porque se le había complicado la cosa.

Antes de sentarme y verme obligada a levantarme si ya se había marchado, decidí enviarle un mensaje.

Belén: *Estoy en la cafetería y no te veo. Si no puedes bajar, no pasa nada, lo dejamos para otro momento. Pero dímelo, que no quiero parecer la típica a la que han dejado plantada.*

Esperé en la puerta, cuando sentí unas manos que se posaban en mi cintura, y reconocí su perfume nada más acercarse.

—En la vida te dejaría tirada, preciosa. Antes bajo al paciente conmigo y le pongo la escayola apoyado en la barra.

—Siento haber llegado tarde, pero es que me encontré a mi madre y me he entretenido.

—Yo tampoco habría podido bajar antes. He tenido una urgencia un poquito complicada y, cuando iba saliendo, me ha llamado mi hijo para contarme un cambio de planes.

—Tiene suerte de tener un padre como tú, tan pendiente de él. No sabes las cosas que veo yo en mi trabajo: padres que pasan olímpicamente de sus hijos y que, cuando los llamas para comentarles algo, te dicen que no pueden ir porque tienen mucho trabajo.

—Nunca pondría nada por encima del bienestar de mi hijo, aunque me costara renunciar a lo que fuera.

Nos sentamos y nos tomamos un café mientras hablábamos de todo y de nada.

Nos estábamos riendo por algo que me había contado de Juanjo cuando llegó una enfermera que me dejó con la boca abierta. Jamás me habría esperado que fuera así.

—Doctor, no me has avisado para bajar a tomar café contigo. Luego la tarde se hace muy larga.

—Había quedado con una amiga. Ella es Belén.

—Hola, yo soy María, la enfermera de su consulta. Y espero que algún día algo más, si no llego demasiado tarde.

Os prometo que el descaro de aquella mujer me dejó sin saber qué decir. Por eso, me levanté muy diplomáticamente e intenté marcharme.

Me había jodido mucho que me presentara como una amiga, sin especificar nada más.

Entendía que no iba a ir contándole su vida a todo el mundo, pero tampoco era normal que no le parara los pies a esa mujer si no quería nada con ella.

Me dio la impresión de que estaba jugando a dos bandas, y eso no me gustó nada. Yo no era el juguete de nadie, por mucho que entre nosotros todavía no hubiera nada serio.

—Bueno, será mejor que me marche ya, os dejo que habléis tranquilamente —dije, mientras que me colgaba el bolso.

—Yo no tengo nada que hablar con María que no sea de trabajo.

—Por el momento, jefe, que todavía no he perdido la esperanza.

—Pues ve pensando en perderla, porque Belén es algo más que una amiga. Es la mujer a la que estoy conociendo y con la que me gustaría llegar a ser mucho más.

—Lo siento, no sabía nada. Belén, si te he incomodado, te pido disculpas. Ahora, la que será mejor que se vaya soy yo.

—No hay problema, de verdad, puedes quedarte. Si vas a cuidar a mi hombre en el trabajo, lo lógico es que nos conozcamos.

Vi cómo Alberto sonreía al escucharme decir eso de «mi hombre». Se acercó, me dio un breve beso en los labios y se apartó lo justo para que María pudiera sentarse con nosotros.

Me resultó una chica de lo más agradable. Me pidió disculpas mil veces, pero vi en ella una sinceridad que me encantó.

—Bueno, ahora sí que nos tenemos que marchar. Me acaba de llegar otro aviso y tenemos que ir a urgencias. Viene otro accidentado.

—María, en tus manos deposito a mi hombre. Si ves que hace algo que a ti no te gustaría que te hicieran, me lo dices de inmediato, que en los hospitales hay mucho cuerno suelto.

Los dos soltaron una carcajada. Mientras María salía, Alberto me cogió por la cintura y me dio un beso en los labios, uno de esos que te dejan con ganas de más. Pero hasta el día siguiente no había nada que hacer.

Capítulo 15



Belén

Salí de allí con una sonrisa en los labios. Como no tenía nada que hacer —mis amigas habían quedado con Juanjo y Camilo para cenar y mi madre no estaba en casa—, decidí irme al centro comercial.

Estaba bajándome del taxi que había tomado para ir hasta allí cuando sonó mi teléfono. Era Fernando.

—Belén, ¿te pillo ocupada?

—No, ¿qué te sucede?

—Te necesito. ¿Dónde estás?

—Estoy en el centro comercial. He venido a comprarme algo de ropa interior y, si me da tiempo, a meterme en el cine, porque hoy estoy sola...

—Pues espérame ahí, que llego en veinte minutos.

—Perfecto, estaré en la cafetería de la entrada.

Entré y me senté. Apenas había dejado el bolso en la silla cuando una mujer que no conocía de nada se acercó a mi mesa y se sentó frente a mí.

—Perdona, creo que te has equivocado. No te conozco y estoy esperando a alguien.

—No, no me he equivocado. Y tampoco estás en lo cierto al decir que no nos conocemos.

—Yo a usted no la conozco de nada, lo siento.

Me sentó tan mal su tono que pasé de tutearla a hablarle de usted.

—Tú a mí no, pero yo a ti sí que te conozco.

—No entiendo nada, de verdad.

—Veo que mi marido no te ha contado que hemos decidido darnos una nueva oportunidad. Por eso estoy aquí, para volver a intentarlo.

—¿Su marido? ¿Quién es?

—El doctor Montero. Alberto Montero.

—Querrá decir su exmarido.

—No. He dicho lo que he dicho. El divorcio todavía no es definitivo. Faltan seis meses para que todo quede cerrado y yo ya he dejado claro que no quiero seguir adelante.

No sabía qué pensar. No, después de todo lo que me había pasado con Alberto. Por eso decidí hacer lo más sensato: hablaría con él en cuanto pudiera.

—Mira, tú puedes decirme lo que te dé la gana, pero hasta que yo no hable con él, no pienso creerme nada.

—Pues nada, chica, yo te lo he advertido. No sería la primera vez que mantiene dos relaciones a la vez. ¿Por qué crees que me divorcié?

Vi a Fernando que llegaba, y me levanté, dejándola allí con la palabra en la boca, pues no quería seguir oyendo nada más.

La vi cómo sonreía, y esa sonrisa no me gustó un pelo, pues me indicaba que tenía una maldad en ese cuerpo que no era ni medio normal.

—¿Quién es esa mujer que estaba sentada contigo?

—Se supone que la exmujer de Alberto.

—Pues tiene una cara de víbora que te mueres de asco.

—Vámonos a otro lugar, no quiero permanecer cerca de ella.

—Bien, salgamos de aquí y te invito a una cerveza ahí enfrente.

Fernando me echó el brazo por encima, como hacía siempre, y salimos del centro comercial hacia la cafetería.

En el momento en el que nos sentamos, me dijo que Fran había ido a buscarlo a casa, a pesar de lo que le había dicho en ese mensaje.

—Me ha pedido tiempo para ponerlo todo en orden, y no sé qué hacer.

—No sé si soy la persona más indicada para darte consejos ahora mismo, pero yo no me lo creería.

—Una parte de mí me dice eso, pero la otra me pide que le dé una oportunidad. Estoy hecho un lío.

—Mira, te diré lo que yo haría.

—Venga, que hable la voz de la sabiduría.

—Sí, sobre todo eso. Sabiduría.

—Bueno, lo que sea. Dime qué harías tú.

—Pues yo, si fuera tú, le diría que sí, que le doy una oportunidad, pero con condiciones.

—¿Qué condiciones?

—La primera: no volvería a meterme en la cama con él y su mujer.

—¿Cómo voy a hacer eso? ¿Qué sentido tendría?

—Muy sencillo. Si te sigue teniendo en su cama, no tendrá prisa por terminar con esa mujer.

—Tiene lógica. ¿Cuál sería la siguiente condición?

—Un límite de tiempo. Un mes, por ejemplo.

—En un mes no le va a dar tiempo a organizar su vida.

—Fernando, me parece que tú estás tan cómodo en esa relación a tres como él, y por eso no quieres cortar por lo sano.

—No es eso. Es que tengo miedo de perderlo del todo. De que conozca a alguien en ese tiempo y encaje mejor que yo en su forma de vivir.

—Tienes que ser firme, amigo, o al final serás tú quien sufra.

—Tienes toda la razón del mundo, y lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Hasta que no te convenzas de que eso es lo que tienes que hacer, no vas a hacerlo.

Mientras charlábamos, se nos pasó el tiempo casi sin darnos cuenta, por lo que, como ya era la hora de cenar y yo estaba sola, decidimos irnos a cenar juntos y a tomar una copa.

Eso sí, sin llegar tarde a casa, que no me apetecía nada tener que levantarme temprano cuando no había dormido lo suficiente.

Fuimos a un restaurante italiano, y lo hicimos como cada vez que nos veíamos, abrazados el uno al otro, entre risas y miradas cómplices, como los buenos amigos que éramos.

Estábamos pasando una noche genial y, después de tomar esa copa, Fernando me acompañó a casa.

—¿Te apetece subir y tomarte otra en mi casa?

—Pues mira, sí. No me apetece quedarme solo en mi casa en un día como hoy.

—Eso no es problema, sabes que en mi casa hay hueco, mucho más hoy, que no está mi madre.

—Entonces, me quedo a dormir en tu casa.

Subimos en el ascensor hasta mi planta y entramos a mi casa, donde nos pusimos cómodos.

Fernando siempre tenía un pijama en mi casa, porque no era la primera vez que dormía allí, al igual que mis amigas, cuando salíamos de fiesta.

Nos sentamos en el sofá, nos servimos un par de copas y unos frutos secos y, casi sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos.

Eran las tres de la mañana cuando nos fuimos a dormir. En la misma cama, sí, porque, como he dicho antes, entre nosotros solo había una bonita amistad.

A las once de la mañana escuché abrirse la puerta, pero no tenía fuerzas para levantarme y volví a quedarme dormida.

A mi lado, se encontraba Fernando, en bóxer y durmiendo a pierna suelta, y yo decidí hacer lo mismo.

En un momento determinado, escuché cómo sonaba mi móvil con un mensaje, pero era incapaz de abrir los ojos. Estuve así hasta que mi madre entró a mi habitación.

—Creo que ya va siendo la hora de levantarse. A saber a qué hora os habéis acostado.

—Pues sobre las tres, después de quedarnos dormidos en el sofá.
¿Qué hora es?

—Son las tres y media, y estamos esperando a un invitado para comer, que no tardará en llegar.

—Está bien, despierto a Fernando y salimos.

Escuché el timbre de la puerta y, poco después, la voz de Alejandro saludando a alguien con alegría, como si hiciera mil años que no lo veía.

—Venga, Fernandito, toca levantarse para comer, que tenemos un invitado.

—Joder, hacía siglos que no dormía tan bien.

—Pues entra a darte una ducha, que te espero fuera.

Me puse uno de los vestidos que tenía para estar por casa y salí al salón. Me quedé petrificada al ver quién estaba allí, de pie, mirándome de una manera que no supe descifrar.

—¿Qué haces tú aquí?

—Recoger a mi hijo. Venía a comer, pero me parece que nos iremos a casa y pediremos algo por el camino.

Giré la cabeza y vi a Fernando aparecer con el pantalón del pijama puesto y el pelo mojado. Se me escapó una carcajada nerviosa, aunque tenía claro que aquello no tenía ninguna gracia.

—Sé que va a sonar a tópico, pero no es lo que estás pensando.

—Por supuesto que suena a tópico. Pero ahora me cuadran muchísimas cosas, como que no me contestaras a los mensajes que te he enviado y las fotos que me han mandado.

—¿De qué me estás hablando?

—Mira, vamos a dejarlo aquí. No quiero que mi hijo sufra más de lo que ya lo ha hecho.

—De eso nada. Ven aquí, que si yo tengo que darte explicaciones, tú también me las tienes que dar a mí.

—¿Yo? ¿A ti? ¿De qué demonios tendría que darte explicaciones? Creo que te dejé bastante claro que no quería nada con mi enfermera.

—Del mismo modo que yo no quiero nada con Fernando. Es ese amigo del que te hablé.

—Sí, ese que, además, es tu ex.

—Chicos, vamos a comer. Después habláis tranquilamente. Alejandro y yo tenemos planes, ¿verdad, cariño?

Capítulo 16



Alberto

La guardia estaba siendo lenta y tediosa, al menos comparada con otras. Salvo los dos avisos de urgencias y un niño que llegó con un brazo roto, no hubo nada reseñable.

Sobre las doce y media de la noche recibí un mensaje de un número desconocido.

Me planteé no abrirlo, pensando que sería publicidad o algo por el estilo, pero algo en mi interior me dijo que lo hiciera.

En cuanto lo abrí, me quedé de piedra. En la imagen se veía a Belén acompañada de otro hombre que no era yo, paseando por el centro comercial después de haber tomado café conmigo.

Sabía que era de ese mismo día por la ropa que llevaba. Era la misma con la que había venido a verme.

Después de esa foto llegaron muchas más: los dos riendo, entrando en un restaurante, abrazados... Y la última fue la que me mató. Se los veía entrando juntos en un portal, como si tuvieran la intención de pasar la noche bajo el mismo techo.

Intenté relajarme, porque a lo mejor no era nada de lo que yo estaba pensando. Quise darle una oportunidad.

Respiré hondo e intenté calmarme. Medio lo conseguí. Miré el móvil de nuevo, lo cogí y, cuando estaba a punto de marcar su número, me di cuenta de que ya era demasiado tarde para llamarla.

Justo cuando pensé en enviarle un mensaje, llegó el niño del brazo roto y, cuando terminé con él, ya era de madrugada. Así que decidí escribirle a primera hora de la mañana.

También me eché un rato en el despacho y, aunque no conseguí dormir, al menos pude cerrar los ojos durante bastante tiempo.

A las ocho en punto le envié el mensaje, esperando que me contestara pronto, aunque algo me decía que no sería así.

Alberto: *Necesito hablar contigo. Llámame en cuanto puedas y quedamos, por favor.*

No quise adelantarle nada. No quería darle tiempo a preparar una excusa si realmente había algo que ocultar.

Lo sé, sonaba retorcido, pero mi experiencia con Sabrina me había dejado demasiadas cicatrices. Hasta que no estuviera seguro de lo que ocurría, necesitaba protegerme. Y, con Belén, tampoco hacía tanto tiempo que nos conocíamos.

Llegó mi hora de salida y no había tenido noticias de ella, pero no quise permitir que aquello me afectara hasta el punto de desestabilizar a mi hijo. Tenía que contarle que su madre había llamado y explicarle con qué intenciones venía.

Puse en el móvil la ubicación que me había mandado Marga. También me había contado que las casualidades de la vida habían querido que su hija fuera la tutora de Alejandro.

Todavía no la conocía, así que pensé que sería un buen momento para hacerlo. Además, podría hablar con ella de todo lo que le pasaba a mi hijo y pedirle que tuviera un poco de paciencia con él.

Aunque, por lo que Alejandro y su amigo Marcelo me habían contado, era una profesora excepcional. Y no solo en el plano académico, sino también en el personal.

Mi hijo decía que era muy empática y razonable. Si le explicabas algo que te había pasado y ella consideraba que era motivo suficiente para no entregar un trabajo a tiempo, te daba un día más para hacerlo.

Casi sin darme cuenta, y siguiendo las indicaciones del GPS, llegué hasta el portal. No sé por qué, pero me resultó muy familiar.

Llamé al timbre del piso que me había indicado Marga. La puerta de la calle estaba abierta, y fue mi hijo quien me abrió.

—¡Papá! Verás cuando conozcas a mi profesora, es genial. Ahora sale, que estaba durmiendo con un amigo que se ha quedado con ella para que no estuviera sola, como la nana estaba conmigo...

Cuando la vi en la entrada del salón, apoyada en el marco de la puerta, no sabría describir lo que me atravesó por dentro. Os lo prometo. Y, por su cara, juraría que a ella le pasó exactamente lo mismo.

Sí, tal y como estáis pensando, era Belén. Pero no estaba sola. Detrás de ella apareció el tipo de las fotos, con un pantalón corto de pijama y el pelo mojado, como si acabara de salir de la ducha.

—¿Qué haces tú aquí?

—Recoger a mi hijo. Venía a comer, pero me parece que nos iremos a casa y pediremos algo por el camino.

Empezamos con un tira y afloja hasta que Marga nos dijo que nos sentáramos a comer, porque mi hijo ya tenía que haber comido y luego podríamos hablar con tranquilidad.

Durante la comida, la tensión se podía cortar con un cuchillo. El silencio solo se rompía cuando mi hijo le decía algo a su nana.

Me dolía. Me dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Belén, que se jactaba de no tolerar la infidelidad ni la mentira, me había mentido a la cara.

No sabía qué era lo que la había llevado a hacerlo, porque se notaba que aquello no era cosa de un día ni de dos personas que acabaran de conocerse.

Entre ellos, estaba claro que la confianza era mucha, y que aquello venía de largo, y la pregunta que me asaltaba no era otra que esa.

¿Para qué había empezado algo conmigo si tenía a alguien en la recámara? ¿Sería que, cuando nos conocimos, no estaban juntos y ahora quería que lo nuestro terminara?

No podía apartar la mirada de ninguno de los dos, sobre todo de él. La trataba como si fuera de porcelana, como si fuera a romperse en cualquier momento, cuando el que sentía algo rasgarse por dentro era yo.

Marga también parecía cómoda con su presencia, y eso me hizo pensar que la cosa debía de ser mucho más seria de lo que yo había imaginado. Y me dolía todavía más.

Llegados a ese punto, ya no sabía si seguir permitiendo que Marga cuidara de mi hijo cuando yo estuviera de guardia, aunque, de todos modos, Belén seguiría siendo su tutora.

Entonces se me cruzó por la cabeza un pensamiento horrible. Injusto, seguramente, pero estaba demasiado herido para frenarlo.

¿Y si aquello terminaba salpicando a Alejandro? ¿Y si Belén, dolida por lo que había pasado entre nosotros, cambiaba su manera de tratarlo en el instituto?

No quería creer que fuera capaz de algo así. De hecho, todo lo que sabía de ella me decía justo lo contrario. Pero, si algo afectaba a mi hijo, pensaba llegar hasta el final del asunto, aunque tuviera que dejarme la piel en ello.

—Bueno, Alejandro y yo nos vamos a tomar un helado, como hicimos ayer, y no subiremos hasta que nos aviséis de que habéis arreglado vuestras diferencias.

—Marga, no hace falta. Ya me voy yo con mi hijo, no te preocupes.

—De eso, ni hablar. Aquí hay muchos malentendidos que tenéis que aclarar, porque la felicidad de mucha gente depende de ello, aunque algunos todavía no lo sepan.

—Tienes razón, Marga. Esperemos que seamos capaces de hablar como adultos —dijo ese hombre.

—Mira quién habla, el que no respeta a nadie. Aunque, siendo realista, no sé si a ti te han engañado tanto como a mí.

—A mí no me ha engañado nadie. Yo sé lo que hay y lo que no, y no tengo ningún problema.

—No, si al final vas a tener razón y quien tiene el problema soy yo, que acabo de descubrir que soy medio gilipollas.

—No te hagas mala sangre, Alberto, que todo tiene una explicación. Y eso te lo puedo asegurar porque conozco a mi hija y también conozco a Fernando.

—Está bien. Por escucharos no pierdo nada. Aunque tengo bastante claro lo que ha ocurrido, y con pruebas gráficas.

—No todas las pruebas gráficas son lo que parecen.

—Por favor, no os vayáis muy lejos, que no creo que tarde mucho en bajar a recoger a Alejandro.

—Estaremos en la heladería que hay junto al parque.

—Papá, aunque bajes pronto, ¿podemos quedarnos un rato más para jugar con Marcelo? Él baja todas las tardes con su padre.

—Ya veremos, hijo. Ahora mismo no puedo decidir nada.

—Está bien. Cuando bajes, me lo dices.

Los vimos marcharse y nos quedamos a solas los tres. Durante unos segundos, ninguno se atrevió a hablar. Hasta que Belén rompió el silencio, mirándome como si yo tuviera que explicar la fórmula de la Coca-Cola y no supiera ni por dónde empezar.

Capítulo 17



Belén

Vi a mi madre coger el bolso, agarrar a Alejandro del brazo y salir con él entre risas, como si nada fuera con ellos. Como si los que nos quedábamos dentro no tuviéramos una crisis entre manos.

Cada día me maravillaba más la capacidad de adaptación que tenían los niños ante los problemas de los adultos.

Estaba completamente segura de que Alejandro pensaba que tampoco era para tanto, que los mayores siempre lo hacíamos todo más complicado de lo que era.

—Bueno, ya estamos los tres a solas, ya podemos hablar tranquilos —dije, en especial para Alberto.

—¿Piensas dejar que él se quede? —me preguntó Alberto, hablando con desprecio sobre Fernando.

—Por supuesto que se va a quedar. Entre otras cosas, porque es una persona muy importante en mi vida, y quien no sea capaz de aceptarlo tiene muchas papeletas de salir también de ella.

—Belén, me parece que te estás pasando con esos comentarios —me dijo Fernando, que lo que quería era que arregláramos todo entre nosotros.

—¿Acaso tú no dirías lo mismo por mí?

—No lo dudes, pero lo que quiero es que aclaréis las cosas y, si me tengo que marchar para que eso suceda, no tendré ningún problema en hacerlo.

—Por eso mismo, porque deseo que se aclare todo, no quiero que te marches.

—Está bien, que se quede, así me podéis dar los dos las explicaciones que necesito —admitió Alberto.

—Te recuerdo que las explicaciones las tenemos que dar los dos y, para mi parte, también tiene que estar Fernando presente, pues él ha sido testigo de mi encuentro.

—¿De qué encuentro estás hablando?

—Del que he tenido esta tarde con tu exmujer. O con tu mujer, porque ya no sé qué pensar.

—¿Con mi exmujer? Me parece que te estás equivocando, entre otras cosas porque ella está en Berlín...

—¿Han puesto una calle en Málaga que se llame así? Porque te aseguro que un holograma no ha sido.

—No entiendo nada. Es cierto que esta mañana me llamó, poco antes de hablar contigo, para decirme que quería ver al niño y que echaba de menos a su familia, pero se supone que no llega hasta el fin de semana que viene.

—Pues lo siento por ti, porque se ha adelantado. Y, según ella, tú estás de acuerdo en intentarlo otra vez y estáis a una firma de anular el divorcio.

—Te juro por mi vida que eso es mentira. Ni la he visto ni tengo intención de hacerlo. Además, el divorcio está en firme. Si quieres, vamos a mi casa y te enseño la documentación.

—Sabía que no era verdad, pero, si yo fuera tú, no confiaría en ella, porque va a hacer todo lo posible por haceros daño.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de estas fotos?

Alberto sacó el móvil del bolsillo, abrió la conversación y me puso delante unas fotos de Fernando y de mí que se podían malinterpretar.

—Quien te las haya enviado tiene muy malas intenciones —dijo Fernando.

—¿No me vas a negar que sois vosotros? ¿No me vais a dar ni una mísera explicación?

—Por supuesto que te vamos a dar todas las explicaciones del mundo, pero no voy a negar algo que es obvio, porque quedaría todavía peor y te daría la impresión de que te estamos tomando el pelo.

—Entonces... Estoy esperando a que me digáis a qué venían estas fotos y, sobre todo, por qué este tío estaba durmiendo en tu casa y parece que viva aquí.

—Amigo, tengo toda la confianza del mundo tanto con Marga como con Belén. Y sí, no solo he dormido en su casa, también lo he hecho en su cama.

—¿Perdona? Ahora sí que pienso que me estás tomando el pelo. ¿Duermes con tu ex en la misma cama y no pasa nada?

—Pues no, no ha pasado nada, porque veo a Belén como una hermana.

—Perdona que te lo discuta, pero yo no conozco a nadie que se acueste con sus hermanas ni, mucho menos, que haya tenido una relación con ninguna de ellas.

—No tengo por qué darte explicaciones de mi vida, pero, como lo que está en juego es la felicidad de mi amiga, te las voy a dar.

—Soy todo oídos.

El tono de Alberto dejaba claro el enfado que tenía, y yo no entendía el motivo, puesto que, según sus propias palabras, tan solo estábamos conociéndonos y entre nosotros no había nada serio.

Fernando respiró hondo y le explicó lo que le había pasado cuando conoció a Fran, lo que le había propuesto y el motivo por el que había quedado conmigo.

—Entiendo que te moleste que abrace a tu chica de esa manera, mucho más cuando tú no estabas delante, pero, para mí, es lo habitual.

—Joder, pues tú también estás metido en un buen lío. Y sí, me ha molestado veros en esa situación, no voy a negarlo, pero, si me dices eso, tengo que creerlos.

—Te prometo que entre nosotros no va a volver a pasar nada. Es más, lo que tuvimos, que no duró más de un par de meses, fue más emocional que sexual, no sé si me explico.

—Tranquilo, que yo se lo aclaro. Nos entendíamos tan bien que confundimos amor con amistad. Creo que solo nos acostamos un par de veces y no fue para tirar cohetes, la verdad —le aclaré.

—Hombre, gracias por la parte que me toca. Eso es levantarle el ánimo a un amigo y lo demás es un cuento —me contestó Fernando.

—No jodas, Fernando. ¿Eres capaz de decir que disfrutaste conmigo en la cama?

—Siendo sincero, no. Tuve que imaginarme muchas cosas para poder llegar al orgasmo. Te prefería en el cine o teniendo una de esas conversaciones trascendentales que tanto nos gustaban.

—Bueno, con todo aclarado, quiero que me acompañes a mi casa. Ahora me toca a mí enseñarte la documentación que demuestra que estoy completamente divorciado de Sabrina.

—No hace falta, Alberto. Te creo, te lo prometo. Y, al igual que yo no he puesto en duda lo que me has dicho, quiero que tú tampoco creas cualquier cosa que te envíen.

—Eso no volverá a pasar, te lo prometo.

Alberto se acercó a mí y, tomándome la cara con las dos manos, me besó como solo él sabía.

—Si queréis, os dejo a solas, porque un trío no vais a querer, ¿no?
—nos dijo Fernando, y empecé a reír.

—Sigue soñando, amigo, que a mi chica no la comparto con nadie
—respondió Alberto.

—No, si a tu chica te la dejo para ti, enterita. Yo con quien quiero pasar un buen rato es contigo.

—Eso, mucho menos. Todavía no he cruzado de acera.

—Pues, cuando lo hagas, ten cuidado y fíjate bien en que el semáforo esté en verde, no vayas a terminar atropellado como yo.

Los tres soltamos una carcajada. Fernando decía las cosas como quien te invita a comprar un paquete de galletas.

En ello estábamos cuando el teléfono de Alberto sonó. Se extrañó al ver que era mi madre.

—A lo mejor quiere saber si ya hemos aclarado todo.

—No lo sé, pero enseguida lo averiguaremos. Dime, Marga, ¿qué ocurre?

—Alberto, es Alejandro...

—¿Qué pasa con él?

—Está con un ataque de ansiedad. Estábamos tomando un helado cuando una mujer se ha acercado a él, le ha dicho algo y ha empezado a temblar. No he conseguido que me diga nada más que esa mujer era su madre.

—¿Dónde estáis?

—En la heladería que hay al lado del parque.

—No os mováis de allí. Vamos para allá.

En cuanto cortó la llamada, yo ya me había vestido y estaba lista para salir con él.

—Fernando, te esperamos allí. Cierra al salir.

—No os preocupéis, voy para allá en cuanto termine de vestirme.

—Gracias.

Salimos corriendo, como si nos estuvieran esperando para un trasplante, pero es que la situación no era para menos.

—Tenemos que saber lo que le ha dicho al niño.

—A mí no me lo va a contar. Ha tardado más de dos años en decirme que su madre lo utilizaba como saco de boxeo virtual cuando discutíamos.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque sabía que me haría daño.

—Está bien, déjame a mí. Él no sabe que entre nosotros hay algo, así que será más fácil que se abra conmigo.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—Me lo llevaré a dar un paseo por el parque. Me sentaré con él en un banquito y le daré su espacio. Terminará hablando, te lo aseguro.

—Eso espero. Y confío en que lo consigas.

Llegamos a la heladería y allí estaba Alejandro, temblando como una hoja.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo?

Alejandro se levantó, le ofrecí la mano y nos fuimos dando un paseo, tal y como le había dicho a su padre.

Nos sentamos en un banquito que había a la sombra, lejos de las miradas de Alberto y de mi madre, y lo dejé asimilar todo lo que había pasado.

Casi sin darme cuenta, Alejandro empezó a llorar. Un llanto roto, de esos que no hacen ruido al principio, pero se te clavan por dentro. Parecía tener miedo de algo, como si sintiera que su vida estaba condenada a la tristeza, y aquello me dolió más de lo que podía explicar.

—Cuéntame, mi niño. ¿Qué ha pasado para que estés así?

—Es mi madre, Belén. Ella no me quiere, no me ha querido nunca, y lo único que pretende es hacerle daño a mi padre a través de mí.

—Eso que me estás diciendo es muy fuerte, Alejandro.

—Es que lo es, pero yo no tengo la culpa. Yo no pedí nacer.

—Por supuesto que no tienes la culpa. Ningún niño la tiene de las decisiones que toman los adultos.

—Ya, pero mi madre siempre me culpa a mí. No entiendo por qué me acusa de quitarle el cariño de papá, cuando yo no he hecho nada para conseguirlo.

Esa mujer no estaba bien. Lo tenía claro. Y también sabía que haría cualquier cosa para conseguir lo que se había propuesto.

Para saber qué era lo que planeaba, tenía que conseguir que Alejandro me contara todo lo que le había dicho, que no se guardara nada. El problema era que no sabía cómo hacerlo sin que se sintiera presionado.

Pero no hizo falta. En cuanto dejó de llorar, empezó a contármelo todo. No lo interrumpí. No quería que se cortara ni que dejara de hablar.

—Creo que deberíamos ir con tu padre. Tienes que contárselo, igual que me lo has contado a mí.

—No puedo, Belén. Se pondrá muy triste.

—No se va a poner triste, te lo aseguro. A lo mejor se enfada un poco, pero no contigo, con tu madre. Y es lógico.

—¿Y si no hace lo que ella quiere y me mandan lejos?

—Tu padre no permitirá eso, te lo prometo. Pero tiene que saberlo para adelantarse a los planes de tu madre.

—Está bien, vamos. Se lo contaré ahora.

Nos levantamos del banco y fuimos caminando hasta donde se encontraban Alberto y mi madre, que nos miraban con preocupación.

Le hice un gesto a Alberto para que tuviera paciencia, para que no lo atosigara y lo dejara ir a su ritmo.

Alejandro hablaría cuando se sintiera preparado.

Y, unos minutos después, lo hizo.

Capítulo 18



Alberto

Me quedé allí sentado, completamente desconcertado, junto a Marga, que tampoco parecía estar mucho mejor que yo.

No me podía creer que Sabrina hubiera aparecido de nuevo, y mucho menos de aquella manera.

Quería tenerla frente a frente para que me dijera qué era lo que estaba planeando, pero sabía que no me diría una sola palabra.

Ella, antes de hablar o pedir algo, tenía todo atado de manera que contara con un motivo para extorsionar a la persona y conseguir lo que quería, y eso me daba mucho miedo.

Cogí aire y me dispuse a preguntarle a Marga qué había pasado. No para culparla, ni mucho menos, sino para saber a qué atenerme.

—¿Me puedes contar lo que ha pasado, con detalle, por favor?

—Claro que puedo, pero ha sido todo tan rápido, que no entiendo qué le ha podido decir para ponerlo así en menos de un minuto.

—Te aseguro que su madre sabe dónde dar para que duela.

Marga me contó que estaban sentados, disfrutando de ese helado y que, una vez que habían terminado, Alejandro le pidió permiso para ir hasta donde estaba Marcelo, que acababa de llegar junto a su padre.

—Te prometo que no le quité el ojo de encima y que, en el momento en el que vi que esa mujer se le acercaba, me levanté y fui hasta donde estaban.

—No tienes que justificarte, Marga, sé cómo eres.

—Ojalá no me hubiera llevado al niño a la calle, no la habría visto.

—Ten por seguro que, si no hubiera sido hoy, habría sido cualquier otro día, pero que hubiera llegado hasta él, no lo dudes.

—Solo me dio tiempo a preguntarle quién era, pero ella no me contestó, se dio la vuelta y se marchó por donde había venido, dejando al niño en este estado.

—Dios quiera que Belén sea capaz de sacarle lo que le ha dicho, porque, de lo contrario, como se lo trague, tendremos un problema.

—Aparte de ser profesora de secundaria, también es psicóloga. No ejerce como tal, pero tiene formación de sobra para saber cómo acercarse a un niño cuando está bloqueado.

—¿Me lo dices en serio?

—Completamente, se sacó las dos carreras a la vez. Ahí donde la estás viendo, tiene una cabecita privilegiada, porque no le costó ningún trabajo hacerlo.

—Me dejas completamente asombrado, Marga.

—No lo dudo, mi hija tiene ese efecto en los demás, el de sorprender, tanto por su forma de ser como por su trayectoria académica.

No me lo esperaba, os lo prometo. Si yo había estudiado una carrera de lo más complicada, sacar dos a la vez, y de esa envergadura, era algo que no podía hacer cualquiera.

Vi llegar a mi hijo con ella, venía mucho más relajado, e incluso se reía de algo que le había dicho ella.

—Antes de que os cuente lo que le ha dicho su madre, será mejor que nos pidamos un refresquito o algo, que mi niño debe tener la boca seca —nos dijo Belén, con una sonrisa, mientras me lanzaba una mirada tranquila, como pidiéndome que confiara.

—Eso está hecho. ¿Qué os apetece? —pregunté.

—Papá, yo quiero un refresco de limón.

—Nosotras dos, uno de cola sin azúcar.

—Pues ahora mismo aviso al camarero.

Le hice un gesto al camarero, que no tardó ni un segundo en llegar hasta nosotros, tomando nota de la comanda.

Esperamos en silencio hasta que nos trajeron las bebidas y me fijé en que mi hijo sostenía la mano de Belén como si fuera el único salvavidas al que podía agarrarse.

—Alejandro, creo que ha llegado el momento de que le cuentes a tu padre lo que te ha dicho tu madre.

—¿Estás segura, Belén? No quiero hacerle daño, no me gusta ver a mi padre triste...

—Cariño, te aseguro que no me pondré triste, pero, si no me lo dices, si no me entero, no podré anticiparme a lo que tu madre tenga planeado.

—Está bien, pero no dejes que lo consiga, por favor. Haz lo que tengas que hacer, pero no se lo permitas.

—Te lo prometo, y sabes que yo no incumplo mis promesas.

—Mi madre me dijo que...

Vi cómo mi hijo empezaba a ponerse nervioso de nuevo y cómo Belén volvía a cogerlo de la mano para darle la tranquilidad que necesitaba.

—Alejandro, no tengas miedo —le dijo—. Cuéntalo tal y como lo has hecho conmigo hace un ratito.

Mi hijo cogió aire antes de contarme que su madre se había acercado a él por sorpresa y que, una vez a su lado, le había dicho que había venido para quedarse.

—Papá, me dijo que, si tú no volvías con ella, si no la ayudaba a que tú la quisieras de nuevo, como la familia que éramos, ella se encargaría de llevarme con ella.

—No puede pretender eso. No ahora que empiezo a ser feliz.

—Eso no fue todo. Me dijo que más me valía implicarme en conseguirlo, porque, si ella no te tenía a ti, yo tampoco te tendría. Que me enviaría a un internado y no saldría de allí nada más que cuando ella quisiera.

—Hija de puta... —murmuré.

Jamás quise hablarle mal a mi hijo de su madre, la justifiqué todo lo que pude, pero no iba a permitirle ni una más.

—Alberto, modera tus palabras delante del niño, eso tampoco lo ayuda nada.

—Lo sé, y te pido disculpas, pero es que no puedo concebir tanta maldad ni un corazón tan podrido en una sola persona.

—Creo que deberías hablar con ella, a solas, sin que Alejandro esté presente, y dejarle las cosas claras.

—Y lo pienso hacer. Marga, ¿te puedo pedir un favor?

—El que sea, Alberto, ya sabes que estoy aquí para ayudaros en todo lo que pueda.

—¿Podrías quedarte con Alejandro en tu casa? Quiero quedar con su madre, tenemos mucho de qué hablar, y no sé a qué hora terminaré.

—No te preocupes por eso, que yo me quedo con él. Alejandro, ¿estás de acuerdo?

—Sí que lo estoy, pero quiero verte mañana antes de irme al instituto.

—Dalo por hecho, vendré a primera hora y desayunaremos juntos.

Dejé a mi hijo con Belén y con su madre, sabía que estaría bien con ellas, pero no podía evitar tener un nudo en el estómago por la incertidumbre de no saber lo que me iba a encontrar cuando tuviera a Sabrina cara a cara.

Cuando me alejé lo suficiente, y sabiendo que ella no andaría muy lejos de la zona, saqué mi teléfono y marqué su número.

—Sabía que me llamarías, lo que no esperaba es que fuera tan pronto.

—No quiero dar rodeos. Te espero en una hora en mi casa, de la que no dudo que sabes la ubicación.

—Por supuesto que lo sé, cariño. He investigado antes de venir, ya te dije que lo sabía todo.

No quise seguir hablando con ella, porque sabía que terminaría enfadado y no me convenía eso.

Tenía que templar los nervios, no demostrarle el miedo que me daba, porque era capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

Subí a mi casa y avisé a mis amigos para que estuvieran pendientes. No quería que Sabrina pudiera acusarme de algo que no había hecho.

—No me lo puedo creer. ¿Esa mujer no se va a cansar nunca de haceros daño? —dijo Camilo, enfadado.

—Al parecer, no. Pero no pienso dejar que se salga con la suya.

—Eso espero. Ni tú ni el niño os lo merecéis. Aquí estáis tranquilos, estáis felices y tú, por fin, has vuelto a ilusionarte con alguien.

—No sé si será amor o no, pero sí sé que me siento muy bien con ella. Me gusta mucho, y no solo físicamente.

—Estaremos a tu lado. ¿Necesitas que nos quedemos?

—No. Quiero hablar con ella a solas, pero, si veis que me altero, por favor, entrad. Dejaré la terraza abierta.

—Nos sentaremos justo ahí, en la esquina, de manera que podamos ver y oír todo sin que ella se dé cuenta.

—Gracias, amigos. No sé qué haría sin vosotros, de verdad.

En cuanto sonó el telefonillo, Juanjo y Camilo salieron de mi casa y se colocaron justo donde me habían dicho.

Esperé a Sabrina en la puerta. Salió del ascensor como si fuera una diva, como si el mundo entero tuviera que ponerse a sus pies en cuanto ella aparecía.

—Es bonita la casa, aunque lo que no me gusta es que tendremos a tus amigos como vecinos.

—¿Tendremos? No te equivoques. En todo caso, serán vecinos míos y de Alejandro, porque tú no vas a volver a poner un pie en esta casa.

—Por supuesto que lo haré, o me llevaré a Alejandro y no volverás a verlo en tu puta vida.

—¿De verdad piensas que te lo voy a permitir? No seas ridícula, por favor.

—Si alguien aquí es ridículo, ese eres tú, que llevas doce años criando a un niño que no es tu hijo.

Os prometo que sentí cómo se me bajaba la tensión al escuchar aquello.

¿Cómo que Alejandro no era mi hijo? ¿De dónde demonios se había sacado eso?

—Eso que estás diciendo no es cierto.

—Oh, claro que lo es. Y aquí traigo las pruebas.

Sabrina sacó un sobre del bolso. Era de un laboratorio de ADN de Madrid, y me lo entregó.

Lo miré como quien mira una bomba de relojería, mientras ella me observaba con una sonrisa tan cargada de maldad que no sabía si abrirlo o no.

Finalmente, me decidí a hacerlo.

Y os juro que tuve que sentarme.

El informe decía claramente que Alejandro y yo no éramos padre e hijo.

—¿De dónde has sacado esto? Y, lo más importante, ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Ay, Alberto, hijo, todavía me pregunto cómo es que eres tan bueno en tu trabajo cuando eres tan cortito.

—Desde luego que lo soy, porque hay que ser muy imbécil para no haber visto cómo eras en realidad.

—Mandé hacer las pruebas antes de irme a Berlín, porque tenía dudas de si era hijo tuyo o de mi compañero de trabajo. Cuando descubrí que era de Alejo, pensé que, si te lo decía, iba a tener que cargar con él, y por eso me callé.

—¿Por qué no te has callado para siempre?

—Porque Alejo me ha dejado plantada y, como es el hijo del dueño de la empresa, también he perdido el trabajo. No pienso quedarme de brazos cruzados.

—¿Qué es lo que pretendes, Sabrina?

—La cosa es muy sencilla, Alberto. O vuelvo a casa y seguimos jugando a la familia feliz, o voy al juzgado, demuestro que Alejandro no es tu hijo y me lo llevo fuera del país.

—No serías capaz de hacer eso. Tú no quieres cargar con un niño de doce años...

—Ni de doce ni de ninguna otra edad. Y precisamente por eso no pienso hacerlo. Lo tengo todo planeado: lo enviaré a un internado del que no saldrá hasta que cumpla los dieciocho, y te odiará por haberlo permitido.

—¿Por qué eres tan mala, Sabrina?

—No soy mala. Mi lema es la supervivencia. Quiero algo y lucho por tenerlo. Pero, como veo que todavía estás confundido, tienes hasta el viernes para contestarme.

Se levantó y salió de mi casa con la misma arrogancia y prepotencia con la que había llegado. Me dejó sentado en el sofá, sin poder articular palabra, esperando a que entraran mis amigos, que lo habían oído todo.

—No se puede ser más hija de puta que ella —dijo Juanjo.

—No puedo permitir que separe a mi hijo de mi lado. Por mucho que ese papel diga que no lo es.

Capítulo 19



Alberto

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Camilo.

—Estoy atado de pies y manos. O vuelvo con ella o la vida de Alejandro se convertirá en un infierno.

—¿Confías en ese documento que te ha mostrado?

—Es de uno de los laboratorios más prestigiosos de la capital. No creo que sea falso.

—No digo que lo sea, ni que los análisis sean mentira. Lo que digo es que ha podido manipularlos.

—Joder, me voy a volver loco.

—No lo hagas. Tu hijo te necesita.

—Me da miedo pedirle que repita las pruebas. Si va al juzgado y presenta ese documento mientras nosotros intentamos averiguar si está manipulado o no, podría intentar llevarse al niño del país. Y entonces sí que no volvería a verlo.

—Tengo una idea. Hazle creer que estás de acuerdo con lo que te pide. Mientras tanto, puedes repetir las pruebas sin que ella se dé cuenta.

—Como si no me estuviera vigilando...

—A ti sí, pero a Belén y a Marga, no.

—Joder, ¿qué le digo a Belén?

—La verdad.

—No puedo. No después de lo que Sabrina le dijo en el centro comercial. Si ahora le digo que voy a volver con ella porque me está extorsionando, pensará que estoy usando la misma excusa que me advirtió que no creyera.

Mis amigos no sabían nada de ese episodio del centro comercial, por lo que me dispuse a contarle todo lo que había sucedido desde ayer por la tarde.

—Ahora estoy seguro de que esas fotos me las envió ella.

—Pero no lo hizo desde su teléfono. Debe tener aquí a alguien que la está ayudando, lo tengo claro.

—Sí, me dijo que me había estado investigando antes de venir.

—Eso tiene todo el sentido, pero no creo que ningún detective se haya prestado a eso.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tiene que haber alguien, una persona que le tenga ganas a Belén por algún motivo, y que se haya prestado a esto.

—No creo que Belén tenga ningún enemigo, la verdad.

—¿Y si vamos y hablamos con ella?

—No puedo, no quiero que mi hijo me vea en este estado y decirle que venga tampoco es una opción, no quiero que Sabrina tenga más munición contra mí.

—Entonces, ¿te vas a quedar de brazos cruzados?

—¿No ves que no puedo hacer otra cosa?

—No te tenía por un cobarde, Alberto, pero creo que me he equivocado contigo —dijo Juanjo.

—Yo tampoco. Y te diré una cosa: si no piensas luchar por tu felicidad, si prefieres dejar que esa mujer se salga con la suya, no cuentes conmigo para aplaudirlo —sentenció Camilo.

No dije una sola palabra. No podía articularla. El silencio de mis amigos fue peor que cualquier reproche.

Se levantaron de mi sofá y salieron por la terraza, cada uno hacia su casa, dejándome allí solo y sin saber qué coño hacer.

Me levanté del sofá y empecé a dar vueltas por toda la habitación, como un león enjaulado.

Sabía que no dormiría aquella noche, así que, como había descubierto que el sonido del mar me calmaba, salí a la terraza y me senté en una de las hamacas a contemplarlo.

No sé en qué momento me quedé dormido, pero, cuando abrí los ojos, estaba amaneciendo.

Miré el reloj. Eran las siete menos cuarto. Me levanté, entré a darme una ducha y me cambié de ropa para ir a recoger a mi hijo y cumplir mi promesa.

Temía el momento de tener a Belén delante, porque tenía que decirle que lo nuestro se había terminado.

Tenía que ser así. Al menos hasta saber si Alejandro era mi hijo biológico, hasta poder demostrar que Sabrina estaba mintiendo y que no era buena para él.

No sabía cuánto tardaría en conseguirlo, así que decidí que no le contaría la verdad.

Le diría que Sabrina y yo habíamos hablado y que habíamos decidido darnos una nueva oportunidad por Alejandro, por la familia que supuestamente merecía. Esperaba que me creyera, porque, de lo contrario, no sabía cómo sostener aquella mentira.

No era justo para ella. Lo sabía. Pero si Sabrina había sido capaz de acercarse a Alejandro en plena calle, también sería capaz de ir a por Belén. Y yo no podía permitir que nadie más acabara en medio de aquella guerra.

Salí de casa sin volver a ver a mis amigos. Tenía hoy y mañana libres en el hospital, mientras ellos tenían una guardia de doce horas, así que no estarían por allí hasta la noche.

No pensaba dejar que Sabrina se saliera con la suya, pero eso no significaba que pudiera seguir con mi vida como hasta ahora. Mis amigos tenían que entenderlo.

Ese mismo día tomaría una muestra de ADN de mi hijo y la guardaría hasta que pudiera ir a un laboratorio para que también me tomaran una muestra a mí.

Sabía que lo tendría complicado, pero también sabía que podría contar con mis amigos. No me dejarían solo en ningún momento.

Lo que más me dolía era Belén. Todavía no habíamos empezado y ya tenía que ponerle punto final.

También estaba Marga. Tendría que decirle que no viniera más, porque no quería que acabara atrapada en la guerra entre mi exmujer y yo.

Fui dando un paseo hasta casa de Marga, que estaba a dos manzanas de la mía, y llamé al telefonillo. Me respondió Belén.

Escuchar su voz me hizo un daño que no esperaba. Y todavía no la tenía delante. Cuando la tuviera, no sabía cómo iba a resistirme.

—Buenos días. ¿Está mi hijo listo?

—Buenos días, pasa. Está terminando de vestirse.

—Belén, antes de que venga Alejandro, me gustaría hablar contigo.

—No me digas nada, ya lo sé. Te ha convencido para que volváis, y has dicho que sí.

—No exactamente eso, pero sí, vamos a darnos otra oportunidad, por Alejandro, por la familia que se merece.

—Alejandro se merece una madre que lo quiera con toda su alma, pero no seré yo la que te diga lo que tienes que hacer.

—Buenos días, Alberto. ¿Qué tal ha ido todo? —me dijo Marga, que acababa de llegar al salón.

—Buenos días, Marga. Bueno, no ha ido tan mal como se podría esperar. Contigo también quería hablar...

—No, lo siento, pero no. Con tu vida puedes hacer lo que quieras, pero no pienso permitir que nada ni nadie le haga daño al niño.

—Es su madre, no se lo va a hacer.

—No, no te confundas. Parir, paren los gatos. Pienso seguir atendiendo al niño todas las tardes, y me da igual que tú estés trabajando o no. En cuanto el niño salga del instituto, ahí estaré.

—No te pienso pagar un céntimo —le dije, para ver si así lograba que desistiera de su idea.

—¿Crees que el dinero es un problema para mí? ¿Realmente piensas que me hace falta? No me hagas reír, por favor.

—Entonces, ¿por qué te hiciste cargo de mi hijo?

—Porque vi una tristeza en sus ojos que me llegó al alma. Porque ese niño había pasado más dolor del que ningún niño merece. Y porque necesita todo el amor que yo le pueda dar.

Marga me dejó sin palabras, y tuve que agachar la cabeza, sobre todo cuando vi que mi hijo salía al salón y se abrazaba a ella como si la necesitara más que a nadie en el mundo.

Comprendí en ese momento que tendría que demostrar la verdad cuanto antes, porque lo que estaba en juego era la salud mental de mi hijo.

Salí de allí con la cabeza baja, sin saber cómo decirle a mi hijo que su madre volvería a vivir con nosotros. Pero mi hijo no era tonto y se había dado cuenta de lo que sucedía.

—Te ha convencido para que dejes a Belén y vuelvas con ella —me dijo, después de que pidiéramos al camarero dos desayunos completos.

—No me ha convencido de nada. Además, entre Belén y yo no había nada serio.

—Sí que lo había, papá. Yo sabía que había una mujer en tu vida, aunque no supe que era mi tutora hasta ayer, cuando viste que Fernando estaba con ella.

—No es eso. No lo entenderías aunque te lo explicara.

—¿Sabes lo único que entiendo? Que el tiempo que has estado con ella has vuelto a sonreír. Que desde que mi madre no estaba con nosotros habías vuelto a ser el mismo de antes, y ahora ya no.

—Te prometo que todo tiene una explicación, pero ahora no puedo decírtela. De verdad.

—Acabas de incumplir una promesa, papá. Me prometiste que no dejarías que mi madre se acercara a mí. Que no permitirías que me hiciera más daño. Y vas a dejar que vuelva a vivir con nosotros.

Mi hijo se bebió el último trago de zumo que le quedaba en el vaso y se levantó para entrar en el instituto.

No me dio el beso que me daba a diario. Ni siquiera me deseó que tuviera un buen día.

Y el mundo se me vino abajo.

Me levanté y caminé hasta la playa, donde me senté en la arena y dejé salir todo lo que me estaba ahogando. Lo hice en forma de lágrimas.

Me sentía solo y perdido, sin saber qué hacer, porque hiciera lo que hiciera, quien salía perdiendo era mi hijo. Y ahora, además, ya no confiaba en mí.

Cuando terminé de desahogarme, saqué el teléfono y llamé a Sabrina. ¿Para qué esperar más si el final iba a ser el mismo? Cuanto antes estuviera resuelto, mejor.

—Sabía que me llamarías pronto. ¿Qué has decidido?

—Te sales con la tuya. Vuelves a casa, pero con una condición.

—¿Cuál? Porque te recuerdo que no estás en situación de exigir nada.

—Marga se ocupa del niño desde que salga del instituto y también los fines de semana.

—Ni que eso fuera un problema para mí. Más bien es un alivio.

Ahí entendí que, para ella, Alejandro no era un hijo. Era una moneda de cambio. Un arma para usar contra mí.

Capítulo 20



Belén

Me dolió muchísimo que Alberto hubiera tomado aquella decisión. Y no solo por lo nuestro, que también, sino por lo que podía afectar a la vida del niño.

Por suerte, mi madre tuvo los ovarios de decirle que ella no se iba a apartar de Alejandro y, en cuanto salieron de mi casa, no dudó en hablar conmigo.

—Belén, sé que te puede doler todo lo que ha hecho Alberto, pero creo que no lo ha hecho porque haya querido.

—Mamá, es un hombre de casi cuarenta años. No creo que sea tan inmaduro como para dejarse llevar por los demás.

—No me refiero a eso, y te entiendo. Lo que digo es que esa mujer debe de estar extorsionándolo con algo.

—Deja de ver tantas películas de Antena 3 los sábados por la tarde, mamá, que estamos en Málaga, no en Las Vegas.

—Yo solo te pido que estés pendiente del niño en horario escolar. Fuera de él, ya me ocuparé yo.

—Eso no tienes que pedírmelo, mamá. Es parte de mi trabajo. Eso sí, una vez que salga por la puerta del instituto, no pienso acercarme a él.

—Y estás en todo tu derecho. No seré yo quien te lo pida, ni mucho menos. Tú también tienes un corazón y, aunque intentes demostrar que lo que ha pasado no te importa, ese hombre te lo ha destrozado.

—Voy a ver el lado positivo: menos mal que ha sido ahora y no dentro de un año o dos, cuando ya estuviera completamente enamorada de él.

—No te engañes, mi niña. Ya estás completamente enamorada de ese hombre.

Las palabras de mi madre me hicieron pensar en ello, y tenía razón, pero iba a conseguir olvidarme de él, así me fuera la vida en ello.

Menos mal que contaba con las chicas y con Fernando, que serían mi bastón de apoyo durante todos estos días.

Todavía no me había derrumbado, y eso era lo peor, porque, cuando lo hiciera, ya no sabría cómo parar.

Salí de mi casa a la vez que mi madre, pero como íbamos en direcciones opuestas, me despedí de ella en la puerta.

—Si esa mujer te dice o te hace algo, no dudes en plantarle cara, por favor.

—Uy, si yo voy con la escopeta cargada. Deseando estoy de que se atreva a decirme algo.

Se me dibujó una sonrisa al escuchar la risa de mi madre. La conocía bien y sabía que le iba a hacer la vida imposible a esa mujer, y que no iba a parar hasta que supiera la verdad de todo lo que estaba sucediendo.

A mí, realmente, me daba igual, porque, tal y como le había dicho a mi madre, Alberto era lo suficientemente mayorcito como para saber lo que quería y lo que hacía.

En cuanto llegué al centro, me encontré con Alejandro, que no dudó en abrazarme y ponerse a llorar.

—Ven conmigo, que no quiero que tus compañeros te vean así.

Lo cogí de la mano y me lo llevé hasta la sala de profesores, donde todavía no había nadie. Me senté con él y esperé a que respirara un poco.

—¿Por qué estás así, Alejandro? ¿No te alegras de que volváis a estar los tres juntos?

—No. No me alegro, porque sé que mi padre no será feliz. Y yo tampoco.

—Pero es una decisión que han tomado tus padres, y debes aceptarla y respetarla.

—Eso sería si mi padre lo hubiera decidido libremente. Pero sé que lo ha hecho para que no me aparten de él, para que mi madre no se salga con la suya.

—Eso no puede ser, cariño. Una persona no puede construir una relación sobre algo así, porque estaría condenada al fracaso.

—Y eso es lo que va a pasar. Mi madre volverá a hacerle daño a mi padre y, cuando discuta con ella, volverá a culparme a mí.

—No pienses eso. Ten en cuenta que las personas también podemos equivocarnos, y quizá tu madre se haya dado cuenta de que realmente quiere vivir con vosotros.

—Ojalá tuvieras razón, pero lo dudo mucho.

—Quiero que sepas que yo siempre estaré aquí para todo lo que necesites. Y que, si algún día tu madre te dice o te hace algo que no te guste y, por el motivo que sea, no quieres contárselo a tu padre, puedes contármelo a mí.

—Gracias, Belén. Estoy seguro de que mi padre se va a arrepentir de haberte dejado ir. Contigo lo he visto ser feliz de nuevo.

No pude evitar que dos lágrimas cayeran por mis mejillas, pero las limpié rápidamente para que el niño no se diera cuenta.

Justo cuando salía por la puerta de la sala de profesores, entraba por ella Sonia, con esa sonrisa cínica que tanto le caracterizaba.

—Veo que ya has elegido al preferido de este año.

—No tiene nada que ver con preferencias, no seas idiota.

—Claro que sí, tan solo que tus preferencias no son por el niño, sino por el padre. Aunque, también te digo, que está para mojar pan.

—Mira, Sonia, no sé cómo te has enterado, pero no tengo ganas ni fuerzas de discutir contigo, porque como me sulfure, acabaré diciendo cosas de las que me arrepienta.

—Es muy sencillo, la madre del niño está abajo, hablando con Rocío, la directora, sobre ti y el niño.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Sí, exactamente lo que has oído. Si yo fuera tú, bajaba y me enteraba, porque me parece que tu puesto de trabajo puede estar en juego.

Sabía que eso no iba a pasar, entre otras cosas porque llevaba muchos años allí, trabajando, y todos mis compañeros sabían cómo era y la manera en la que me tomaba mi trabajo.

Pero no me iba a quedar de brazos cruzados, viendo cómo esa mujer intentaba aislar a su hijo y apartarlo de sus amigos, por eso, me bebí las escaleras hasta llegar al despacho de Rocío.

—Rocío, me parece que yo también tengo algo que decir en todo este asunto.

—Pensaba llamarte ahora mismo para conocer tu versión.

—No sé lo que habrá contado esta mujer, pero no pienso consentir que el niño se quede aislado. Eso es lo que está buscando.

—Yo solo he contado la verdad: que has aprovechado que mi marido y yo pasábamos por una crisis para acostarte con él y poner a mi hijo en mi contra —me dijo Sabrina.

Os juro que tuve que contar hasta mil para no cogerla por los pelos y arrastrarla por todo el despacho. Respiré hondo y me dispuse a contestarle.

—Sabes que eso no es cierto, pero no voy a discutir contigo. Como tampoco voy a consentir que te salgas con la tuya.

—Aquí hay dos opciones: o el niño cambia de tutora o yo lo cambio de colegio.

—Señora —intervino Rocío—, las decisiones sobre cambios de tutoría o de centro no se toman así, ni en mitad de una acusación personal. Vamos a escuchar a todas las partes y después actuaremos según corresponda.

—Mientras el divorcio no se anule, la custodia la tiene su padre —añadí—. Será él quien determine qué hacer.

—Mi compañera tiene razón —dijo Rocío—. Esta no es una decisión unilateral. Por eso voy a llamar a su padre, para que venga y nos aclare su posición.

—Mi marido me va a apoyar. Eso lo tengo claro.

—Entonces, si tan segura estás, no tendrás ningún inconveniente en que mi compañera lo llame.

—Por supuesto que no. Es más, yo misma lo llamaré.

—Pero pon el altavoz del móvil, que no confío en ti.

Rocío me miró asombrada, y le hice un gesto para darle a entender que luego se lo explicaría.

—¿Se puede saber qué coño quieres ahora?

—Estoy en el centro de tu hijo, y necesito que vengas.

—¿Le ha pasado algo a Alejandro?

—No, tranquilo, es algo, digamos que, más administrativo.

—En diez minutos estoy allí.

Cortó la llamada y nos miró de manera desafiante, como si ella tuviera la verdad más absoluta, y os prometo que sentí un asco impresionante.

Tenía que volver a clase o, al menos, a decirle a cualquiera de mis compañeros que no tuvieran clases en ese momento, que me cubriera, y por eso, abandoné el despacho para subir de nuevo a mi clase.

—Laura, necesito que me cubras en la primera hora, ¿puedes?

—Claro que puedo, pero necesito que me cuentes todo, en cuanto vuelvas.

—No te preocupes, que lo haré, pero no puedo entretenerme ahora mucho más.

—Ve tranquila, que yo me ocupo.

Capítulo 21



Alberto

Estaba en mi casa, sentado en la terraza, cuando mi teléfono sonó, y era Sabrina, dando de nuevo por culo, que era su especialidad.

—¿Se puede saber qué coño quieres ahora?

—Estoy en el centro de tu hijo, y necesito que vengas.

—¿Le ha pasado algo a Alejandro?

—No, tranquilo, es algo, digamos que, más administrativo.

—En diez minutos estoy allí.

Me levanté y salí de casa con toda la premura que pude. Algo en mi interior me decía que aquello tenía que ver con Belén y con su trabajo, y por ahí sí que no pensaba pasar.

Entré en el instituto como si me fuera la vida en ello y me di de frente con la chica de conserjería.

—Perdona, he recibido una llamada de la madre de mi hijo. Me ha dicho que estaba aquí y que necesitaban mi presencia.

—¿Es usted Alberto Montero?

—Sí, el mismo.

—Entonces, lo acompaño al despacho de la directora. Lo están esperando.

—Gracias.

Justo cuando nos encaminábamos hacia el despacho de dirección, vi a Belén bajando las escaleras.

—Ana, no te preocupes, ya lo acompaño yo, que también voy para allá.

—Pues no sabes cuánto te lo agradezco, que tengo mil cosas pendientes.

—Tranquila, yo me encargo.

Belén esperó a que estuviéramos solos para cogerme por el brazo y hacer que me frenara en seco.

—Voy a ir directa al grano. Con tu vida, haz lo que te plazca, pero no voy a consentir que tu mujer se salga con lo que pretende.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo.

—Quiere que aparten a Alejandro de mi clase, donde está su mejor amigo, y amenaza con cambiarlo de centro si no lo hacemos.

—¡Me cago en la puta! ¿Cuándo va a parar de una vez?

—Ni lo sé ni me importa. Pero con el niño, ya te digo yo que no.

—Gracias, Belén. Sé que mi hijo estará bien contigo al lado, y no pienso permitirlo.

—Eso espero, porque pienso mover cielo y tierra para que esa mujer no pueda hacerle más daño. Y créeme, como profesora y psicóloga, sé muy bien por dónde empezar.

Me dejó allí, plantado y volviéndome loco, porque ni su propia madre había defendido a Alejandro como lo había hecho ella.

Respiré hondo y me tranquilicé un poco antes de entrar en el despacho de dirección, donde se encontraba Sabrina, con una superioridad que daba miedo.

—Buenos días. Soy Alberto Montero, el padre de Alejandro. ¿Qué ocurre con mi hijo?

—Amor, no ocurre nada. Tan solo he solicitado a dirección que cambien al niño de tutora, porque no me parece aceptable que la amante de su padre sea también su tutora.

—No seas cínica, Sabrina. Cuando Belén y yo estuvimos juntos, tú y yo ya estábamos divorciados.

—Bueno, fuera como fuese, no es lógico. Además, podría tomar represalias y pagar con el niño lo que ha pasado entre vosotros.

—Eso no va a pasar, señora. No todas pagamos nuestras frustraciones amorosas con los niños —le dijo Belén, y sonreí por dentro.

—Señor Montero, su señora nos dice que, si no cambiamos al niño de clase, lo cambiará de centro. Queremos saber su opinión.

—El niño no se mueve. Ni de clase ni de centro. En esa clase están sus amigos.

—Bueno, pues entonces que cambien a la profesora...

—Señora, no podemos mover a todos los profesores por un capricho —le dijo la directora.

—Si no es así, pienso ir a Educación. Moveré todo lo que sea necesario para conseguirlo.

Belén me miró con dolor, pero también con rabia, y eso fue lo que más me dolió. Con esa mirada me estaba diciendo que no sabía luchar por lo que era mejor para mi hijo, cuando no tenía ni idea de que estaba atado de pies y manos.

—Rocío, vamos a hacer una cosa —dijo Belén—. Cambia mi tutoría con la de Fernando. Sé que a él no le importará. Eso sí, no pienso renunciar a dar mis clases en ese curso.

—Me parece algo justo —dijo Sabrina—. Al menos no tendremos que verle la cara cuando tengamos que pedir una tutoría.

—Está bien, hagamos eso entonces —respondió Rocío—. ¿Tú se lo comunicas a tu compañero?

—Sí, no te preocupes. Ahora mismo hablo con él.

Sabía por qué lo había hecho, y se lo agradecía en el alma, aunque no se lo pudiera decir directamente.

Belén había elegido a Fernando porque era el único que lo conocía bien, al igual que ella, y porque sabía que estaría pendiente de él, que, si mi hijo mostraba cualquier cambio, por insignificante que fuera, él lo iba a notar.

Salió de ese despacho sin decirme ni adiós, pero no pude evitar que mi mirada se fuera detrás de ella, hasta que ya no pude alcanzarla con mi vista.

—Disimula un poco, haz el favor, que no pienso quedar como una cornuda en el colegio.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia.

—Por supuesto que me atañe, ¿acaso no eres mi marido?

—Soy tu exmarido, que no se te olvide.

—Ay, querido, si no fueras tan sensible, nada de esto estaría pasando. Si fueras tan frío como lo soy yo con ese niño, la podrías tener en tu vida y en tu cama, pero, el que algo quiere, algo le cuesta.

—Eres la persona más mala que he tenido la maldición de conocer.

—Eso, para mí, es un honor, cariño.

Salí del centro, solo, sin esperarla, porque el simple hecho de estar en la misma habitación que ella me daba asco.

Ahora sí que tenía claro que debía buscar un laboratorio, y que me tuviera los resultados lo antes posible.

El destino hizo que me cruzara con un anuncio en una marquesina de autobús, y no me lo pensé, paré un taxi y le di la dirección de ese laboratorio.

Esa misma mañana, y sin que nadie se diera cuenta, le dije a mi hijo que tenía algo enganchado en el pelo. Le retiré con cuidado un par de cabellos, asegurándome de que tuvieran raíz.

Con mucho disimulo, los guardé en una bolsita pequeña y la metí en el bolsillo, con la intención de repetir las pruebas de ADN. Y, mira por dónde, ahora iba a conseguirlo.

—Buenas tardes. Venía a informarme para hacer una prueba de ADN.

—Buenas tardes. ¿Podrían venir los dos donantes o solo uno?

—Solo yo. Del otro donante traigo una muestra de cabello con raíz. ¿Bastaría con eso?

—Será mejor que lo atienda el doctor. Él se encargará de resolver todas sus dudas. Deme un segundo, lo aviso y enseguida lo atiende.

—Perfecto, muchas gracias.

Unos minutos después salía del centro médico con las muestras entregadas, tanto la de Alejandro como la mía.

El doctor me dijo que tendría que esperar unos diez días para tener los resultados, pero me daba igual. Lo importante era tener la verdad.

Tenía que hablar con mis amigos, y contarles lo que había hecho, por lo que, en vez de volver a mi casa, encaminé mis pasos hasta el hospital, donde ambos estaban trabajando.

—¿Tienes turno ahora? No puede ser, si acabas de salir de una guardia larga —me dijo Juanjo, en cuanto me vieron llegar.

—No. Vengo a hablar con Camilo y contigo. ¿Tenéis un ratito para tomar un café?

—Por supuesto, déjame que avise a nuestro amigo y ahora mismo nos vamos a la cafetería.

—Sí, por favor, os necesito más que nunca.

Juanjo llamó a Camilo por el interfono de la consulta, y no tardó ni dos minutos en llegar hasta los ascensores, que era donde habíamos quedado.

—Por la cara que traes, deduzco que Sabrina ha vuelto a hacer una de las suyas.

—Ni que lo digas, pero Belén se ha encargado de minimizar los daños.

—¿Le has contado ya toda la verdad?

—No, pero he hecho algo mejor. Acabo de entregar las muestras para las pruebas de ADN.

—Joder, eso sí que me ha sorprendido. Espero que ella no te haya seguido y no pueda manipularlo.

—Te aseguro que no...

Les conté a mis amigos lo que había intentado hacer Sabrina, y se quedaron completamente sorprendidos. Sabían que era mala, pero no hasta el punto de querer aislar también al niño.

—Es una hija de puta de marca registrada, te lo aseguro —dijo Camilo.

—Sí, pero el karma está ahí, y no se queda con nada de nadie.

—Yo no sé si será el karma o qué coño será, pero lo único que quiero es que todo termine y la pueda perder de vista de una vez por todas.

—¿Qué vas a hacer después con respecto a Belén?

—Joderme. Porque, después de lo que le he hecho, no va a querer verme ni en pintura.

Capítulo 22



Belén

Salí de ese despacho con una mezcla de dolor, rabia y, por qué no, también de odio.

No entendía cómo ese hombre había vuelto con ella, sabiendo la manera de ser que tenía y, sobre todo, que había hecho de fastidiarle la vida a su hijo su principal *hobby*.

Entré en la sala de profesores, donde estaba Fernando, que, al verme la cara, supo que algo me había sucedido y no dudó en venir a darme su apoyo.

—Lo siento, amigo, pero te acabo de meter en mis problemas.

—Para eso estamos los amigos, ¿no?

—Sí, pero es que también te va a afectar en el trabajo.

—Venga, vamos a sentarnos y me vas contando.

Me senté y, mientras Fernando me preparaba un café, fui ordenándolo todo en mi cabeza, buscando la manera más fácil de soltárselo.

Respiré hondo y empecé a relatarle lo sucedido, para terminar contándole que había tenido que ofrecerle a la directora un intercambio de tutorías ante la insistencia de la madre de Alejandro.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más quieres?

—Yo no quiero nada, pero me habías asustado. Si has hecho eso, tendrás tus motivos.

—Eres el único en quien confío y, puestos a elegir, prefería cambiarme yo antes que cambiar al niño. No sé si me entiendes.

—Por supuesto que te entiendo. Alejandro ha encontrado en esa clase, y en ese amigo, su lugar seguro. Si lo cambian, se va a desestabilizar, y eso sería lo peor que podría pasarle.

—Eso mismo he pensado.

Estábamos hablando de eso cuando llegó Sonia, con la misma sonrisa cargada de maldad que lucía desde hacía un tiempo.

—¿Todavía estás aquí? Yo te hacía recogiendo tus cosas para marcharte.

—¿Por qué tendría que estar haciendo eso? —le preguntó Fernando.

—Porque la mujer de su amante ha venido como si quisiera que rodara su cabeza.

—Para empezar, ni ha sido ni es mi amante. Es un hombre que, cuando empezó algo conmigo, estaba divorciado.

—Eh, eh, conmigo no te pongas gallita, que yo no tengo la culpa de nada. Piensa que es lo normal cuando te metes con una persona comprometida...

—Vete a la mierda, Sonia, y déjame en paz.

—Vamos, será mejor que avisemos a los chicos del cambio —me dijo Fernando, dándome la mano para ayudarme a levantarme.

Salimos de la sala de profesores, y justo cuando estábamos a punto de entrar en la que, hasta ese momento, era mi clase, nos paró Rocío.

—Belén, creo que será mejor que hoy te marches a casa.

—¿Perdona? Rocío, sabes muy bien mi manera de trabajar y no creo que mi vida privada tenga que mezclarse con la profesional.

—Espera, espera, no te lo estoy diciendo porque no vayamos a contar contigo ni nada parecido.

—¿Entonces? ¿Cuál es el motivo? Porque no entiendo nada.

—Te lo he dicho porque te he visto demasiado nerviosa, y tus compañeros te pueden cubrir en el día de hoy, nada más.

—Está bien, pero déjame que antes les diga a los niños el cambio que ha habido, y que hable con Alejandro, se merece una explicación.

—Perfecto, pero no te demores mucho y, por supuesto, que haya otra persona delante, no queremos que esa mujer te acuse de nada más.

—Sí, porque, conociéndola de lo que es capaz, me puedo esperar cualquier cosa de ella.

Entré en la clase y, mientras Fernando les explicaba el cambio de tutor, llamé a Alejandro para que saliera. Rocío estaba presente, pues le pedí que se quedara conmigo y que ella misma fuera testigo de la conversación.

—Belén... ¿Es cierto lo que está diciendo Fernando?

—Sí, cariño, pero no tienes que preocuparte por nada. Él estará pendiente de ti y yo seguiré en el centro. Además, seguiré impartirtiéndote las mismas dos asignaturas.

—Seguro que ha sido cosa de mi madre. No quiere otra cosa que hacerme daño.

—No te hagas mala sangre, mi niño. Tanto Fernando como yo estaremos aquí para ti.

—Conmigo también puedes contar —le dijo Rocío—. Sin miedo. Puedes decirme todo lo que te atormenta. No dudes de que te ayudaré en todo lo que esté en mi mano.

Alejandro no pudo hacer otra cosa que lanzarse a mis brazos, llorando como un bebé. Y lo entendía.

Se supone que una madre está para apoyarte y darte todo el amor del mundo, pero, como dijo mi madre, a Sabrina ese título le venía muy grande. Porque parir, también paren los gatos.

Entre las dos intentamos tranquilizarlo, y medio lo conseguimos. La directora del centro me miró, y con esa mirada me dijo muchas más cosas que con palabras. Asentí con la cabeza para hacerle entender que nos veríamos en su despacho.

En cuanto se tranquilizó y dejó de llorar, lo acompañé de nuevo a su clase y bajé al despacho de la directora, pues sabía que tenía algo que decirme.

Llamé a la puerta, a pesar de que se encontraba abierta, pidiendo permiso para entrar.

—Pasa, Belén, y cierra la puerta, por favor.

—Tú dirás, Rocío.

—Sé que lo que voy a comentarte es delicado, pero creo que sería necesario hablar con el padre de Alejandro. Tengo ciertas sospechas de que este niño está viviendo una situación emocionalmente complicada en casa.

—No termines esa frase, por favor. Y sí, llámalo si crees que debes hacerlo, pero yo le daría un poquito más de tiempo a la situación.

—¿A qué te refieres?

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que detrás de la decisión de su padre se esconde algo más profundo.

—¿Cómo vamos a dejarlo a su suerte? En el centro puede estar vigilado por nosotros, pero... ¿y en su casa?

—En su casa tampoco está solo, te lo aseguro. Mi madre lo cuida por las tardes y los fines de semana, y los amigos de su padre, que son como sus tíos, también están pendientes.

—Espero no tener que arrepentirme.

—No lo harás. Vamos a darle unos días, pero sin quitarle el ojo de encima. Si durante ese tiempo el niño presenta otro tipo de síntomas, tomaremos medidas.

—Está bien. Tú los conoces mejor que nadie. Pero, por favor, habla con él a diario. No lo dejes solo.

—No lo haré. Eso jamás ocurrirá.

—Gracias, Belén. Nunca había estado ante un caso tan complicado como este, te lo prometo.

—No tienes que dárme las. Este niño me robó el corazón desde el primer momento en que lo tuve delante, aun sin saber que era el hijo del hombre del que me había enamorado.

Por primera vez lo había verbalizado, y escucharlo de mis propios labios me dolió más de lo que jamás habría imaginado.

Por suerte, ahora venían unos días de puente, y no dudé en buscar una cabañita en la sierra o algo parecido donde perderme y escapar de todo y de todos.

No se lo diría a nadie. Necesitaba estar a solas conmigo misma, reflexionar sobre todo lo que me había sucedido y buscar la manera de recomponerme.

En cuanto llegué a casa, encendí el portátil y me puse a buscar algo. Quería justo lo contrario a lo que tenía: nada de playa ni de pueblo costero. Y lo encontré.

Había un pequeño refugio en un pueblecito de Granada, cerquita de Sierra Nevada. Y, a pesar de que todavía no hacía frío como para que hubiera nieve, sabía que, al abrigo de la montaña, encontraría todo lo que necesitaba.

No me lo pensé y reservé una cabaña para esa misma tarde. No estaba tan lejos y, en un par de horas como mucho, podría salir hacia allí.

Marqué el teléfono de mi madre, que sería la única a la que le daría mi localización, por si me ocurría algo.

—Me pillas hasta arriba de trabajo, Belén. ¿Es importante?

—Será solo un minuto, mamá.

—Pues ve al grano, que tengo a dos pequeños llorando desconsoladamente y mirándome como si yo tuviera el remedio de todos sus males.

—Mamá, me marcho a un pueblecito de Granada el fin de semana. Me voy sola y no quiero que le digas a nadie dónde estoy.

—¿Ha ocurrido algo?

—Ha ocurrido que no puedo más, que necesito pensar y que no me interrumpa nadie.

—Entonces, prepara una mochila y busca tu paz.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—Es mi obligación como madre apoyarte, no tienes que dármelas. Yo también te quiero. Ten cuidado con la carretera.

—Lo tendré. Un beso.

—Otro para ti. Y avísame en cuanto llegues.

Corté la llamada y entré en mi habitación. Abrí las puertas del armario, cogí una pequeña maleta y guardé cuatro cosas. Total, tampoco es que me fuera de fiesta. Mi intención era no salir de la cabaña más que para pasear.

Metí la maleta en el coche y arranqué.

Al pasar por el edificio donde vivía Alberto, no pude evitar mirar hacia dentro.

Y allí estaba él.

Mirándome sin saber nada de lo que me ocurría.

Capítulo 23



Alberto

El fin de semana, puente incluido, fue un calvario tanto para mí como para mi hijo.

Teníamos pensado ir a hacer senderismo, pero la señora decía que eso no iba con ella y que no podíamos dejarla sola, porque no tenía amigas allí y se iba a aburrir.

Para que Alejandro no se aburriera, dejé que se fuera el fin de semana con su amigo Marcelo y sus padres, que tenían una casita en el campo, en un pueblo cercano, donde me dijo que le iban a enseñar a montar a caballo.

—No entiendo por qué has permitido que el niño no esté con sus padres el fin de semana.

—Porque le has roto todos los planes. Y tiene doce años, no ciento doce, como para quedarse aquí viendo tu cara y la mía, amargados.

—¿Sabes qué? Yo creo que lo has hecho para quedarte a solas conmigo y rememorar viejos tiempos, como cuando él todavía no había nacido.

—¿De qué estás hablando, loca?

—De que te mueres por volver a meterte conmigo en esa cama.

—Sigue soñando. Podrás meterte en mi casa, incluso en mi vida, pero jamás lo harás en mi cama ni en mi corazón.

—Eso lo dices ahora. En cuanto veas lo que tengo preparado para ti...

—Ahórratelo. Y ahórramelo a mí también, por favor.

—No pensarás que voy a renunciar al sexo.

—Haz lo que quieras, pero conmigo, desde ya te digo que no vas a conseguir nada.

Me moría de ganas de tener ya los resultados de las pruebas de ADN y poder mover ficha como quería, pero todavía tendría que esperar.

Tenerla delante de mí, exigiéndome cosas que no estaba dispuesto a darle, me estaba matando de pena y de rabia a partes iguales.

Se dio la vuelta y la vi entrar en la habitación de invitados, donde dormía desde que había vuelto a nuestras vidas.

Minutos después, salió con una pequeña maleta de viaje, y no pude evitar pensar en lo hija de puta que había sido.

Todo lo había hecho para fastidiar al niño, pero, como no lo había conseguido, su siguiente objetivo era yo.

—Me marchó el fin de semana con unos amigos. Acabo de recibir un mensaje. Están en un pueblecito de Sevilla.

—¿Cómo puedes ser tan hija de puta? Sabías esto desde hace tiempo y has esperado a que Alejandro se marchara para hacerlo tú, sabiendo que ya habías roto todos nuestros planes.

—Siempre puedes salir a ver si te encuentras a la fulana esa. A lo mejor está dispuesta a dejarte entrar de nuevo entre sus piernas.

—Aquí la única fulana que hay eres tú. Que no se te olvide.

—Ay, no, cariño, yo soy tu mujer. Y espero que no tardes mucho en anular la sentencia de divorcio, o me llevaré al niño sin que te des cuenta.

—Atrévete a hacer eso y entonces sí vas a saber quién es Alberto Montero.

—Eso lo supe desde el primer día en que te vi: un gilipollas, un calzonazos al que podría manejar a mi antojo.

Intentó acercarse para darme un beso, pero me aparté rápidamente. No quería que ni siquiera me rozara. Cuanto más lejos de mí la tuviera, mucho mejor.

Ella, con su maldad de siempre, soltó una carcajada capaz de ponerle los pelos de punta al más pintado.

Me dijo adiós con la manita desde la puerta y se marchó. Me asomé para ver si se llevaba el coche, pero no. Había un tipo esperándola abajo, y se dieron un beso como si todo les importara un carajo. Mi vida, lo primero.

—Amigo, no puedes seguir así. He grabado en vídeo ese beso, por si te puede servir de algo —me dijo Juanjo.

—Me está volviendo loco, te lo juro. Y no en el mejor sentido de la palabra, sino todo lo contrario.

—Sigo pensando que deberías contarle la verdad a Belén. Ella te apoyaría y te ayudaría a resolver todo.

—Si hago eso y mi mujer se entera, me puedo ir despidiendo de mi hijo.

—Por cierto, ¿has avisado al padre de Marcelo para que no deje que se vaya con nadie? Porque yo no confiaría mucho en su madre.

—Joder, no lo había pensado. Tenía claro que se quedaría aquí todo el fin de semana.

Salí corriendo hasta mi habitación, donde había dejado el móvil cargando, y marqué el número de aquel hombre, que me resultó de lo más agradable y cabal.

—Aníbal, soy Alberto.

—Dime, Alberto. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí, por eso te llamaba. La historia es muy larga y te la contaré en otro momento, pero, si la madre de mi hijo va por allí, no dejes que se lo lleve. Llámame de inmediato, por favor.

—Tranquilo, no la dejaré ni entrar en mi casa. No quería decirte nada porque, al fin y al cabo, es tu mujer, pero no me gusta nada la manera en que mira y trata al niño.

—Tendremos que tomarnos un café muy pronto y te pondré al día, porque no te equivocas en nada.

—Yo tuve la misma suerte con mi exmujer, pero, por suerte, encontré en una compañera de trabajo a la mujer y a la madre que mi hijo necesitaba. Aunque también las pasé canutas.

—Gracias, Aníbal. Nos vemos pronto.

—Aquí estamos si quieres venirte y pasar el fin de semana con nosotros. Hay sitio de sobra.

No sé por qué, pero la idea me resultó de lo más atractiva, y no dudé en decirle que, si no molestaba, aceptaba la invitación, porque el techo se me caía encima sin mi hijo en la casa.

—¿Cómo vas a molestar? Venga, te paso la ubicación y te esperamos.

—Gracias de nuevo, Aníbal.

Corté la llamada y preparé una mochila con ropa para el fin de semana, lo hice con toda la premura de la que fui capaz, y con unas ganas inmensas de ver a mi hijo.

—Juanjo, si veis algo raro en mi casa, por favor, me llamáis.

—No lo dudes, nosotros vamos a estar aquí todo el fin de semana. Camilo tiene guardia hoy y a mí no me apetece salir de fiesta.

—¿Habéis quedado con las chicas?

—Yo sí, pero Camilo, no tengo ni idea, no me ha dado tiempo de hablar con él.

—Bueno, pasadlo bien y cuidad bien de lo que tenéis, que no es fácil de encontrar.

—Qué te lo digan a ti, amigo.

—Eso mismo. En fin, me marché ya a pasar el fin de semana con mi hijo, y a desconectar de todo.

En ese momento recibí un mensaje de Aníbal, el padre de Marcelo, con la ubicación de su casa, y la introduje en el GPS del coche.

Arranqué y puse rumbo al que esperaba fuera un fin de semana tranquilo con mi hijo y sus amigos.

No pensaba colarme allí con las manos vacías, y por eso, paré en un cecedero de marisco que había cerca de mi casa, y pedí una mariscada para seis personas, ya que a mi hijo le encantaba.

También compré un jamón, que pedí que me deshuesaran y cortaran, envasándolo al vacío.

Con todo listo, seguí el camino y no tardé más de una hora en llegar. La casa era preciosa, con una piscina que en verano tenía que ser una pasada.

El jardín también era muy bonito y estaba muy cuidado, pero lo mejor de todo fue el recibimiento que me dio mi hijo, que salió corriendo a abrazarme.

—Papá, no sabía que tú también ibas a venir. ¿Has venido solo?

—Sí, mi amor, vengo solo. Tu madre se ha marchado con unos amigos que habían venido a buscarla. Y no te habíamos dicho nada porque queríamos que fuera una sorpresa.

—¿Nos ha chafado los planes para luego marcharse? Es mala, papá, y ojalá desaparezca para siempre de nuestras vidas.

Abracé a mi hijo, porque tenía razón. Yo también pensaba lo mismo. Ojalá se fuera con ese hombre y nos dejara en paz de una puta vez.

Si no hubiera sido por esa documentación que me enseñó, en la que decía que Alejandro no era mi hijo, jamás habría cedido. Habría luchado por él en los tribunales con uñas y dientes.

Pasé al interior de la casa, donde me recibieron Aníbal y su mujer. Era una mujer guapísima, además de adorable, y trataba a los niños con un cariño y una amabilidad que me removieron por dentro.

Me recordó a cómo Belén trataba a mi hijo, y eso me dejó demasiado triste para mi gusto, pero traté de recomponerme.

—Veo que tú también has pasado por lo mismo que yo y que, por culpa de esa mujer, has tenido que renunciar al amor. ¿Me equivoco?

—Pues no, no te equivocas. Y ocurrió todo de la manera más inesperada...

Le conté a Aníbal cómo había conocido a Belén, que era la profesora de nuestros hijos, y cómo, sin darme cuenta, me había enamorado de ella.

—Belén es una mujer increíble, tanto en lo físico como en lo personal —me dijo Celia, su mujer.

—Lo es. Y solo de pensar en la manera en que nos trataba a los dos, y compararla con la forma en que lo hace su madre, se me encoge el pecho.

—Ten paciencia, compañero, que el tiempo pone a todos y a todo en su lugar.

—Eso espero. Y que a mí me ponga lo más lejos posible de ella, de la madre de Alejandro.

Estuvimos charlando un buen rato más, hasta que llegó la hora de comer. Aníbal se llevó las manos a la cabeza cuando vio la cantidad de marisco que había comprado, así como el jamón.

—¿Querías celebrar una comunión en mi jardín y no me has dicho nada? —me preguntó Aníbal, mientras todos reíamos.

—No era mi intención, pero, si conoces a alguien que lo necesite, estoy dispuesto a donarle la mitad del marisco.

—Ah, no, de eso nada. Ese marisco tan fresco y jugoso nos lo vamos a comer nosotros —dijo Celia, con cara de espanto.

Estábamos pasando un día de lo más bonito y tranquilo, con los niños jugando mientras los adultos teníamos conversaciones trascendentales, intentando arreglar el mundo.

Eran pasadas las nueve de la noche cuando recibí una llamada que marcaría mi vida para siempre, así como la de mi hijo.

No era un número conocido ni de nadie que tuviera en la agenda. Era una centralita y, aunque pensé en no contestar porque creí que se trataba de una llamada comercial, algo en mi interior me dijo que lo hiciera. Que contestara.

—Buenas noches, me gustaría hablar con el señor Alberto Montero, por favor.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Soy el agente Velasco, del cuartel de la Guardia Civil de Tráfico, y le llamaba para comunicarle que su esposa ha sufrido un accidente de tráfico hace unas horas.

Os prometo que se me bajó hasta la tensión. No me esperaba aquello, y no me salía ni la voz.

Aníbal, al verme en ese estado de nervios, me quitó el teléfono de las manos y continuó la conversación que yo no había sido capaz de seguir.

—Buenas noches, soy Aníbal Estévez. El señor Montero no puede continuar con esta conversación. ¿Sería tan amable de seguir conmigo?

—Por supuesto. Como le decía, llamaba para comunicarles que su esposa ha sufrido un accidente de tráfico y que se encuentra en el hospital de Málaga.

—¿Está bien?

—No puedo decirle nada más. Será mejor que acudan lo antes posible al hospital.

—Salimos para allá ahora mismo. Gracias por avisarnos.

Capítulo 24



Alberto

Me temblaban hasta las pestañas y, por eso, Aníbal se ofreció a llevarme al hospital, mientras los niños se quedaban con Celia, que disimuló todo lo posible para que no se dieran cuenta.

Les contó que habían llamado de la comunidad de vecinos para decirnos que había una fuga de agua y que teníamos que ir inmediatamente.

—¿Por eso te has puesto tan nervioso, papá?

—Sí, cariño, porque no sé hasta dónde habrá llegado el agua ni si el vecino de abajo tendrá daños.

—¿Volverás pronto?

—No lo sé, mi vida. No voy a decirte que sí, porque, si no vuelvo hoy, pensarás que te estoy mintiendo.

—Vale, me quedo tranquilo porque vas con el señor Aníbal. Seguro que te ayuda, porque es un manitas.

—No me apartaré de su lado, no lo dudes —dijo Aníbal—. Cuando yo vuelva, lo haremos los dos.

—Gracias.

Fue lo único que me salió. Con mi hijo había hecho un esfuerzo enorme, pero ya no podía aguantar más.

No sabía en qué estado se encontraría Sabrina, pero rezaba a todos los santos para que estuviera bien.

Una cosa era que no quisiera que estuviera en mi vida, y otra muy diferente que le deseara algún mal.

El ambiente en el coche estaba tenso, pues no quería verbalizar mis miedos, a pesar de que Aníbal se había dado cuenta.

—¿Vas preparado para todo?

—Tengo miedo, Aníbal.

—Es lógico, Alberto.

—No la quiero en mi vida, ni en la de mi hijo, y lo diré hasta la saciedad, pero una cosa es eso y otra muy diferente es que quiera su muerte o algún daño para ella.

—Te entiendo, y no sabes cuánto. Parece que estoy reviviendo mi vida contigo.

Aníbal empezó a contarme su historia, que parecía un calco de la mía. Se había enamorado de una modelo que había llegado para hacer una campaña de publicidad para su empresa.

Cayó rendido a sus pies y no dudó en pedirle matrimonio a los pocos meses de relación. En el momento en que ella se quedó embarazada, todo cambió entre ellos.

Cuando Marcelo nació, la situación ya era insostenible, y Aníbal no dudó en pedirle el divorcio.

Fue una guerra encarnizada, porque ella utilizaba al niño como moneda de cambio para obtener lo que quería, sin hacerle ni caso.

Una noche, cuando Aníbal ya no podía más, contrató a un detective para que la siguiera y documentara todos los excesos que cometía. Después lo presentó todo en el juzgado.

Ese fue el punto de inflexión. Le concedieron la custodia a él y, poco a poco, empezó a tener más contacto con Celia, hasta que terminaron enamorándose.

—Yo también recibí una llamada de la Guardia Civil por el mismo motivo.

—¿Murió en un accidente de tráfico?

—No, pero se quedó parapléjica.

—No me jodas.

—No, no te jodo. Es cierto. Aquellos fueron los peores meses de mi vida, porque, en mi interior, había llegado a desearle tantas cosas horribles que me sentí culpable.

—Así es justo como me siento yo.

—Y no te culpo ni te juzgo, porque sé hasta dónde puede llegar la desesperación.

—Es que no es comprensible cómo se ha portado con el niño, la manera en que lo ha tratado, los celos que le tenía.

—Mi mujer también era así. Decía que ya no le compraba nada a ella, que todo era para el niño.

—¿Cómo sobreviviste a eso? Porque a mí me da pavor pensar que voy a tener que quedarme a su lado por culpa.

—Jamás hagas eso. Ni se lo merece ella, por muy mala que haya sido, ni te lo mereces tú.

—Pues no sé qué hacer ni qué pensar, la verdad.

—Como te iba diciendo, la llevé de nuevo a casa, corté toda relación con la persona que amaba y busqué los mejores especialistas para que la trataran.

—¿Volvió a andar?

—Nunca más. Una noche tenía una cena de negocios y, al llegar, me encontré a Marcelo llorando en su cuna. Fui a reclamarle, porque las manos podía utilizarlas y parecía que había cambiado con el niño.

—¿Qué pasó?

—Cuando entré en la habitación, me la encontré sin vida. Había dos botes de pastillas vacíos sobre la mesilla.

—Joder, Aníbal, eso tiene que ser lo peor.

—Lo es. Y me costó mucho tiempo ver que no había sido culpa mía, sino su decisión. Aún hoy, muchas veces me siento culpable por ser feliz, por haberle dado a mi hijo la madre que necesitaba.

—Eso no es malo. La vida sigue y, como tú mismo has dicho, fue su decisión.

—Dejó una carta en la que me agradecía lo que estaba haciendo por ella, pero decía que no quería vivir así, junto a un hombre que no la amaba y que estaba con ella por compasión. Por eso te digo que no es justo para nadie.

—¿Marcelo sabe la historia?

—No. Mi hijo solo sabe que su madre tuvo un accidente que la dejó postrada en una silla, porque hay fotos de ella con él en brazos, y que meses después se fue al cielo.

—No sé cómo podrá reaccionar mi hijo ante una noticia así, sobre todo cuando me ha dicho que quería que desapareciera para siempre de nuestras vidas.

—Los niños, en la mayoría de los casos, nos sorprenden por su madurez y su capacidad de adaptación ante estas cosas.

Entre charlas y consejos, llegamos al hospital. Aníbal aparcó en el primer hueco que vio y nos bajamos corriendo, para ver si podían darnos alguna noticia.

Me fui directamente al mostrador de información y pregunté quién podía darme algún dato sobre lo ocurrido.

—Señor Montero, ahora mismo viene el personal médico para informarle.

—Muchas gracias.

—Le ha avisado la Guardia Civil, ¿verdad?

—Sí, me ha llamado por teléfono un agente del que no recuerdo el nombre.

—No se preocupe. Ellos también le indicarán todo en cuanto venga el doctor.

Nos sentamos en una sala de espera que estaba vacía, justo donde nos indicaron.

Unos diez o quince minutos después, apareció un agente de la Guardia Civil junto a uno de los doctores, y se dirigieron a nosotros.

—¿El señor Montero?

—Sí, soy yo.

—Encantado, señor Montero. Soy el doctor Trechera, y no voy a andarme por las ramas. La señora Castro está en una situación crítica. Ha llegado muy grave y no podemos hacer mucho más por ella.

—¿Me está diciendo que se va a morir?

—No puedo asegurarle nada, señor Montero, pero, en este momento, todo depende de cómo reaccionen su cerebro y su corazón.

—¿Tan fuerte ha sido el accidente?

—Ahora es mi turno —intervino el agente—. El coche ha caído por un precipicio. Conducía ella y triplicaba la tasa de alcohol en sangre.

—¿Perdón? ¿Iba borracha?

—Y no solo eso. También han aparecido restos de cocaína en sus analíticas, así como de otros opiáceos.

—No puede ser, ella...

—Sí puede ser, amigo. Yo pensaba lo mismo y, al final, terminó reconociéndomelo —me dijo Aníbal en un susurro, sin apartarse de mi lado.

—¿Quiere verla? ¿Tiene algún otro familiar al que quiera avisar?

—Sí, quiero verla. Además, me gustaría saber una cosa.

—Usted dirá.

—¿Quién iba con ella?

—Pues, según nos consta en el atestado, iba acompañada de Alejo Santos, que ha fallecido en el acto.

Las piernas se me doblaron como si fueran de gelatina, y no por el hecho de que fuera con él, pues lo había visto con mis propios ojos, sino porque me estaba arruinando a mí la vida, mientras que ella hacía la suya, y no de una manera muy sana que digamos.

Entré en la UCI donde estaba ingresada Sabrina, y no pude creer lo que tenía ante mis ojos.

No quedaba nada de la mujer prepotente que había sido antes del accidente. Ahora solo era una mujer rodeada de cables y máquinas que pitaban.

Me quedé un buen rato observándola, sin saber qué hacer ni qué decir, hasta que ya no pude más y empecé a llorar.

No lloraba por nada y lloraba por todo, no sé si me entendéis. Era la rabia y el dolor de saber que había arruinado nuestras vidas por puro egocentrismo.

—¿Por qué nos has hecho esto, Sabrina? ¿Qué hice tan mal para que quisieras vengarte en tu hijo?

La máquina empezó a pitar de una manera distinta, y los médicos entraron con prisas, sacándome de aquella habitación hasta el pasillo, donde me esperaba Aníbal.

Media hora después, salieron cabizbajos de la habitación, y supe al instante lo que había ocurrido.

—Lo sentimos, señor Montero, pero ha entrado en parada cardiorrespiratoria y no hemos podido recuperarla.

Caí de rodillas, llorando como un niño de meses.

Sabrina tenía toda la vida por delante, una carrera brillante y un hijo al que nunca supo querer.

De repente, un miedo helado me subió por la espalda.

¿Qué pasaría ahora si las pruebas de ADN demostraban que Alejandro no era mi hijo? ¿Perdería su custodia? ¿Se llevarían a mi niño lejos de mí?

Eso sí que no podríamos soportarlo.

Ninguno de los dos.

Por eso me levanté con más fuerza que nunca, dispuesto a luchar por mi hijo aunque tuviera que dejarme la vida en ello.

Por supuesto, les dije que me haría cargo de todos los gastos funerarios, pues las cuentas de Sabrina estaban bloqueadas hasta que se resolviera la herencia.

—Tengo que ir a hablar con mi hijo. Tiene que saberlo por mí.

—Sí, y cuanto antes lo hagas, mucho mejor. Si lo dejas pasar, se te enquistará y luego te costará mucho más soltarlo.

Nos montamos en el coche y, mientras preparaban y trasladaban el cuerpo de Sabrina hasta el tanatorio, Aníbal y yo pusimos rumbo a su chalé, donde estaban los niños.

No era precisamente temprano y sabía que seguramente estarían durmiendo, así que le pedí que parara antes en mi casa para poder darme una ducha.

Eso hicimos. Aníbal aparcó junto a mi edificio y subimos hasta mi ático.

En cuanto mis amigos escucharon ruidos, vinieron corriendo a ver qué ocurría y, cuando me vieron la cara, se pusieron en lo peor.

—Dime que esa desgraciada no se ha llevado al niño.

—No, no se lo ha llevado ni se lo llevará nunca más.

—¿De qué estás hablando? ¿Le ha pasado algo a Alejandro?

—No, por Dios, el niño está bien —dijo Aníbal, al ver la cara de mis amigos.

—Alejandro está en casa de Aníbal, con su mujer y su hijo. Es Sabrina. Ha tenido un accidente de coche y ha fallecido.

—No me jodas, eso no puede ser verdad —dijo Camilo, llevándose las manos a la cabeza.

—Pues sí que lo es. He venido a cambiarme de ropa para recoger a mi hijo y contarle todo lo que ha ocurrido.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Laura, que también estaba allí.

Les conté cómo había sucedido todo y lo que nos había dicho la Guardia Civil. De repente, al entrar en la habitación de invitados para bajar un poco la persiana, el olor de su perfume me dio de lleno.

Me senté en la cama, mirando sus cosas, y no supe qué hacer con ellas. Sabrina no tenía más familia que nosotros. Sus padres habían fallecido cuando era una niña y fue criada por su abuela, que tampoco estaba ya entre nosotros.

—No te preocupes por eso, Alberto, que nosotras nos ocupamos de sus cosas.

—Gracias, Laura. No sabría qué hacer con ellas.

—Las de más valor las meteré en una cajita y ya decidirás, igual que las cosas más personales. El resto, si te parece bien, lo llevaré a una ONG para que lo reparta entre los necesitados.

—Es una idea magnífica.

Capítulo 25



Belén

En cuanto llegué a la cabaña, le envié a mi madre un mensaje y apagué el teléfono. No quería que nadie me molestara, mucho menos con tonterías.

Era mi fin de semana largo de desconexión, reflexión y todo lo que terminara en paz mental y fuera bueno para mí.

Lo primero que hice fue ir al supermercado del pueblo. Llené un carro con guarrerías y productos precocinados, que serían mi dieta durante esos días, y me encerré en la cabaña.

Las vistas a la montaña eran espectaculares, y la chimenea estaba encendida porque, al caer la tarde, el frío se hacía notar, y a base de bien.

Cogí una manta, me la coloqué sobre los hombros y me senté con un paquete de chocolatinas y una taza de café en el porche trasero, desde donde se divisaba la montaña, con las cumbres nevadas.

Era todo tan distinto a donde yo vivía que, a pesar de estar relativamente cerca, parecía que me encontrara en un país nórdico.

Las cabañas estaban alejadas unas de otras, por lo que no me molestaría lo que hicieran mis vecinos. Aunque pusieran la música a todo volumen, no escucharía más que un leve murmullo.

Esa noche fue la primera que dormí bien. Era como si hubiera dejado todos mis problemas en Málaga, encerrados en una maleta. Pero no era así. Ni lo sería nunca, por mucho que yo me empeñara.

Casi sin querer, la imagen de Alberto llegó a mi mente, fue como un carrusel de emociones y de imágenes que me asaltaron de improviso.

Un nudo se formó en mi garganta y, a pesar de que no quería llorar, no pude evitar que las lágrimas cayeran por mi rostro.

Ese día decidí dar un paseo por una de las rutas de senderismo que había en la zona y de la que nos habían informado con folletos en cada cabaña.

No era de las más complicadas, pero tampoco de las más sencillas. Preparé una mochila con dos bocadillos y una botella de agua, y me dispuse a hacerla.

Al principio de la ruta no había casi nadie, pero, cuando llegué más o menos a la mitad, me encontré con un montón de gente que había parado allí para comer.

Miré el reloj y me di cuenta de que ya pasaban de las dos de la tarde, así que yo también me detuve. Me senté en una de las piedras que había junto al río, porque me encantaba escuchar el sonido del agua al correr.

—¿Estás sola? —me dijo una chica más o menos de mi edad.

—Sí. Me apetecía pasar unos días tranquila, reflexionando sobre qué hacer con mi vida.

—Yo también he hecho lo mismo. Necesitaba dejar a un lado todo lo que me estaba matando en vida, al menos por unos días.

—Anda que nos hemos juntado dos buenas —le dije, y empezamos a reírnos.

Se llamaba Saray, tenía veintisiete años y estaba hasta las narices de su vida. Su mujer hacía su vida como si ella no existiera, y ella no terminaba de encontrar su lugar en el mundo.

—Por una vez en mi vida, he pensado en mí. He hecho una maleta con cuatro cosas, me he montado en el coche y he salido sin rumbo, cogiendo las carreteras que me llamaban la atención, hasta terminar aquí.

—Veo que no eres de Andalucía...

—No, soy de Castellón. ¿Tú de dónde eres?

—De Málaga. Y también he salido huyendo, aunque no tan a lo loco como tú. Yo venía ya con todo organizado.

—¿Sabes lo que es que te estructuren la vida de tal manera que tienes horario hasta para ducharte? Pues así es mi día a día. Vengo buscando justo lo contrario.

Estuvimos comiendo y, cuando descansamos un buen rato, seguimos con la ruta, pero esta vez las dos juntas, charlando de todo y de nada, contándonos nuestras vidas como si nos conociéramos desde siempre.

Volví sintiéndome un poco más ligera, como si compartir mis problemas con alguien que no nos conocía ni a Alberto ni a mí me hubiera ayudado a mirar la vida de otra manera.

En cuanto me despedí de Saray y entré en mi cabaña, fui a buscar el móvil para encenderlo y llamar a mi madre, pero se había quedado sin batería.

Seguro que, en vez de apagarlo, lo había puesto en silencio o en modo avión y se había consumido. Así que lo puse a cargar mientras me daba una ducha.

Al salir, tenía un aluvión de mensajes y llamadas, tanto de mi madre como de mis dos amigas.

Respiré hondo, porque no me apetecía nada escuchar reproches. Justo cuando estaba a punto de empezar con los audios que me habían enviado, llamaron a la puerta.

Pensé que sería Saray, que venía a invitarme a tomar algo o cualquier cosa, y por eso abrí con una sonrisa.

Pero no era ella quien estaba detrás de la puerta.

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Venir a buscarte. No sé para qué quieres un móvil de última generación si lo usas de pisapapeles.

Sí. Detrás de la puerta estaban mi madre, Diana y Juanjo, y no traían muy buena cara que digamos.

—Mi madre sabía dónde estaba, y también que no iba a atender el teléfono.

—Por lo menos podrías mirarlo de vez en cuando, que no veas lo que nos ha costado llegar hasta aquí.

—¿Ha ocurrido algo?

—Si no hubiera ocurrido nada, no estaríamos aquí —me contestó mi madre, y empecé a tener miedo.

Si no la hubieran traído, habría pensado que era ella, mi madre, a quien le había ocurrido algo. Pero no.

Juanjo empezó a contarme lo que había sucedido y cómo estaban Alberto y Alejandro: devastados.

Quise decirme que lo que le pasara a Alberto me daba igual.

Pero lo de Alejandro... eso no podía ignorarlo.

Entré en mi habitación y guardé todo en la maleta. Después, casi corriendo, me monté en el coche y lo puse en marcha sin siquiera entregar la llave de la cabaña.

—Echa el freno, Magdaleno. No corras tanto, que tendrás que entregar las llaves y anular la reserva —me dijo mi madre, mirándome desde la puerta.

—Joder, tienes razón. Se me ha nublado la cabeza. Ahora mismo voy a hablar con la dueña.

—Te esperamos aquí. No tardes mucho.

—Un minuto y estoy de vuelta.

Me fui hasta la cabaña central, donde se encontraba la recepción y donde estaba la señora que me había dado la llave al llegar.

—Buenas tardes. Venía a anular la reserva. Me ha surgido un imprevisto familiar y tengo que regresar.

—Oh, lo siento. Pensé que no te había gustado el sitio.

—No, para nada. Más bien todo lo contrario. Me ha encantado y estoy segura de que volveré más adelante.

—Te acabo de hacer el reembolso de las noches que no vas a disfrutar, y te he enviado un correo electrónico con un descuento del diez por ciento para la próxima vez.

—Muchísimas gracias.

Salí de allí y regresé al coche, donde mi madre ya se había sentado al volante, y supe que no me iba a dejar conducir.

—No me mires así, que si lo he hecho es porque no estás en condiciones de conducir.

—Sí, que no queremos tener que lamentar otro accidente.

—Desde luego, con uno, ya tenemos bastante.

Arrancamos y salimos de allí detrás del coche de Juanjo, que era en el que habían venido a buscarme.

Mi madre me contó que el funeral sería al día siguiente a primera hora, pero que Alejandro no se lo había tomado demasiado bien.

—Mi niño se echa la culpa de la muerte de su madre.

—¿Qué culpa va a tener él?

—Ninguna, pero deseó tantas veces que desapareciera de su vida que ahora dice que ha sucedido por todas las veces que lo pensó.

—Por favor, eso no es así. Si eso funcionara, ¿cuántas veces hemos deseado ser millonarias y no lo hemos conseguido?

—Eso mismo le dije yo, pero no hay manera.

—En cuanto llegue, lo primero que voy a hacer es encerrarme con él y hacerlo entrar en razón.

—Y espero que lo consigas, hija, porque te necesita más que nunca.

—Y estaré ahí. Para él nada más.

—Belén, no te cierres. Ese hombre lo ha pasado muy mal, y te quiere.

—Si me hubiera querido, mamá, no habría vuelto con ella. Me habría puesto por delante de esa mujer.

—No juzgues sin saber lo que había detrás, mi niña.

Hicimos el resto del camino en silencio, pero no fue un silencio incómodo, sino necesario para las dos, hasta que llegamos a nuestra casa, donde mi madre aparcó el coche antes de subir.

Capítulo 26



Alberto

No sabía dónde se habían metido Juanjo y su chica, pues hacía más de cuatro horas que se habían marchado del tanatorio junto con Marga, que me acompañó en todo momento.

Alejandro, cuando se enteró de que su madre había fallecido, se vino abajo por completo y empezó a culparse.

No había tenido tiempo de hablar con él, de hacerle entender que no había tenido nada que ver, que todo había sido consecuencia de los excesos de su madre, pero lo haría en cuanto terminara todo.

En un momento dado, los vi entrar de nuevo. Esta vez venían acompañados de Belén, que buscaba a mi hijo con la mirada.

—No lo busques. No es lugar para un niño. Está en casa de su amigo Marcelo.

—Se hacen mucho bien el uno al otro.

—Lo sé. Ese cambio ha sido lo mejor para él. Belén, yo...

—No sigas hablando. Si estoy aquí no es por ti ni por ella, sino por el niño. Y, viendo que no está, será mejor que me marche.

—No te vayas, por favor. Te necesito a mi lado.

—Tienes a tus amigos. No sé qué pinto yo aquí.

—Tenemos que hablar. Por favor, dame la oportunidad de explicarme.

—No tienes que explicarme nada. La elegiste a ella, y tus razones tendrías.

—Yo no elegí a nadie. Me vi obligado a hacerlo.

—No quiero saber nada. ¿Me entiendes o te hago un esquema?

—Por favor...

Si tenía que rogar para que me escuchara, no tendría ningún problema en hacerlo. No iba a rendirme ahora.

Después de mucho insistir, al final me dijo que sí, pero también dejó claro que no pensaba quedarse allí. Le parecía hipócrita, y entendí que tenía razón.

—¿Te puedo pedir un último favor?

—Si está en mi mano, sí.

—¿Puedes ir a recoger a mi hijo y llevarlo a mi casa contigo? Creo que se sentirá más tranquilo si estás a su lado.

—Por supuesto. Dame la dirección y avisa de que voy a ir a recogerlo.

—Gracias, Belén. Por quererlo tanto.

—Eso no lo dudes. Me cautivó desde el primer momento en que lo vi.

Salió de la sala con la dirección anotada y, antes de que terminara de salir, avisé a Aníbal de que recogerían a Alejandro, contándole de quién se trataba.

Por supuesto que la conocía del colegio, así que, entré de nuevo con la tranquilidad de que mi hijo estaría bien.

Las horas no pasaban, y la noche se me estaba haciendo eterna. Tenía unas ganas enormes de que terminara todo para volver a casa.

En cuanto terminó la incineración de Sabrina y dejamos sus cenizas para que las enterraran junto a sus padres y su abuela, volví.

Era muy temprano, así que intenté no hacer ruido al entrar.

Cuando abrí la puerta, me encontré a Belén junto a mi hijo en el sofá, tapados con una manta y completamente dormidos.

Alejandro descansaba la cabeza en el regazo de Belén, mientras ella tenía una mano apoyada sobre su hombro, como si incluso dormida quisiera protegerlo.

Por un momento, pensé que me encantaría llegar a casa del trabajo y encontrarme con aquella escena.

Y supe que iba a dejarme la piel en conseguirlo.

Ahora tenía dos frentes. El primero, convencer a Belén de que lo que hice fue bajo amenaza y coacción. Para eso tendría que enseñárselo todo y sincerarme con ella, aunque sabía que no le iba a gustar que se lo hubiera ocultado de aquella manera.

—¿Vas a llevarte mucho tiempo más mirándonos así?

—Me llevaría toda la vida, si pudiera.

—Papá, ¿ya has vuelto? —me preguntó mi hijo.

—Sí, cariño. Mamá ya está descansando junto a su familia.

—He hablado con Belén, y me ha dicho que las cosas no pasan por decirlas muchas veces.

—Claro que no, mi vida. Tu madre decidió llevar una vida de excesos, y eso la ha llevado hasta donde está.

—¿Sabes? No sé si está bien, pero siento mucha paz. Es como si nada nos pudiera separar ya. Como si todo se hubiera terminado.

Cuando mi hijo pronunció esas palabras, se me hizo un nudo en la garganta.

Belén lo notó al instante e instó a mi hijo a que fuera a darse una ducha.

—Alejandro, será mejor que vayas a darte una ducha y a cambiarte de ropa. Anoche nos quedamos dormidos aquí y tienes la camiseta como si hubieras venido de hacer una mudanza.

—Sí, será lo mejor, pero no te vayas todavía, por favor.

—No te vayas todavía, no te vayas, por favor... —Se puso a cantarle Belén, y mi hijo soltó una carcajada.

—Eres un poquito payasa, ¿lo sabes?

—Pero bueno, mira que como me lo digas otra vez, te suspendo. No se te olvide que sigo siendo tu profesora.

—No serías capaz de hacer eso. Te conozco demasiado bien.

—Venga, a la ducha.

Esperó a que mi hijo estuviera lejos de nosotros, se giró y se plantó con las manos en la cintura, esperando a que yo le dijera lo que pasaba.

—¿Me lo vas a contar o tengo que sacar la bola de cristal para adivinarlo?

—Dame un minuto, que escuche el agua de la ducha, y te lo cuento.

—Está bien. Mientras, preparo el desayuno.

Nos fuimos hasta la cocina, donde puso la cafetera y el tostador. Esperamos hasta escuchar el agua de la ducha y el calentador funcionando.

—Volví con Sabrina porque me estaba coaccionando.

—No me cuentes historias, Alberto. Volviste con ella porque te dio la gana. Pero eso no es lo que más me preocupa ahora.

—Es que todo está relacionado.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Sabrina me entregó unos documentos que decían que Alejandro no era mi hijo. Me amenazó con presentarlos en el juzgado para anular la custodia y llevárselo lejos si no volvíamos a vivir juntos.

—Eso no tiene sentido, Alberto. Si hubiera querido llevárselo con ella, lo habría hecho antes.

—Ese es el problema. No se lo quería llevar con ella...

Le conté los planes que tenía Sabrina para el niño y cómo había ido a hacerme unas pruebas para comprobar si lo que me había dicho era cierto.

—Bueno, suponiendo que no sea tu hijo biológico, cosa que está por ver, tanto ella como el supuesto padre están fallecidos. No deberías tener ningún problema con Alejandro.

—No lo sé, Belén, y estoy aterrado. Me da igual lo que ese papel diga. Yo siento a Alejandro como mi hijo, y solo pensar que puedan alejarlo de mí me hace temblar.

—No seas negativo, por favor. Puedes demostrar que ese niño ha estado cuidado por ti. Tendrás a los profesores de su antiguo centro, a los médicos que lo trataron... Todos podrán testificar a tu favor.

—¿Y si, mientras tanto, se lo llevan? ¿Y si también me pierde a mí?

—No pongas la venda antes de la herida, Alberto. Paso a paso. Lo primero será abrir el testamento de su madre y ver lo que pone en él. A partir de ahí, podrás actuar.

—Tienes razón. Me estoy preocupando antes de tiempo. Ahora nos toca a nosotros...

—¿Qué pasa con nosotros?

—¿Me vas a perdonar? Te quiero, Belén, y pienso dejarme la piel para demostrártelo.

—Que te perdone no significa que vaya a volver contigo.

—Te quiero a mi lado. Te necesitamos a nuestro lado.

—No utilices al niño en esto. Para él estaré siempre, pase lo que pase entre nosotros.

—Eso lo sé. Pero no solo quiero que estés a su lado. Quiero que también estés al mío.

No me lo pensé, porque, si lo hacía, sería incapaz de moverme. Me levanté y me situé a su espalda, abrazándola por la cintura.

Noté cómo su respiración se aceleraba, cómo se ponía nerviosa, tanto como la primera vez que me acerqué a ella.

Aparté su pelo a un lado y empecé a besarle el cuello mientras le hablaba al oído.

—Quédate a mi lado, Belén. No sabes cuánto he pensado en ti estas semanas. No sabes cuánto te he echado de menos.

—No estoy segura... No confío en ti.

—Te prometo que no permitiré que nada vuelva a separarnos. Y no incumplo mis promesas ni prometo lo que no voy a poder cumplir.

—Eso dijiste también de ella, y volviste.

—No volví. Me vi obligado a hacerlo hasta que pudiera demostrar que ella no era apta para cuidar de nuestro hijo.

Con mucha delicadeza, le giré la cara y ella se volvió hacia mí. Me pegué a su cuerpo sin apartar las manos de su rostro y la besé.

No fue un beso hambriento ni desesperado. Fue un beso dulce. Un beso de amor. Uno con el que quería demostrarle que no le estaba mintiendo.

Pero mi cuerpo no entendía de prudencia, ni de duelos, ni de tiempos.

Al tenerla tan cerca, mi miembro, que iba por libre, se puso duro como una roca.

Capítulo 27



Belén

Joder, me perdí tanto en ese beso que hasta me olvidé de que el niño estaba en casa. Su voz me sacó de aquella ensoñación.

—¡Bien! Es lo que le pedí anoche a la estrella fugaz —dijo, y quise que me tragara la tierra.

—Alejandro, esto no significa que tu padre y yo...

—Lo sé. Tenéis mucho que hablar y que aclarar, pero ese beso significa que los dos os seguís queriendo, y eso es el principio.

Agaché la cabeza, muerta de vergüenza. Me daba vértigo que el niño hubiera deducido tantas cosas con un solo beso mientras nosotros seguíamos enfangados en todo lo demás.

Alberto soltó una carcajada al ver mi cara de desconcierto, mientras el niño nos miraba sonriente.

—Así te quiero ver siempre, papá, con esa sonrisa en los labios que te sale cuando tienes a Belén cerca.

—Pues, si quieres que Belén siga aquí con nosotros, ayúdame a conseguirlo.

Alberto le hizo un gesto a su hijo y ambos se lanzaron hacia mí, empezando a hacerme cosquillas por todo el cuerpo.

Era algo que no soportaba, porque tenía cosquillas hasta en el cielo de la boca, y habían dado con todas y cada una de ellas.

—¿Vas a darme otra oportunidad? —me preguntaba Alberto.

—Venga, Belén, di que sí o seguiremos haciéndote cosquillas —dijo Alejandro entre risas.

—Sí, sí, pero dejadme ya.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Os lo juro por mi vida.

Me soltaron, pero todavía me faltaba el aliento. Estaba sentada en el suelo, con los pelos revueltos y los labios pintados con una sonrisa.

—Hasta con esos pelos estás bonita —me dijo Alberto, que se había sentado a mi lado.

—Sí, preciosa tengo que estar, vamos.

—No lo dudes. La más bonita de toda la ciudad.

—Me parece que la primera parada la vas a tener que hacer en el oftalmólogo. Menos mal que tienes enchufe al trabajar en el hospital.

—Hablando de oftalmólogo, papá. Fernando me ha dicho que me tienes que llevar a que me revisen la vista, porque no veo bien de lejos.

Vi cómo su padre torcía la boca al escuchar el nombre de mi amigo, pero me dio exactamente igual, porque mi amistad con Fernando seguiría siendo la misma.

—No me mires así, que ya me quedó claro.

—Por si acaso.

Nos levantamos y nos sentamos a desayunar. En ello estábamos cuando Alberto recibió una llamada de un número que no conocía y se levantó para ir a la terraza a hablar.

Tardó unos diez minutos en volver, y cuando lo hizo estaba nervioso, como si le hubieran dicho algo que no le gustaba.

—¿Era algo importante?

—Sí. Era el abogado de Sabrina. Mañana a las diez se abre el testamento.

—¿Quieres que te acompañe? Mi madre puede quedarse con Alejandro.

—No sabes lo que eso significa para mí. Por supuesto que quiero que vengas conmigo.

Al día siguiente no era festivo para todo el mundo, pero sí en la comunidad educativa, y por eso el abogado trabajaba y yo no.

Pasamos el día en casa, como si fuéramos una familia. A media tarde, vinieron nuestros amigos y se quedaron a cenar.

Al final no fue necesario que mi madre se quedara con el niño, porque ni Laura ni Diana trabajaban. Ellas se harían cargo de Alejandro, ya que dormirían en casa de sus chicos y vendrían a primera hora.

Me marché a mi casa, pues necesitaba darme una ducha y cambiarme de ropa, aunque no os voy a decir que no me costara trabajo, porque me costó mucho.

—Quiero que te vengas a vivir con nosotros, Belén.

—No empecemos la casa por el tejado, Alberto. Vayamos poco a poco. Podemos empezar por quedarme los fines de semana y ver cómo es la convivencia...

—Está bien, pero te echaré de menos a diario.

—Me marchó. Vuelvo mañana a primera hora.

—Vale, pero prepara una maleta con ropa para dejarla aquí. Todavía queda algo de ropa de Sabrina, pero no creo que quieras utilizar nada suyo.

—Siendo sincera, no lo sé. Tampoco es que me pudiera permitir muchas de sus prendas, porque no van con mi estilo, pero...

—Entonces, quédate. Sin hacer nada, solo dormir abrazados. Y mañana ves qué te puede servir de lo que hay en el armario de la habitación de invitados.

—No. Esta noche no. Prefiero irme a casa, pero te prometo que mañana sí me quedará a dormir. Me traeré ropa para ir al trabajo.

Me despedí de él con un beso en la puerta de su casa y me fui a la mía.

No dormí mucho, porque pensar en lo que podría haber dejado esa mujer en el testamento me ponía nerviosa. Era capaz de cualquier cosa, hasta después de muerta.

Me levanté temprano, me di una ducha y me vestí con un pantalón de punto ancho, unos botines y una camisa blanca. Cogí el abrigo y el bolso, y me dispuse a salir para llegar a casa de Alberto lo antes posible.

—¿No vas a desayunar?

—No, ya lo haré con Alberto cuando salgamos del abogado. Si me tomo algo ahora, aunque solo sea un sorbo de agua, te prometo que echaría hasta la primera papilla que me diste.

—Tranquilizaos, por favor. Sea lo que sea, no vais a adelantar nada con los nervios.

—Lo sé, pero es inevitable pensar en lo que puede haber dejado por escrito.

—Entiendo que hay algo mucho más gordo detrás, que no es solo que no le haya dejado el dinero a su hijo.

—Mucho, no lo sabes tú bien, pero ahora no te puedo contar nada.

—Veo que te llevas ropa, y eso significa que no vendrás a dormir. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Tenemos mucho que hablar y que arreglar después del testamento, mamá.

—Y hacéis bien. Yo estaré aquí, en casa, por si necesitáis algo.

Le di un beso a mi madre en la mejilla y salí hacia casa de Alberto, que ya me estaba esperando junto a Laura y Diana.

—Chicas, os llamamos en cuanto sepamos algo.

—Sí, por favor. Y no os pongáis nerviosos, ¿de acuerdo?

—Lo intentaremos.

Alejandro se acercó a nosotros y nos dio un beso a cada uno. Después, le dedicó unas palabras a su padre.

—Papá, me da igual si sus propiedades se las ha dejado a otra persona. Lo único que quiero es estar con vosotros dos.

—Lo sé, campeón, y haré todo lo posible para que eso sea así.

En cuanto salimos de allí, no pude reprimir el deseo de preguntarle por qué el niño había dicho eso.

—Anoche me escuchó hablar con Juanjo.

—¿Se lo has contado?

—No todo. Solo le he dicho que su madre me contó que tenía dudas de que yo fuera su padre biológico, pero que para mí eso no significaba nada, porque seguía siendo mi hijo.

—Joder, el pobre niño va de una en otra.

—Ni que lo digas. Y todo provocado por la misma persona.

Salimos y nos montamos en su coche, pues la notaría estaba lejos de donde vivíamos.

Al parecer, en cuanto llegó a la ciudad, Sabrina depositó una copia de su testamento en una notaría de la zona y avisó a su abogado de que, si le pasaba algo, llamaran a Alberto.

—Es como si ella presintiera que le iba a suceder algo malo.

—Eso mismo pienso yo. Y eso me hace plantearme si el accidente fue realmente un accidente o si ella lo provocó.

—¿Me estás queriendo decir que se suicidó?

—No puedo decirlo con seguridad, pero no consigo quitarme esa idea de la cabeza.

—Me estás asustando, porque no sabemos lo que había detrás ni cómo lo habrá gestionado ahora.

Alberto aparcó cerca del edificio donde lo habían citado, pero, como era temprano, decidimos entrar a tomar algo que nos asentara el estómago. Con los nervios que teníamos, no éramos capaces de dar dos pasos coordinados.

Nos pedimos dos infusiones y algo dulce para comer, y esperamos hasta que llegó la hora de subir.

Nos lo tomamos en completo silencio, pero con la mirada fija el uno en el otro, como si no termináramos de creernos que estuviéramos allí los dos, juntos de nuevo.

—Buenos días, nos habían citado para la lectura del testamento de Sabrina Castro.

—Un momento, por favor. Termino de enviar esto y enseguida aviso al notario.

—Gracias, no tenemos prisa.

La chica de recepción nos dio paso a una de las salas de espera, donde aguardamos hasta que el notario vino a buscarnos para llevarnos a su despacho.

—Pasen por aquí, por favor —nos dijo.

—Gracias.

—Buenos días. Estamos aquí para proceder a la apertura y lectura del testamento de doña Sabrina Castro. ¿Están conformes?

—Sí, estoy de acuerdo. Yo soy el único al que han citado. Ella es mi pareja y me gustaría que estuviera presente, si no hay ningún inconveniente.

Capítulo 28



Alberto

El notario nos dio paso y no puso ningún inconveniente en que Belén estuviera allí, acompañándome y dándome su apoyo.

—Bien, si estamos todos de acuerdo, procederé a la lectura del testamento.

No podía negar que estaba nervioso. Me temblaban hasta las pestañas.

Empezó leyendo las cláusulas legales que le daban potestad para hacerlo, para abrir el testamento y comunicarlo a las personas que Sabrina había indicado.

—«Yo, Sabrina Castro, en pleno uso de mis facultades, lego todos mis bienes a mi hijo, Alejandro Montero Castro. Mientras sea menor de edad, nombro como albacea de sus bienes a don Alberto Montero. Y, para que conste y surta efecto...»

No había nada extraño, al menos hasta el momento, y eso me hizo respirar. Soltar el aire que ni siquiera sabía que tenía contenido.

Belén, que lucía una sonrisa en los labios, apretó mi mano, cuyos dedos seguían entrelazados con los míos.

—También le ha dejado esta carta, señor Montero. Supongo que contendrá las especificaciones para la administración de la herencia, que consiste en una cuenta bancaria con un saldo positivo de ochocientos noventa mil euros, un coche y una casa en esta localidad.

—¿Sabrina compró una casa aquí? No tenía ni la más remota idea.

—Sí. De reciente construcción. Es más, las llaves están aquí, porque las depositó el encargado de la inmobiliaria el día antes del accidente.

El notario me entregó la documentación que lo confirmaba todo: las claves de la cuenta bancaria, cuya titularidad ya se había modificado, las llaves de la casa y la carta que Sabrina me había dejado.

Firmé todo, pero, cuando estaba a punto de salir, el notario dijo algo que me dejó helado.

—Señor Montero, tengo aquí otra notificación para usted. Se le cita para la apertura de otro testamento, en calidad de tutor de don Alejandro Montero.

—¿Perdón? ¿Me lo puede explicar, por favor? Porque no entiendo nada.

—Sí. Mañana se procederá a la lectura del testamento de don Alejo Santos, y usted está citado en calidad de tutor legal del niño.

Os prometo que me temblaron las piernas.

Lo que menos esperaba era que Alejo hubiera incluido a Alejandro en su testamento, y aquello no me gustó un pelo.

—Está bien. ¿Me puede decir la hora, por favor? Por si necesito ajustar mis turnos o algo.

En realidad, tenía dos días más libres, pero quería saber si tendría que dejar a Alejandro con alguien, porque Belén venía conmigo sí o sí.

—Según tengo aquí anotado, será mañana a las cinco y media de la tarde, ya que el resto de las personas citadas vienen de fuera.

—Perfecto, gracias.

Salimos de allí y no sabía cómo sentirme. Por un lado, estaba tranquilo porque Sabrina no había hecho una de las suyas, pero, por otro, el nerviosismo continuaba, porque no sabía qué me iba a encontrar al día siguiente, cuando se abriera el testamento de ese hombre.

—¿Te parece si nos sentamos en esa cafetería y lees la carta con tranquilidad?

—Pensaba leerla en mi casa, pero quizá sea mejor hacerlo aquí. Allí Alejandro podría darse cuenta de si pone algo que no me gusta.

—En eso mismo he pensado. No sabes lo que ha dejado escrito.

Cruzamos la calle y nos sentamos en el interior de la cafetería, porque empezaba a llover.

—Dos desayunos completos, por favor —le dijo Belén al camarero.

—Me da miedo abrir el sobre.

—Lo sé, pero, si no lo haces, nunca sabrás lo que ella pensaba.

La miré a los ojos y no pude evitar darle un beso en los labios como agradecimiento por su apoyo.

Abrí el sobre y me encontré con un folio escrito por ambas caras. Algo me dijo que Sabrina había abierto su corazón en aquellas palabras.

«Mi querido Alberto:

Si estás leyendo estas líneas, es porque todo ha salido como yo pensaba. O, al menos, como necesitaba que saliera.

En primer lugar, quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Sobre todo, por Alejandro.

Si volví a tu lado fue por egoísmo. No voy a negarlo. En cuanto me enteré de que tenías un nuevo amor, me arrepentí de haberme marchado.

No porque siguiera enamorada de ti, ya que no era así, sino porque no soportaba que otra mujer ocupara mi lugar. Ni como esposa ni como madre, aunque nunca supe ser ninguna de las dos cosas como debía.

Pídele perdón a Alejandro de mi parte.

No supe ser madre. No me salió ese instinto. Llegué a tener celos del cariño que tú le dabas, sobre todo sabiendo que no eras su padre biológico.

Lo supe desde el principio, aunque no lo confirmé hasta antes de marcharme a Berlín.

Cuando Alejo se enteró y me dejó fuera de todo, lo vi claro. Tenía que proteger al niño de la única manera que se me ocurrió.

Los dos teníamos una fuerte adicción a las drogas, y todo empeoró durante los meses que estuvimos en Berlín.

Cuando Alejo se arrepintió de haber rechazado al niño y vino a buscarme, lo planeé todo. Le hice creer que conseguiría llevarme a nuestro hijo lejos, con él, pero esa nunca fue mi intención.

Por eso rompí vuestros planes una y otra vez. Cada vez que él venía a buscarme, quería subir a ver al niño, y yo no podía permitirlo.

Aunque no lo creas, yo quería a mi hijo. A mi manera. Tarde, mal y quizá de una forma que no sirve de nada, pero lo quería. Y no quise hacerle más daño, aunque me diera cuenta demasiado tarde.

Nuestra adicción me iba a servir para terminar con todo. Con mi vida y, si todo salía como esperaba, también con la de Alejo.

Si no ha sido así, te pido que luches por la custodia de Alejandro. No permitas que se acerque a él.

Eres lo mejor que le ha podido pasar a mi hijo. Sé que lo quieres como si fuera tuyo, porque tuyo es. No por la sangre, sino por el corazón.

Con respecto a ti, busca a esa chica. Convéncela de que vuelva contigo, porque te mereces toda la felicidad del mundo.

Dile que quiera al niño como la madre que necesita. Como yo no supe quererlo. Tengo claro que ella sí podrá, y que a mi hijo le hará bien tenerla cerca.

No tengo nada más que decirte.

Solo que seas feliz.

Y que no dejes al niño, por lo que más quieras.

Te pido perdón a ti. Y a mi hijo, aunque sé que quizá no lo merezco.

Espero que algún día sepas contarle la verdad sin que le duela demasiado.

Sabrina Castro.»

En este punto, tanto Belén como yo, llorábamos a moco tendido, porque jamás me hubiera imaginado que Sabrina protegiera al niño de esa manera.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Defender los derechos del niño, eso por descontado.

—Bueno, tienes la tranquilidad de que su padre no lo va a reclamar.

—Su padre no, pero no sabemos si lo hará su familia.

Por primera vez me había atrevido a decir eso en voz alta, que era lo que me atormentaba, realmente.

—No pienses en eso, no creo que te quieran quitar al niño, otra cosa es que quieran tener contacto con él...

—Y no me pienso negar a eso, siempre y cuando la custodia y la patria potestad sea mía.

—Creo que deberías acudir a esa apertura de testamento con un abogado, y poner los términos de esa relación por escrito desde el primer momento.

—Sí, y por eso, ahora, voy a ir a llamar al mío, al que tenía en Madrid, para que me aconseje uno aquí, en Málaga.

—No te podría decir ninguno, por suerte, no lo he necesitado nunca, la verdad.

Saqué mi móvil y marqué su número, contestándome a la llamada a los pocos tonos.

Le conté todo lo que me había pasado, y la ayuda que necesitaba, y no dudó en decirme que cogía un tren y nos veríamos en cuanto llegara, que sería después de comer.

—¿Qué te ha dicho?

—Que es algo muy delicado para hablarlo por teléfono, que coge el tren y se viene para asesorarme.

—Supongo que el billete te lo incluirá en la minuta.

—Su minuta es tan alta que, créeme, ya está incluida hasta la pensión completa.

Pusimos rumbo a casa, pues ahora nos tocaba lidiar con Alejandro y contarle todo lo que había hecho y dicho su madre.

Sobre todo, haría hincapié en el perdón que le había pedido ella. No quería que le guardara rencor, no me parecía justo, porque, a pesar de todo, ella había demostrado que lo quería y que había hecho mucho por protegerlo.

Esperaba poder dejar todo ese episodio atrás muy pronto, pero algo en mi interior me decía que me costaría un poquito, porque no me lo iban a poner fácil.

Metí la llave de la cerradura de mi casa, pero, antes de girarla, respiré hondo, siendo consciente de a lo que me tendría que enfrentar.

Capítulo 29



Alberto

Nos habíamos enfrentado al hecho de tener que contarle al niño qué sucedía, especialmente decirle que la figura que él creía que era su padre biológico no lo era como tal.

Por suerte, contaba con el apoyo de mi chica, que no me dejó en ningún momento, y de mis amigos, mis hermanos, esos que estuvieron a mi lado en las situaciones buenas, pero también en las malas.

—Papá, ¿eso significa que tendré que irme con la familia de ese hombre? —me preguntó el niño, asustado.

—No sé si pedirán tener contacto contigo, pero tu madre dejó por escrito que quería que la custodia la tuviera yo, y supongo que eso tendrá peso ante un juzgado.

—Todo eso se verá mañana en la notaría, y esta tarde, cuando venga el abogado, no adelantemos acontecimientos —le respondió Belén.

—Prometedme que no lo vais a permitir. Prometedme que nadie me arrancará de vuestro lado.

—No puedo prometerte eso, mi vida. Lo que sí puedo hacer es darte mi palabra de que lucharé para que eso nunca suceda.

Me dolía en el alma que mi hijo todavía tuviera que sufrir más, y daría mi vida si hiciera falta para evitarlo.

A las cinco de la tarde ya estaban llamando a mi puerta. Era Alfonso, mi abogado de Madrid, al que le había pasado la ubicación de mi casa para que viniera en cuanto llegara.

—Buenas tardes. He venido tal y como me he bajado del tren, no he pasado ni por el hotel.

—Pasa, y gracias por haber venido, Alfonso.

—Tenía que hacerlo. Sé lo que este niño significa para ti.

—Buenas tardes —dijo Belén, que salía de la habitación de Alejandro.

—¿Cómo sigue?

—Ahora, más tranquilo, pero se ha hartado de llorar. Sería bueno tener preparado un informe psicológico de cómo le ha afectado todo esto. Si quieres, puedo hacerlo yo, junto a otro del instituto, que haría Fernando.

—Sí, me parece una buena idea —dijo mi abogado.

—Perdona, Alfonso. Ella es Belén, mi pareja y profesora de mi hijo. Él es Alfonso, mi abogado.

—Lo he supuesto en cuanto lo he visto. Encantada.

Se saludaron con un par de besos y nos pusimos manos a la obra. Mientras nosotros revisábamos todo, Belén llamó a su amigo Fernando y lo instó a que viniera también a mi casa.

—¿Estás segura de que ese hombre no me va a tirar por la ventana? —Escuché que le preguntaba.

Le quité el teléfono de las manos para contestarle yo.

—Puedes venir, no te preocupes, que mi casa no tiene ventanas. En todo caso, te podría tirar desde la terraza, pero no me interesa.

—La madre que te parió, Albertito. Está bien, me visto y en media hora estoy en tu casa.

—¡Que sean quince, mejor! —gritó Belén desde el otro lado de la habitación.

—Está bien, pero, si llego con la lengua fuera como los dibujos animados, tú serás la culpable.

A pesar de todo lo que tenía encima, Fernando me arrancó una carcajada de lo más hondo del alma.

Cuando Fernando llegó, lo hizo un tanto tímido, pero la timidez se le terminó en cuanto conoció a Alfonso, mi abogado, que no tardó nada en reírse con él.

Dejamos todo preparado porque al día siguiente teníamos que acudir a la notaría.

Mi hijo grabó una declaración en vídeo en la que decía que no se negaba a tener relación con la familia de su padre biológico, pero siempre que yo estuviera delante y que nadie intentara separarlo de mí.

Lo hizo sabiendo que lo grabábamos y porque él mismo quiso dejar claro lo que sentía.

Y llegó el momento de ponerme frente a frente con la familia del padre biológico de mi hijo.

Alejandro se quedó con Marga, que no dudó en llevárselo con ella, junto a Marcelo, que se había vuelto inseparable de mi hijo.

Alfonso, mi abogado, también me acompañaba, al igual que Belén, a la que llevaba cogida de la mano. Una mano que me apretaba cada vez que notaba que yo estaba más nervioso de lo normal.

Al entrar en la notaría, la misma chica que nos había atendido el día anterior nos llevó hasta otra sala, en la que había un matrimonio mayor y una pareja mucho más joven. Supuse que serían la familia de Alejo Santos.

—Buenas tardes —dijimos los tres al entrar.

—Buenas tardes —nos respondieron, pero de una manera muy seca.

Nos sentamos en una esquina, bastante lejos de ellos, que nos miraban y cuchicheaban.

—No soporto a la gente que se cree en posesión de la verdad absoluta —comentó Belén.

—Ni yo. Es superior a mis fuerzas —contestó Alfonso.

Yo preferí no manifestar mi opinión, porque, si lo hacía, iban a sonar las trompetas del apocalipsis.

Minutos después, el notario nos hizo pasar a un despacho que parecía una sala de juntas, para que cupiéramos todos.

—Disculpe, señor notario. ¿Nos puede explicar quiénes son estas personas y qué hacen aquí? —dijo el hombre más joven.

—Él es Alberto Montero y su pareja, que vienen en representación de Alejandro Montero. En cuanto al otro hombre...

—Soy Alfonso Melara, abogado del señor Montero y estoy aquí para garantizar los derechos del niño —le aclaró mi abogado.

Puso mala cara, pero se mantuvo en silencio, esperando a que el notario aclarara quién era mi hijo y por qué teníamos que estar allí.

—Bueno, como bien saben, estamos aquí para proceder a la lectura del testamento del señor Alejo Santos, que depositó en esta notaría sus últimas voluntades. Según la ley...

El notario soltó la misma retahíla que nos había soltado la mañana anterior, necesaria para hacer valer lo que había en aquel sobre lacrado.

Empezó a explicar lo que Alejo Santos había dejado escrito. Nombraba a su hermano, Pablo Santos, como principal beneficiario de todos sus bienes, en especial de la empresa farmacéutica.

Continuó nombrando a su hermana Cloe, a la que le legaba su casa de Madrid, así como todo lo que había en su interior.

Y entonces le llegó el turno a mi hijo.

Un nerviosismo brutal se apoderó de mí. No por lo que pudiera haberle dejado, que me daba exactamente igual.

Es más, si me decían que renunciar a la herencia era la única forma de que mi hijo se quedara conmigo, habría firmado en ese mismo instante, incluso sin saber de qué cantidad hablábamos.

—Y estas son las últimas palabras que dejó don Alejo Santos, y que me pidió que leyera en voz alta delante de todos. Les ruego, por favor, que no me interrumpan hasta que termine.

«Querida familia:

Si estáis aquí, es porque mis adicciones acabaron conmigo.

No culpéis a nadie, porque nadie más que yo tiene la culpa. Yo solito me metí en esto y no he encontrado salida.

Pero no es eso lo que quería deciros.

Espero que no os lo toméis a mal, porque ni yo mismo lo sabía hasta hace poco.

Supongo que ahí estará Alberto Montero, la persona que ha cuidado de mi hijo Alejandro durante estos doce años y a la que él considera su padre.

Por eso, y aunque no lo tengo reconocido legalmente, quiero dejarle a Alejandro el dinero que hay en mis cuentas para que pueda hacerse un hombre de provecho y estudiar en las mejores universidades.

A ti, Alberto, tengo que darte las gracias por lo bien que lo has hecho con él. Creo que ni yo mismo lo habría hecho mejor.

No lo soltaste de la mano ni siquiera después de saber que no eras su padre biológico. Me habría gustado conocerlo, pero el destino no me ha dejado.

Y eso es todo. Seguid adelante sin mí, que yo estaré bien en el otro mundo.

Os quiero.

Alejo Santos.»

—¿Alguien me puede explicar qué coño significa todo esto? —dijo el padre de Alejo, bastante enfadado.

—Yo mismo se lo explico —le contesté.

Empecé a relatar todo lo que me había contado Sabrina: que se enamoró de Alejo, que estuvieron juntos y que, como no sabía si el hijo era suyo o mío, prefirió no hacer la prueba y registrarlo con mi apellido.

Les aclaré que yo me había enterado poco antes del accidente, que su relación había sido de idas y venidas y que, para mí, Alejandro seguía siendo mi hijo, aunque no lo fuera biológicamente.

—Claro, no vas a querer quedarte con él, con la millonada que ha heredado —me dijo su madre, con aire de superioridad.

—Señora, ese dinero me da exactamente igual. Si por mí fuera, renunciaría a cada céntimo con tal de que mi hijo siguiera a mi lado, pero sé que esa herencia no es mía: es de Alejandro.

—No se va a quedar con mi nieto. No cuando sus abuelos y sus tíos pueden hacerse cargo de él y gestionar todo su patrimonio.

—Lo siento, pero su madre dejó por escrito que quería que la custodia fuera para mí. Y Alejandro también ha dicho que no se niega a tener contacto con ustedes, pero siempre en mi presencia.

—Mamá, quizá eso sea lo mejor. El señor Montero firma la renuncia de la herencia y aquí se termina todo —dijo el hermano.

—Vosotros ya no tenéis edad para andar cuidando de un niño, y nosotros estamos muy ocupados con el trabajo —añadió su hermana.

—Disculpen —intervino el notario—, pero el señor Santos dejó algo escrito muy claro al respecto. Si me escuchan, por favor.

El notario siguió leyendo un anexo del testamento, en el que se especificaba que debía respetarse la voluntad del niño y que, en ningún caso, el hecho de que Alejandro quisiera seguir conmigo sería motivo para renunciar a la herencia.

—Está bien, pero eso tendrá que decidirlo un juez. Que diga si el niño está capacitado para decidir.

—Señora, ahora hablo en calidad de abogado del menor —intervino Alfonso—. Aquí tengo una declaración grabada en la que Alejandro expresa su deseo de permanecer junto al hombre al que reconoce como su padre.

—¿Podemos verla? —preguntó el notario.

—Por supuesto. Aquí está.

Alfonso le ofreció su teléfono al notario, que dio fe de que el testimonio del niño parecía claro, voluntario y sin coacción.

—Pueden llegar a juicio. No seré yo quien les diga que no lo hagan —nos explicó el notario—, pero creo que todo esto podría resolverse mejor y más rápido de manera privada, con acuerdos entre las dos partes.

—Vuelvo a repetir, y lo firmo ahora mismo si hace falta, que si el motivo por el que queréis que el niño permanezca con vosotros es el dinero de la herencia, aun sin saber de la cantidad de la que estamos hablando, renuncio en nombre de mi hijo.

—Señor Montero, me voy a meter en una cosa que no me importa, pero, quizás, el día de mañana, su hijo se lo podría reprochar —sentenció el notario.

—Se nota que no conoce a Alejandro. Es el niño menos materialista que conozco, él tan solo necesita el cariño de su padre, todo lo demás, le sobra —afirmó Belén.

—Creo que deberíamos hablarlo en privado, con nuestros abogados y con el niño delante, además de un perito forense que determine si está coaccionado o no y qué sería mejor para él —dijo el padre de Alejo.

—Estoy completamente de acuerdo con usted.

—Bueno, en ese caso, aplazaremos la firma de las escrituras de la herencia hasta la semana que viene —dijo el notario—. Mientras tanto, las cosas seguirán tal y como están, a excepción de la empresa, cuyas riendas asumirá usted, pues supongo que con eso no hay discusión.

—Y con todo lo demás tampoco. Excepto con el dinero, cuyas cuentas se encuentran bloqueadas, así que no hay problema en que nadie pueda sacar ni un solo céntimo de ellas —continuó Cloe.

Acordamos que se firmaría todo menos la parte correspondiente al niño. Como había que hacer escrituras de partición de la herencia y todo iba por separado, no hubo ningún problema.

Capítulo 30



Belén

Salimos de allí con la cita del perito para el día siguiente a las nueve de la mañana.

Sería entonces cuando Alejandro conocería a sus abuelos y a sus tíos, ya que no se quedarían en Málaga mucho más tiempo y teníamos que dejarlo todo lo más encauzado posible.

Ahora tocaba contárselo todo al niño para que estuviera tranquilo. Según nos dijo Alfonso, que se quedaría en casa de Alberto durante todo el tiempo que estuviera en la ciudad, teníamos mucho a nuestro favor.

—El arraigo del niño es primordial. Eso será lo primero que valorará el perito, y está muy claro dónde están sus raíces.

—Dios lo quiera y escuche sus plegarias —le contesté, muy dramática, sí.

—Hija, te ha salido como si el niño fuera un beato de los que van a misa día sí y día también, y no quiso ni hacer la comunión —dijo Alberto, y todos soltamos una carcajada.

—No, venga, ahora en serio. Ese es el mayor deseo que tiene Alejandro: poder vivir tranquilamente con su padre. Porque, aunque no fuera él quien puso la semillita, lo ha criado y educado desde que nació.

—Exacto, y eso es lo que podemos demostrar —añadió Alfonso—. Quién lo llevó al médico, quién estuvo con él en sus primeros pasos, en sus primeros dientes... En definitiva, en todo.

—Además, también tenemos el informe de Fernando, como tutor, y el mío como psicóloga del centro educativo en el que estudia.

—Por cierto, ese compañero tuyo, Fernando...

—Por cierto, ese compañero tuyo, Fernando...

—No sigas, Alfonso, que lo hemos visto todos.

—¿Me lo dices en serio? Joder, y yo que pensaba que sabía disimular...

—Pues no juegues al póker, porque te vas a arruinar —le contesté, y soltó una carcajada.

Alfonso se mostró muy interesado en mi amigo, y no dudé en contestarle a todo lo que me preguntó. Incluso le dije que, si quería, podíamos quedar ese fin de semana para tomar algo.

—De verdad que me ha gustado muchísimo, tanto físicamente como por su manera de ser.

—Es un tipo espectacular, en todos los sentidos, y mi mejor amigo.

—Ya lo he visto, pero me da que entre vosotros hay una historia detrás. Y eso no significa que tenga que continuar.

—Por supuesto que no continúa —sentenció Alberto.

—Frena, macho alfa, que nadie está diciendo eso —dijo Alfonso.

—Has demostrado ser muy observador. Y sí, entre nosotros hubo algo, pero no llegó a nada, entre otras cosas porque confundimos la complicidad de una bonita amistad con el amor.

—Deduzco que os lo contáis todo...

—Absolutamente todo. Y, si me lo dices porque quieres saber qué me ha dicho de ti, lo siento, pero no hemos tenido ni tiempo ni oportunidad para hablar.

—Vaya por Dios. Me quedaba la esperanza de que te hubiera dicho que yo le gustaba.

—Eso sí, tienes el hándicap de vivir muy lejos, y Fernando no es de los que se conforman con una relación a distancia. Él necesita contacto físico a diario, sea del tipo que sea.

—Esa era otra de las cosas que quería comentarte, Alberto. Mi despacho va a abrir una sede aquí, en la Costa del Sol, porque tenemos muchos clientes en la zona, y me han propuesto que la dirija yo. Así que me vendré en breve.

—Eso me gusta mucho, porque, aparte de ser mi abogado, también eres un buen amigo. El que faltaba en el grupo.

Al parecer, Alfonso y los chicos se habían conocido en el instituto y formaban parte de la misma pandilla.

Cuando fueron a la universidad, hubo un distanciamiento, pero un reencuentro años después les había devuelto la amistad que habían tenido siempre, como si esos años no hubieran existido.

Llegamos a mi casa, donde mi madre estaba con Alejandro y con Marcelo, que se encontraban viendo una película en el salón, comiendo palomitas, como si estuvieran en el cine.

—Papá, ¿ya lo has solucionado todo? —preguntó en cuanto escuchó el sonido de la puerta.

—Hola, mi vida. No, no lo hemos solucionado todavía, pero no tardaremos mucho en hacerlo.

—¿Me quedará contigo? ¿Los que son mis abuelos han dicho que sí? Por favor, papá, dime que sí.

—No te puedo decir algo que no es cierto, hijo, te estaría mintiendo.

—Pero no te pongas triste, porque tampoco eso significa que te tengas que ir con ellos —le dije.

—¿Entonces? ¿Con quién me quedo? —preguntó el niño, completamente desconcertado.

—Verás, Alejandro...

Su padre le contó todo lo que había sucedido: lo que Alejo le había dejado, porque el niño se negaba a llamarlo papá o a referirse a él como su padre, y también la actitud de sus abuelos.

No le ocultó absolutamente nada, pues era primordial que Alejandro entendiera a qué tendría que enfrentarse al día siguiente y que debía hablar con seguridad, pero desde el corazón.

—No mientas, Alejandro, porque la persona que tendrás delante está preparada para detectar esas cosas, y puede ser perjudicial para nosotros —le dijo Alfonso.

—¿Tú estarás conmigo? ¿Me acompañarás? Porque entiendo que a mi padre no lo van a dejar pasar a esa sala.

—Sí, estaré contigo como tu abogado y para velar por tus intereses, pero también estarán los abogados de tus abuelos.

—¿Qué me quieres decir con eso, Alfonso?

—Que no tienes que ponerte nervioso, aunque te pregunten lo mismo veinte veces, porque debes tener claro que lo harán. De mil maneras distintas.

—Como cuando el profe Fernando nos pone el mismo problema, pero con diferentes cifras, Alejandro. Siempre tenemos que hacer las mismas operaciones. Pues tú igual: tienes que contestar lo mismo —le dijo Marcelo, que no se había separado de su amigo en ningún momento.

—Muy bien explicado, Marcelo —le dije, sonriente.

—Si es que, aunque no lo parezca, a veces pienso y todo —me contestó.

La carcajada que soltamos todos fue épica, y se tuvo que escuchar en todo el bloque, porque, además, nos pasamos un buen rato riendo.

Al final, entendimos que en eso consistía la familia: en conseguir que los momentos duros también nos unieran y en encontrar la manera de que las risas fueran nuestra banda sonora.

Llegó el momento de salir hacia el punto de encuentro familiar donde nos esperaba el perito.

Todos habían acordado que el primer encuentro se llevara a cabo allí, donde además había psicólogos por si Alejandro necesitaba apoyo.

—Buenos días —dijimos al llegar.

—Buenos días —nos respondieron ellos.

Alejandro no estaba ya con nosotros. Hasta que no lo valoraran los expertos y escucharan su opinión, sus abuelos y sus tíos no podrían acercarse a él.

Eso sí, lo veíamos a través de un cristal y escuchábamos todo lo que decía. Lo cierto es que, ahora que tenía al hermano de Alejo al lado, me di cuenta de que se parecían muchísimo.

A su padre biológico no lo conocía. No tuve el honor de verlo ni siquiera de lejos, pero Alejandro tenía muchos gestos de su tío.

—Se parece muchísimo a Pablo —dijo Alberto, en voz alta.

—Sí, pero se parece mucho más a su padre...

—Señora, su padre soy yo.

—Es cierto —respondió ella, bajando un poco la mirada—. Su padre eres tú. Tú eres quien le ha dado el ser que tiene y quien lo ha educado. Muy bien, además, por lo que puedo comprobar.

Y era cierto, porque Alejandro era uno de esos niños que daba gusto llevar a cualquier lugar: educado, tranquilo y siempre con una sonrisa.

Tardaron dos horas en tener una valoración inicial. Durante ese tiempo, Alejandro estuvo acompañado por un equipo de psicólogos y por los abogados de ambas partes.

—Ya pueden pasar —nos dijo el perito.

—Espero que todo haya ido bien y que el niño no haya sufrido más de lo que ya lo ha hecho —dije.

Entramos en la sala en la que, minutos antes, Alejandro había respondido a todas las preguntas.

—Según las respuestas que nos ha dado el niño, que ha demostrado tener una madurez increíble, dicho sea de paso, y teniendo en cuenta el arraigo que ha mostrado con su entorno actual, consideramos que su voluntad debe ser tenida muy en cuenta.

—¿Eso quiere decir que no podremos verlo? ¿Que no tendremos contacto con él? Nosotros no tenemos culpa de lo que hizo su madre ocultándolo todo —dijo el abuelo.

—Caballero, nadie ha dicho eso. Y yo, si el niño se queda conmigo, estaré dispuesto a propiciar ese acercamiento entre ustedes —le dijo Alberto, completamente convencido de lo que estaba diciendo.

—Exacto. Y, para saber lo que decide, será mejor que entre el niño y salgamos de dudas —dijo el perito.

Unos minutos después, se abrió la puerta y entró Alejandro, acompañado de los abogados y sonriente.

Se le veía de lo más relajado. Era como si todo lo que llevaba dentro lo hubiera soltado en aquella sala y ya no sintiera miedo.

—Hola, mi niño. ¿Te encuentras bien?

—Sí, Belén, muy bien, de hecho.

—Pues no sabes lo que me alegro, mi vida —le dijo su padre.

El abogado de la parte contraria le preguntó si ya había decidido con quién quería vivir, y no lo dudó.

—No tenía nada que decidir. Quiero vivir con mi padre, con el que ha estado a mi lado desde que nací, pero eso no quiere decir que no quiera tener contacto con la familia de Alejo.

—¿Estás seguro de esa decisión? —continuó el abogado.

—Completamente. Tanto de una cosa como de la otra.

—Pues, dicho esto, solo les queda ponerse de acuerdo en el régimen de visitas, aunque, según me ha comunicado Alejandro, quiere que sean con su padre o con Belén delante. ¿No es así, Alejandro? —preguntó el perito.

—Efectivamente. Me gustaría que, al menos hasta que nos conozcamos bien, estuviera mi familia delante.

—¿Te puedo dar un abrazo? —le preguntó la madre de Alejo.

—Claro, abuela. No nos conocemos de nada, pero espero que eso se solucione pronto.

El niño se abrazó a sus abuelos, que lo llenaron de besos. Después se acercó a su tío y a su tía, pero ellos se mostraron menos cariñosos. El niño lo notó y no dudó en decirlo.

—Si estáis así por el dinero que Alejo me ha dejado, no lo quiero. No me interesa nada material. Lo único que quiero es que me deis la oportunidad de conocerlos.

—No es eso. Lo que ocurre es que no termino de confiar en la palabra de tu madre, y espero que no te ofendas —le dijo Pablo.

—Yo tampoco lo haría. Era una mentirosa de manual. Y no, no me ofende.

—Respecto a eso, sí que existe una prueba de paternidad, que tengo yo en casa, en la que se indica que la coincidencia de ADN de Alejo con respecto a Alejandro es del noventa y nueve por ciento —le contestó Alberto.

—¿Tendrías algún inconveniente en enviarme una copia, por favor?

—Para nada. En cuanto llegue a casa, se la envío.

—Papá, no hace falta que le envíes nada. Si él no tiene interés en conocerme, que no lo haga. No quiero tener que seguir mendigando cariño a nadie —le dijo el niño, dejando a todos con la boca abierta.

—Y tienes toda la razón del mundo, cariño. Yo soy Cloe, tu tía, y espero tener la oportunidad de ganarme tu amor algún día.

—Hola, tía Cloe.

El niño se levantó y le dio un beso y un abrazo, que ella recibió de buen grado.

Con su manera de actuar, Alejandro les demostró a todos que no quería nada más que amor, pero que tampoco estaba dispuesto a insistir para que lo vieran o lo quisieran. Y aquello me rompió un poquito por dentro y me llenó de orgullo a la vez.

De allí nos fuimos todos a comer, menos Pablo, que dijo que salía en ese mismo momento hacia Madrid, pues tenía una reunión importante esa misma tarde.

Capítulo 31



Belén

Estuvimos todo el día juntos, y se sumaron todos los demás, incluidos mi madre y Fernando, que no dudó en aceptar la invitación y llegó en cuanto salió del trabajo.

Las miraditas entre el abogado y mi amigo eran constantes, y hasta el niño se dio cuenta. Como no podía ser de otra manera, no dudó en preguntarlo.

—¿Por qué os miráis tanto? ¿Es que estáis enamorados como mi padre y Belén? Porque os miráis igual que ellos.

—Alejandro, no seas indiscreto, hijo —le respondió Alberto.

—No, amigo, el niño ha tenido los redaños que ni él ni yo hemos tenido, ni nos hemos atrevido a decir —dijo Alfonso, sin apartar la mirada de mi amigo.

—Pues no diría yo que es amor, porque todavía no nos conocemos, pero que nos gustamos es algo obvio.

—Entonces, ¿qué hacéis perdiendo el tiempo de ese modo?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Desde luego, los mayores hacéis las cosas más difíciles de lo que son.

Todos soltamos una carcajada por la manera en que lo dijo y la cara que puso. Incluso su familia paterna no pudo reprimir la risa.

—Tienes toda la razón, vida mía. Con lo sencillo que es llamar a las cosas por su nombre y no dar tantos rodeos —le dijo su abuela.

A eso de las ocho de la tarde, nos despedimos. Quedaron en que vendrían un fin de semana al mes para pasarlo con el niño, e intentarían que coincidiera con que su padre no estuviera de guardia.

A pesar de todo, nos pareció una familia encantadora. Estuvieron muy pendientes del niño, pero no en lo económico, que su padre ya lo había dejado bien cubierto.

Nos fuimos a casa de Alberto, menos mi madre, que dijo que había quedado con alguien y que, si yo no volvía a dormir, ella se quedaría en casa de la persona con la que había quedado.

Pensé que sería Marisa, porque eran como si fueran siamesas, pero no. Me equivoqué de todas, todas, y nos enteramos de lo que estaba pasando gracias a Alejandro.

—Nana, ¿has quedado con Daniel?

—¿Quién coño es Daniel?

—Eso, suegra, ¿quién es ese hombre? —preguntó Alberto.

—¿Quién es ese hombre? Que me mira y me desnuda, una fiera inquieta, que me da mil vueltas y me hace temblar, pero me hace sentir mujer...

Mi madre se fue cantando la canción, mientras todos se reían y yo me quedaba mirándola como si estuviera viendo a un elefante bailar flamenco, asombrada e incrédula a partes iguales.

—Alejandro, ¿tú conoces a Daniel? —le pregunté.

—Claro que lo conozco, pero, si la nana no te ha dicho nada, no seré yo quien abra la boca.

—¿Ni siquiera me vas a contar dónde lo ha conocido?

—Eso sí. En el trabajo. Es el abuelo viudo de uno de los niños, que, además, también baja al parque y es muy simpático. Y no me preguntes más, que no te voy a decir nada.

—El niño tiene razón, amiga. Si quieres saber más, le preguntas a tu madre, que seguro que te lo cuenta, como tú se lo has contado a ella, por los cojones —me dijo Fernando.

—Oye, que yo no le he ocultado nunca nada.

—Sí, sí, con pelos y señales le cuentas tú las cosas.

—Con pelos y señales, no, pero sí lo más importante. Y ella me lo está ocultando.

—Ay, chica, no montes un drama de una tontería, por favor, te lo ruego.

Alberto me miró y soltó una carcajada que nos contagió a todos.

—Papá, ¿por qué no avisas a Marcelo y le preguntas a su padre si me puedo ir a su casa a dormir?

—¿Por qué quieres irte a dormir a su casa?

—Porque, viendo vuestras caras, creo que necesitáis una noche romántica, todos, y como la nana también se ha ido con su novio...

Volvimos a reír, pero su padre le dijo que no, que al día siguiente había clases y no se podría ir a la cama muy tarde.

Fernando se quedó a cenar con nosotros, mientras que nuestros amigos se marcharon cada uno a su casa.

Al final, las chicas pasaban más tiempo ahí que en sus casas, a las que iban solo cuando los chicos tenían guardia.

Ya sus padres los conocían, y estaban encantados con ellos. Si todo seguía así, tenía claro que terminarían mudándose definitivamente.

—Tenemos que ir a ver la casa que compró Sabrina, para ver qué hacemos con ella, si la alquilamos o nos mudamos allí —me dijo Alberto.

—Sí, porque todavía no la has visto. No sabes ni dónde está.

—Según he mirado en Google Maps, está cerca de aquí, a unas dos calles.

—Alberto, si vas a alquilar esta o la otra, te ruego que me tengas en cuenta, que todavía no he mirado nada y me mudo en quince días para montar el nuevo despacho —le dijo Alfonso.

—¿Tienes pensado mudarte a Málaga?

—Pues sí, porque me han ascendido a un nuevo despacho en la Costa del Sol y he decidido dejar el caos de Madrid.

La sonrisa de Fernando fue evidente. Le había gustado la idea.

Estábamos hablando de todo ello cuando su teléfono empezó a sonar, y alcancé a ver que era Fran.

Su cara cambió en un momento, pasando de la alegría al miedo. Era como si sintiera que lo estaba traicionando.

—Si me disculpáis, voy a atender la llamada —dijo, y salió a la terraza.

—Me cago en la leche, no lo va a dejar tranquilo en la vida —murmuré, pero Alfonso se enteró.

—¿Qué ocurre con ese hombre? ¿Es su pareja?

—Sí y no. Es algo complicado y no me corresponde a mí contarlo.

Escuchamos los gritos de mi amigo al teléfono, como si quisiera dar explicaciones, pero la otra persona no lo dejara hablar.

—Se acabó.

Me levanté de la silla en la que estaba sentada y salí a la terraza, donde me encontré a Fernando sentado en una de las hamacas, con el móvil entre las manos y llorando a mares.

—¿Se puede saber qué quería?

—Me ha visto hoy con Alfonso, mientras veníamos para acá, riendo, y me lo ha echado en cara de una manera muy fea.

—¿Y él se atreve a hacer algo así cuando no es capaz de dejar a su mujer?

—Eso mismo le he dicho yo. ¿Y sabes qué me ha contestado?

—Pues no sé, aunque una ligera idea puedo tener.

—Me ha dicho que cómo pretendo que deje a su mujer por alguien que se va con el primero que acaba de conocer, que eso no le da seguridad para hacerlo.

—Espero que le hayas contestado lo que se merece.

—Pues sí, le he dicho que no hace falta que la deje, porque no pienso estar con una persona que busca cualquier excusa para justificarse. Lo he bloqueado, y esta vez para siempre.

—Me parece perfecto, te mereces ser feliz. No te digo que Alfonso se vaya a convertir en el hombre de tu vida, pero sí que está muy interesado en ti.

—Me gusta ese hombre, Belén. Me hace sentir seguro, no sé si me explico...

—Mira, Fernando, no sé si te hago sentir seguro o no, si llegará a buen puerto o naufragaremos por el camino, pero quiero intentarlo contigo.

—Alfonso, siento lo que has escuchado...

—No, no lo sientas. Todos tenemos cadáveres en el armario, nunca mejor dicho. Lo que sí quiero que tengas claro es que soy persona de una sola pareja, no me va eso de compartir ni lo de las parejas abiertas.

—Yo tampoco, Precisamente eso, fue lo que me ha llevado a vivir esta situación.

—Entonces, si ambos estamos de acuerdo, creo que deberíamos conocernos un poquito más...

—Bueno, yo creo que sobro aquí. A decir verdad, me tendría que haber ido ya hace un poquito de tiempo, pero estaba todo tan interesante...

—Si quieres quedarte, quédate, pero pienso besar a tu amigo, contigo delante o no.

Alfonso se acercó a Fernando, se sentó a su lado y enmarcó su cara con las manos.

—¿Estás seguro de que quieres esto?

—Sí que lo estoy, más seguro que nunca en mi vida.

Y ese beso fue de lo más bonito que había visto en mi vida. Después de eso, me levanté y los dejé ahí, hablando de sus cosas, y me marché con Alberto.

—Veo que se han entendido bien.

—Demasiado bien, me parece a mí.

Empezamos a reír mientras recogíamos las cosas de la cena. No sabíamos si Fernando se quedaría a dormir aquí esta noche, o, por el contrario, sería Alfonso el que se marcharía con él a su casa.

Lo que teníamos claro era que no se iban a separar, no al menos hasta que Alfonso tuviera que volver a Madrid a recoger sus cosas, y aun así, lo dudaba, porque capaces eran de ir juntos.

Capítulo 32



Alberto

Ya habían pasado tres meses desde que firmé la custodia total de mi hijo, porque era como lo sentía.

Sus abuelos jamás me dijeron nada sobre cambiarle el apellido. Lo trataban como a un nieto, pero respetando los deseos del niño.

Lo llamaban todas las tardes por videollamada y habían comprado una casita en Málaga para cuando vinieran los fines de semana.

Habíamos visto la casa que Sabrina le había dejado a nuestro hijo. Era preciosa, pero estaba demasiado alejada de donde teníamos nuestra vida.

Por eso, mi hijo decidió que nos quedáramos en el ático, al menos de momento, y aquella casa se la alquilamos a Alfonso.

Hoy era el cumpleaños de Belén, y le habíamos preparado una fiesta sorpresa en casa de Alfonso, a la que acudiríamos todos, incluidos Aníbal y su familia.

Pero la sorpresa real no era esa fiesta, sino lo que yo guardaba en mi bolsillo desde hacía días y que esperaba que le pareciera lo adecuado.

En esos tres meses, Belén y yo nos habíamos ido a vivir juntos y conocimos a Daniel, pero no porque su madre nos lo presentara, sino por pura casualidad.

Había sucedido hacía tan solo unos días, cuando paseábamos por el centro comercial buscando el regalo de cumpleaños de Alejandro.

No sabíamos qué comprarle y decidimos regalarle un viaje: un crucero por el Mediterráneo, porque se moría de ganas por conocer Florencia y Roma.

Justo cuando salíamos de la agencia de viajes, nos topamos con ellos de frente.

—Buenos días, mamá... y compañía —le dijo Belén.

—Oh...

Marga no pudo decir una sola palabra más. Se quedó tan cortada que ni el aire le salía. Abría y cerraba la boca como un pez, pero sin decir absolutamente nada.

—Hola, supongo que tú eres Belén. Yo soy Daniel, la pareja de tu madre.

—Encantada, Daniel. Sí, yo soy Belén, y él es mi pareja, Alberto.

—Un placer, Alberto. Encantado.

—¿Os apetece ir a tomar algo? Belén y yo nos dirigíamos a la cervecería. Si queréis, sería un placer que nos acompañarais —les dije.

Marga me miró muy seria para, segundos después, soltar una carcajada. No tenía claro si era producto de los nervios o de qué, pero me quedó claro con lo que soltó a continuación.

—Ay, yerno de mi alma, qué solemne te has puesto. Por un momento he pensado que iban a sacar una alfombra roja para que llegáramos —me dijo, sin parar de reír.

—Me cago en la leche, mamá. Pensé que ibas a decir otra cosa.

Entre risas y bromas, llegamos a la cafetería para tomar algo y, al final, terminamos comiendo allí, ya que Alejandro me llamó por teléfono para decirme que comía con su amigo y sus padres.

Cuando regresamos a casa, el niño seguía con su amigo, pues no volverían hasta después de cenar, y yo aproveché esas horas en las que estaríamos solos para disfrutar de ella.

—Tenemos, al menos, cuatro horas para nosotros.

—De las que no pienso desaprovechar ni un solo segundo.

No me hizo falta más. La pegué contra la puerta y empecé a besarla. Primero, por el cuello, muy despacio, recreándome en cada beso.

Después le llegó el turno a su clavícula y al lóbulo de su oreja, escuchándola gemir por lo que aquello estaba provocando.

Todavía no había pasado por su boca. Quería dejarlo para el final, a modo de fuegos artificiales.

Mientras la besaba, mis manos acariciaban su entrepierna y masajearon sus nalgas.

Cuando noté que estaba a punto de llegar a su primer orgasmo, fue cuando la besé en la boca, convirtiendo el beso en una mezcla de deseo, urgencia y necesidad.

No os puedo decir cómo llegamos hasta nuestra cama, pero, cuando quise darme cuenta, ya estábamos los dos completamente desnudos y enredados entre nuestras sábanas.

Cada vez que hacía el amor con Belén era más intenso. Más nuestro. Me daba cuenta de que la quería un poquito más que la vez anterior.

No os voy a decir que todas las veces hacíamos el amor de aquella manera, porque sería mentira. Había ocasiones en las que la pasión nos pedía otra cosa: más impulso, más fuerza, menos calma. Y también era especial.

Pero aquel día no era una de esas veces.

Aquel día necesitábamos sentirnos de otra forma, con miradas cómplices, caricias lentas y silencios que decían mucho más que cualquier palabra.

No es que en las otras ocasiones no hubiera amor. Lo había. Siempre lo había.

Pero aquello era diferente.

Así estuvimos hasta que Aníbal me envió un mensaje para decirme que ya volvían, y lo leí todavía en la cama, con ella recostada sobre mi pecho.

Aníbal: *Amigo, ya vamos para tu casa. Llevamos pizza para cenar. Tenéis media hora para vestiros y recoger todo, porque supongo que habéis aprovechado el tiempo para dar rienda suelta a la pasión.*

Alberto: *Te debo una, y muy gorda. El próximo fin de semana nos quedamos nosotros con Marcelo. Ve buscando un hotelito para que lo pases con Celia y os toque disfrutar a vosotros.*

Le enseñé el mensaje a Belén, que soltó una carcajada al leerlo. Levantó la cabeza y me dejó un beso en los labios, antes de apartar las sábanas.

—Bueno, pues me parece que nos toca levantarnos, o nos cogerán de esta guisa.

—Sí, precisamente ahora, con lo a gusto que estoy.

—Venga, que nos da tiempo a darnos una ducha rapidita.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Si sigues remoloneando, pues va a ser que no.

Me levanté corriendo, la cogí en brazos y entré con ella en la ducha, mientras se partía de la risa.

No hace falta que os diga lo que sucedió en esa ducha, ¿verdad? Pues eso. Además, si estos llegan a venir cinco minutos antes, nos pillan en plena faena.

Bueno, y por fin había llegado el día del cumpleaños. Nos trasladamos hasta la casa de Alfonso y Fernando.

—No entiendo por qué tenían que hacer una barbacoa justo hoy, como si no hubiese más días en el año.

—Cariño, es mi cumpleaños y han querido hacerla para homenajearme.

—Por eso mismo, porque es tu cumpleaños, deberíamos pasarlo los dos a solas. En casita o en cualquier otro lugar en el que podamos pasarlo bien.

—No me seas neandertal, por favor. Tendremos luego toda la noche para eso.

Quise disimular para que no se diera cuenta de lo que teníamos preparado. A todos los efectos, solo estaríamos Alfonso, Fernando, Alejandro y nosotros dos, porque todos los demás habían puesto mil excusas para que pensara que no iban a ir.

En cuanto llegamos allí, al abrir la puerta, no vimos a nadie. Estaban escondidos en el jardín trasero y, cuando salimos a la zona de la barbacoa, aparecieron todos.

—¡Sorpresa! —gritaron, y ella se llevó las manos a la boca.

—¿De verdad pensabas que no pasaríamos este día contigo? —le preguntó Laura.

—Tendríamos que estar medio muertas, y creo que ni aun así te ibas a librar de nosotras en este día —añadió Diana.

—Estas puede que no estuvieran, pero yo, tu madre... ¿Cómo iba a faltar a esta celebración? Eres mi única hija y no podría olvidar este día en mi vida, porque fue el más bonito de todos —le respondió Marga.

Belén se fundió en un abrazo con ellos, con lágrimas en los ojos, pues no se esperaba nada de aquello.

Una vez que se separaron de ella, nos trasladamos a una de las mesas que ya estaban preparadas, donde había un picoteo, mientras Alfonso y Juanjo se encargaban de la carne.

—A mí me han echado de allí. Dicen que soy capaz de convertir unas chuletas en restos arqueológicos —dijo Fernando, y todos soltamos una carcajada.

—¿Cómo es eso, amigo? —le preguntó Camilo, al que también habían echado de allí.

—Negras como el tizón, carbonizadas, como la última vez que hice algo de comida.

—Eres capaz de quemar una olla de macarrones, que nos conocemos —le contestó Marga.

Después de comer, y antes de que llegara la hora de apagar las velas, le dieron sus regalos: pulseras, unas gafas de sol que quería, perfume y varias cosas más.

Sopló las velas y, al terminar, cuando se dio la vuelta, allí estaba yo, de rodillas ante ella y con el anillo en la mano.

—Espero que el deseo que hayas pedido sea este, o voy a hacer el ridículo a lo grande —le dije.

—No ha sido precisamente ese, pero tampoco me viene mal.

—Belén, hemos pasado por mucho, y es cierto que hace poco tiempo que nos conocemos, pero no necesito más para saber que eres la mujer de mi vida...

—Y que no lo sea, que te arranco la cabeza —dijo Marga, haciendo que todos soltaran una carcajada.

—Mamá, calla, que rompes la magia. Continúa, por favor.

—Bueno, a lo que iba. ¿Quieres hacerme el honor de ser mi esposa?

—Y tú, ¿quieres hacerme el honor de ser el padre de nuestro bebé?

Me quedé ojiplático, sin saber si moverme o no, porque no me esperaba aquello. Os lo prometo.

Al parecer, estaba embarazada de unas cinco semanas y se había enterado hacía dos días.

No había querido decirme nada hasta ese momento para que fuera una sorpresa más en el día de su cumpleaños.

Sin darme cuenta, las lágrimas empezaron a salir de mis ojos sin control. Pero no eran de tristeza, sino de alegría, porque era el mejor regalo que podía hacerme.

—¿Te ha sentado mal? —me preguntó Belén, algo temerosa.

—¿Estás de coña? Es lo mejor que me ha podido pasar en la vida, junto con Alejandro.

—Uf, por un momento me has asustado. Pensé que ibas a salir corriendo.

—Pues yo he pensado peor que tú. Creí que te iba a pedir una prueba de paternidad —dijo mi suegra, y todos soltamos una carcajada.

Alejandro, que estaba al otro lado de la mesa, agachó la cabeza, como si se sintiera avergonzado. O algo peor: desplazado.

—Alejandro, ¿te ocurre algo? ¿No estás feliz con la noticia de tener un hermano o una hermana? —le preguntó Belén, que lo había notado igual que yo.

—Sí que lo estoy, pero esto lo cambia todo...

—¿Qué cambia, mi vida?

—Pues que ese bebé será hijo vuestro. De los dos. Yo, en cambio, siento que no termino de ser de nadie...

—Eh, eso no se te ocurra pensarlo nunca más. Tú eres tan hijo nuestro como el que viene en camino y, en cuanto tu padre y yo nos casemos, llevarás también mi apellido, para que no te sientas desplazado.

—¿Eso significa que podré llamarte mamá?

—No tienes que esperar a que eso suceda para llamarme así. Si te sale de dentro, si es lo que deseas y tu padre está de acuerdo, puedes empezar a llamarme así cuando quieras.

El niño giró la cabeza hacia mí, y yo asentí. Tragó saliva, se levantó con lágrimas en los ojos y se lanzó a abrazar a Belén, que lo recibió con los brazos abiertos.

—Bebé, vamos a tener los mejores padres del mundo, te lo aseguro —le dijo, hablándole a la barriga.

—Y también tendrá al mejor hermano mayor del mundo.

—Gracias, mamá. Y a ti también, papá, por darme esa familia que tanto quería.

Joder, al final iba a quedar como el llorón de la familia, porque no podía frenar las lágrimas ante todo lo que estaba pasando.

Belén desveló que lo que había pedido al soplar las velas era que todo fuera bien y que la familia que estábamos formando siguiera tal y como estaba hasta ahora.

—Pues va a ser mejor, porque el niño no viene con un pan debajo del brazo, sino con una boda —dijo Laura, riendo.

—Cariño, una de dos: o nos casamos antes de que se me note el embarazo, o tendremos que esperar a que dé a luz.

Capítulo 33



Belén

No esperamos a que diera a luz, sino que decidimos casarnos dos meses después, en pleno verano, en uno de los hoteles con el jardín más bonito de toda la ciudad.

No teníamos muchos invitados. Seríamos unas cuarenta personas en total. Solo vendrían nuestros amigos más íntimos porque ni Alberto ni yo teníamos más familia que mi madre y los suyos.

Por supuesto, invitamos a los padres y a la hermana de Alejo, que se habían convertido ya en parte de nosotros.

Sus padres decidieron venirse a vivir a nuestra ciudad, a esa casa que habían adquirido y que contaba con una bonita piscina.

Cloe, por el contrario, seguía viviendo en Madrid, pero se escapaba junto a su chico, Juan Carlos, todos los fines de semana. Bueno, casi todos, que algunos se quedaban en la capital.

De Pablo no volvimos a saber nada. Ni siquiera sus padres hablaban de él. Seguía pensando que Alejandro no se merecía que su hermano le dejara todo ese dinero en herencia porque no llevaba sus apellidos, y eso fue motivo de discusión con su familia.

Hoy era el gran día, y estaba en la habitación del hotel que elegí para vestirme y en la que pasaríamos la noche de bodas, acompañada de mi madre y de su mejor amiga.

Estaban terminando de peinarme y maquillarme. Solo faltaba ponerme el vestido.

No quise que nadie lo viera, ni siquiera mi madre, pues decidí que sería una sorpresa para todos.

No era nada de lo que había dicho que quería para mi vestido. Se lo pinté a todas como uno de esos clásicos, de falda abultada y mangas de farolillo.

Cuando las estilistas terminaron conmigo y me levanté para abrir la funda del vestido, tanto mi madre como Marisa se quedaron con la boca abierta.

—Te prometo que esto era lo último que esperaba de tu vestido de novia —me dijo mi madre.

—No puede ser más ideal. Y, si algún día me caso, no dudes que te lo pediré prestado, porque me ha encantado —dijo Marisa, sin quitarse las manos de la boca.

—Si sobrevive a este día, te lo presto sin problemas.

—Eso es cierto. Primero tiene que sobrevivir, pero me da la impresión de que, en cuanto entréis en esta habitación como marido y mujer, no va a quedar de él ni los tirantes.

Os estaréis preguntando por qué Marisa dijo eso, y os lo voy a explicar ahora mismo.

Para mi boda había elegido un vestido de corte sirena, sin cola, y con una abertura en la pierna derecha que hacía que se viera al caminar.

Pero esa no era la cualidad más llamativa del vestido. Al verlo, parecía enteramente transparente, aunque no lo era, que tampoco tenía yo tanto descaro como para presentarme así.

Contaba con un forro de color piel y, en las partes estratégicas, como el pecho y las caderas, llevaba un encaje que formaba un dibujo a modo de tatuaje.

La parte superior tenía escote en V, que me hacía un pecho espectacular, y la espalda descubierta, sujeta a la parte delantera por dos pequeños tirantes.

Llevaba el pelo recogido en un moño informal, adornado con una pequeña diadema confeccionada con el mismo encaje del vestido.

Como joyas, solo llevaba unos pendientes largos en plata vieja y un brazalete que me regaló mi madre, el mismo que llevó ella cuando se casó con mi padre.

Mi ramo estaba formado por calas de tallo largo, unidas por un lazo de tul.

Todo era sencillo, incluso el maquillaje, ya que yo no era muy dada a maquillarme demasiado. Cuando me hicieron la prueba, fue lo primero que pedí: que no me maquillaran mucho, porque no quería parecer disfrazada.

En ese momento entró Fernando en la habitación, pues él era la persona que me llevaría al altar, donde me estaría esperando Alberto con mi madre, que ya se había marchado para ir a buscarlo.

—No se puede estar más bonita y sexi al mismo tiempo.

—¿Crees que le gustaré a Alberto?

—¿Gustarle? Pídele al cielo que no te coja como un saco de harina, te eche al hombro y no te deje tomarte ni un refresco después de la ceremonia.

Solté una carcajada y me abracé a él. Por primera vez en mucho tiempo lo veía feliz, y me alegraba por mi amigo, porque también se lo merecía.

—Menos mal que llevo un paquete de pañuelos en el bolsillo, porque tengo claro que voy a llorar.

—¡Qué dramático eres, hijo mío!

—Sí, dramático. Se nota que tú no has bajado al jardín ni has visto nada. Parece todo sacado de un cuento.

—Pues vamos, que no quiero hacer esperar más a mi futuro marido, no vaya a ser que se arrepienta y salga corriendo.

—No, si corriendo va a salir, pero contigo en brazos para darte lo tuyo y lo de tu prima.

Solté una carcajada que no pude reprimir y que sonó en todo el pasillo.

Bajamos y, a la hora de salir al jardín, empecé a ponerme un poquito nerviosa.

Allí, sentados, estaban todos los nuestros: Rocío, la directora del centro; María, la enfermera de Alberto; nuestros amigos y la familia de Alejandro.

En cuanto todos me vieron llegar, sus caras de sorpresa eran para grabarlas, en especial las de Laura y Diana.

Alberto, al escuchar el murmullo de asombro de la gente, giró su cuerpo para mirarme, y pude notar el deseo y el amor en sus ojos.

Lo que no me esperaba era la sorpresa que me tenía preparada mi futuro marido. Sabía que la música era una de esas cosas que me atravesaban por dentro, de las que me removían sin pedirme permiso, y había preparado algo especial para mí.

En el momento en que escuché los primeros acordes, con aquella voz sonando en una de las esquinas del jardín, las lágrimas me asaltaron sin remedio.

La canción hablaba de vivir sin miedo, de lanzarse a la aventura, de volver a enamorarse y de empezar de nuevo justo cuando creías que ya no quedaban principios posibles.

Y no podía haber una forma más bonita de caminar hacia Alberto.

Esa fue la canción con la que llegué hasta el altar. Nada de marcha nupcial, que ya estaba muy vista.

—Lo siento, mi amor, pero antes de casarme tengo que darle un abrazo a este pedazo de artista.

—A ver si voy a terminar arrepintiéndome de haberlo contratado para el día de hoy —me dijo Alberto, y todos soltaron una carcajada.

Por supuesto, fui a darle un abrazo y un par de besos, y me prometió que se quedaría hasta el final de la boda.

Volví hasta donde estaba mi futuro marido junto a la persona que celebraría la boda, y que me miraba con una sonrisa en la boca.

Y llegó el momento de nuestros votos. Lo que Alberto no sabía era que yo había preparado los míos pensando en todo lo que habíamos vivido, en todo lo que casi perdimos y en todo lo que aún nos quedaba por construir.

—Mi vida, no puedo estar más feliz de estar aquí, casándome contigo. Eres el hombre de mi vida, y eso lo supe desde el primer momento en que te vi, en aquella discoteca. Llegaste como llegan las cosas importantes: sin pedir permiso y cambiándolo todo. Y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para que este amor nos dure toda la vida. Te amo más que a mi vida.

—Yo también te quiero más que a nada en el mundo, mi amor. Te quiero a mi lado hasta que seamos viejitos y cuidemos a nuestros nietos. No te marches nunca de mi lado.

Sellamos aquella unión con un beso, mientras la música volvía a sonar de fondo y todos los nuestros nos rodeaban con sus aplausos, sus risas y alguna que otra lágrima.

Nos miramos a los ojos y, antes de darnos la vuelta, Alberto se acercó a mi oído y me susurró algo.

—Que sepas que llevo deseándote desde que te he visto entrar por esa puerta y que, en cuanto todos estén distraídos, pienso raptarte y llevarte a cualquier rincón alejado de todos para hacerte mía.

Solté una carcajada que provocó la sonrisa de todos, sobre todo de Fernando, que no dudó en acercarse a Alberto.

—Eso mismo le he dicho yo antes de salir.

—¿¡Qué!? ¿Querías raptarla y hacerla tuya? Mira, Fernando, que todavía estoy a tiempo de tirarte por encima de la valla.

—Anda ya, chalado, que yo solo tengo ojos para mi Alfonso. Lo que le he dicho es que se lo ibas a hacer tú.

Epílogo



Quince años después...

Belén

Otra vez nos encontrábamos en el mismo hotel y para celebrar una boda, aunque en esta ocasión no éramos nosotros quienes nos casábamos. Eso sí, teníamos una figura importante en la ceremonia.

Sí, se nos casaba Alejandro, nuestro hijo, con una chica preciosa, tanto por dentro como por fuera.

Las cosas no habían cambiado demasiado en esos quince años, aunque la familia sí había aumentado considerablemente. Pero eso os lo cuento luego. Ahora me voy a centrar en la boda.

Nuestro hijo estudió Medicina, como su padre, solo que él eligió cirugía cardíaca pediátrica. Y ahí fue donde conoció a Alma.

No, no era enfermera ni compañera del hospital. Era una madre soltera que llegó con su hijo de un año a la consulta de Alejandro.

El niño, que curiosamente también se llamaba Alex, tenía una malformación congénita de la que no se habían dado cuenta hasta ese momento.

Era una cirugía bastante costosa, económicamente hablando, pero ahí entró la herencia de mi hijo.

Con el dinero que le legó su padre biológico, Alejandro montó una clínica especializada, junto con varios compañeros más, y, por supuesto, contó con mi marido y sus tíos para trabajar allí.

Tenían acuerdos con varias aseguradoras privadas, además de consultas y cirugías de pago. Una parte de ese dinero la destinaban a llevar a cabo intervenciones necesarias para gente con bajos recursos.

El flechazo fue inmediato, y me lo contó en cuanto volvió a casa. Su futura mujer no tenía familia, pues la repudiaron en cuanto se enteraron de que estaba embarazada, y lo que ganaba con su trabajo le daba lo justo para vivir.

De aquella cirugía no solo salió un niño sano, sino también una pareja preciosa que hoy sellaba su amor delante de todos.

Ella pensó que el hándicap de tener un hijo sería un condicionante para él, pero, cuando Alejandro le contó su historia, tuvo claro que aquello solo los uniría más.

Yo sería la madrina de esa boda, y mi marido, la persona que llevaría a Alma hasta el altar.

Y ahora sí que me toca contar lo vivido por todos nosotros en estos quince años, porque, igual que en nuestra boda, allí estaban las mismas personas. Incluso algunas más.

Empezaré por mi marido y por mí.

Ya no vivíamos en el ático. Ninguno lo hacía. En nuestro caso, se lo regalamos a Alejandro y a Alma en cuanto decidieron irse a vivir juntos.

Nos habíamos comprado unos chalés en la misma zona en la que Sabrina le compró el suyo a nuestro hijo, y donde continuaban viviendo Fernando y Alfonso.

Lo hicimos una vez que nació Natalia, nuestra hija, que ahora contaba con catorce años.

No fue una niña tan dócil como su hermano. Nos salió un trasto de cuidado, aunque muy buena estudiante, eso sí.

Estaba como loca con su sobrino Alex, que ya tenía tres años y que nos llamaba abuelos a Alberto y a mí.

Fernando y Alfonso también se casaron. Lo hicieron un año después que nosotros y adoptaron a una niña, Julia, que ahora tenía ocho años y era la sombra de Natalia.

Fran dio por culo hasta el mismo día de la boda. Apareció borracho como una cuba, diciéndole a Fernando que no lo hiciera, que, si no se casaba, le prometía que le pediría el divorcio a su mujer.

Mi amigo, como era lógico, llamó a seguridad para que lo echaran del evento, pues estaba tan enamorado de su abogado, como él lo llamaba, que se había dado cuenta de que lo único que había sentido por Fran era deseo, morbo y un enganche sexual que su marido supo suplir con creces.

Juanjo y Laura también seguían juntos, pero ellos no se habían casado ni habían tenido hijos. Nuestros amigos decían que, con los nuestros, ya estaban servidos.

Los que sí tuvieron cuatro hijos y también habían pasado por el altar fueron Camilo y Diana.

Dos pares de mellizos. Los mayores eran dos niños de diez años, Alberto y Juanjo, que llevaban el nombre de sus padrinos. Los pequeños, de siete, eran un niño y una niña, Mario y Paula, inseparables de la hija de Fernando y Alfonso.

Con respecto a mi madre, seguía felizmente con Daniel, ese que apareció en su vida cuando menos lo esperaba, y que se supo ganar su corazón.

Ellos tampoco vivían en la casa de mi madre, que la tenía alquilada, pues, en cuanto vieron que todos nos mudábamos, ellos también se hicieron con uno de los chalés de la zona.

Daniel resultó ser un hombre encantador y, si para mi hijo mi madre era la nana, pues él se convirtió en el yayo.

Su hija aceptó a mi madre con ilusión y muchísimo cariño, pues, según nos contó, su padre lo pasó muy mal cuando su madre se marchó con un extranjero que conoció por internet.

Su nieta y su hija también estaban en esa boda, al igual que su yerno. También estaban Marisa y el hermano de Daniel, que era su pareja.

Lo del joyero no llegó a nada, pues tan solo la quería y la buscaba cuando tenía ganas de mambo, como decía ella, y, a pesar de que se le daba muy bien, no era suficiente ni lo que ella estaba buscando con esa edad.

Cuando menos lo esperaba, apareció Eduardo, el hermano de Daniel, y se quedaron prendados el uno del otro. Él era viudo y sin hijos, y, desde el mismo momento en el que se conocieron, no se habían vuelto a separar.

Llegamos a la ceremonia y noté a mi hijo nervioso, así que intenté tranquilizarlo.

—¿Y esos nervios?

—Estoy pensando en la suerte que he tenido en la vida. Mis padres biológicos no fueron los mejores del mundo, pero el destino me compensó con creces poniéndoos a vosotros en mi camino.

—Eso es muy bonito, Alejandro. Y también te ha servido para aceptar a ese niño tan bonito que viene ahí, con los anillos, acompañando a su madre.

—Vosotros me habéis enseñado a quererlo como a un hijo, igual que me habéis querido a mí.

—Me alegra que lo sientas así, mi vida, porque a mí no me hizo falta parirte ni criarte desde pequeño para saber que eras mi hijo, igual que tu hermana.

—Lo sé, mamá. Así me lo habéis hecho sentir siempre.

La ceremonia fue preciosa, pero el punto gracioso lo puso el pequeño Alex, que estaba con su abuelo, es decir, con mi marido, explicándole algo, cuando soltó una de las suyas.

—Abuelo, ¿me entiendes o te hago un esquema?

Alberto me miró, y yo me encogí de hombros, porque esa frase fue la que yo le dije cuando intentó volver conmigo y yo le decía que no me interesaba.

—¿Quién te ha enseñado a decir eso?

—Mi padre, abu, que lo dice mucho.

—Claro, no podía ser de otra forma. De tal palo, tal astilla.

—Y bendito palo, papá, que apareció en nuestras vidas en el momento en que más lo necesitábamos los dos —le dijo Alejandro, que apareció por el jardín en ese momento.

—¿Sabéis que os quiero más que a mi vida?

Natalia apareció entonces y nos fundimos los cuatro en un abrazo. Eran mi familia. Lo más importante para mí.

Y no la cambiaría por nada en el mundo.

Puedes encontrarme en:

Facebook: [Martina Leiva](#)

Instagram: [@martina.leiva.escritora](#)
